

COMEDIA ROMÁNTICA

EL CLUB de Trébol



De la autora de los BESTSELLER
CORAZÓN CAUTIVO y *Regreso a casa*

Lee Vincent

Una amistad, cuatro corazones, mucha risa


WHITE LOTUS
House Publishing

El Club de Trébol

Lee Vincent
(2016)

Dedico esta obra a todas mis amigas que pasan de los cuarenta y tantos.
A todas ellas, extraordinarias mujeres, va en homenaje este relato.

Capítulo Uno

Liam

Supé que estaba perdido tan pronto el joven crupier comenzó a recoger las fichas. Solo un idiota como yo apostaría los últimos veinte mil dólares para perderlos en cuarenta y cinco minutos. «No aprendes, Liam», me dije, mientras apuraba la copa de *whisky* que sostenía en mi mano derecha. Únicamente me consolaba la mirada inquisitiva de una mujer pelirroja, muy parecida a la caricatura de Jessica Rabbit, que no me había apartado su mirada en toda la noche. Me agradaba que las mujeres aún me encontraran atractivo, pese a que, hacía dos semanas, había cumplido los cincuenta y cinco años. (Sí, como acaban de leer, cincuenta y cinco. ¿Qué creen? Todavía puedo ser el galán de una novela).

Bueno... creo que mi estatura, de un metro noventa y tres, mis atractivos ojos azules y mis noventa y un kilogramos de masa muscular, suelen ser un magnífico cebo para algunas mujeres, pero mi arma mortal es mi voz, masculina y atronadora. Cuando les hablo se derriten como mantequilla. A muy temprana edad aprendí, gracias a mi hermano mayor, Nelson, que un conquistador debe tratar a las mujeres como reinas. Y así actuaba frente a ellas, haciéndome el galante. No entendía cómo después de un tiempo me resultaban tan aburridas e insípidas que tenía que buscar una nueva conquista, por eso ya contaba con cuatro matrimonios fracasados y algunas misas sueltas. Todas ellas extraordinarias mujeres, excepto la última. Pamela fue el gran error de mi vida. ¿Saben que a los hombres nos ataca una condición que se conoce como andropausia? Es lo mismo que la menopausia, pero con síntomas un poco diferentes, así que cuando comencé a padecerla, me inicié con Pamela, una rubia despampanante, Treinta años menor que yo. Me enloqueció porque olía a Conejita de Playboy. ¡Ja...! (Ahora se estarán preguntando cómo huele una de esas conejitas, he de decir que a... ¡GLORIA!...)

Haré un paréntesis (Me gustan las mujeres jóvenes pues me encanta la piel tersa, que los pechos no hayan sido afectados por la gravedad, pero sobretodo, que no haya rastro de celulitis).

Por eso no saldría con una vieja ni, aunque me pagaran. Esa había sido mi filosofía de vida hasta esa noche, cuando al finalizar el partido de póker, regresé a mi habitación del noveno piso en el hotel Borga de Atlantic City.

Ver dos gigantes corpulentos, con cara de pocos amigos, flanqueando la puerta de mi habitación, me hizo presagiar que algo muy malo estaba por acontecer. Les sonreí para disminuir la tensión, pero ni tan siquiera se inmutaron en contestar. Así que apresuré mis manos para abrir la puerta.

Cuando logré acceder a la habitación todas mis dudas se disiparon, no era mi imaginación. El ambiente en el interior era diferente. Un olor rancio, como a azufre, inundaba el lugar. Y *ta-ra-tan...* Allí estaba el mismísimo diablo encarnado, Gerry Rhys-Meyers. Sentado como un león que espera a su presa. Literalmente parecía un león con su melena abundante de color gris. Llevaba un traje negro, camisa negra, corbata negra... Apostaría que hasta su corazón era negro. El desgraciado sonrió sin mostrar su dentadura perfecta. Sospechaba que ya utilizaba caja de diente porque debía

rondar los sesenta y tantos, aunque se conservaba muy bien. Tal vez había descubierto el misterio, casi místico, del Agente 007, Sir Sean Connery, que, entre más viejo, más sexy lo encontraban las mujeres. Envidio a ese tipo, no saben cuánto.

Dejé la billetera y el móvil sobre la cómoda y me volteé para mirarlo. La última vez que hablamos, hacía más de un mes, el magnate de la bolsa de valores de Wall Street, exigió su paga de seis cifras. Debo admitir que las apuestas me han llevado por un camino muy tenebroso. No era a este hombre al único que le debía dinero, pero sabía que Rhys-Meyers era peligroso.

—Por tu cara puedo imaginar que no ganaste un penique, Liam —dijo con un sarcasmo que me sacó de quicio y, aunque me vi tentado a golpearlo, me contuve—. ¿Cuánto perdiste?

No le contesté de inmediato, por el contrario, me tomé mi tiempo y caminé hasta el mini bar para sacar del botellero una cerveza Guinness. ¿No lo he mencionado? ¡Ah! Sí, soy irlandés, radicado en Estados Unidos desde hace casi cincuenta años. Mis padres me trajeron en una de las últimas grandes olas migratorias y nos establecimos en Queens, Nueva York, así que guardo algunas costumbres irlandesas muy bien afianzadas.

—No tengo el dinero —contesté.

—Últimamente es lo único que sabes decir, Liam.

El hombre se levantó para enfrentarme. Ya mencioné que tengo gran estatura, pero Gerry no se quedaba corto, era un hombre de casi un metro noventa. Nos sostuvimos la mirada por unos segundos. Me enfermaba que el tipo se creyera con todo el derecho del mundo a amedrentarme, aunque se rumoraba que, en algunas circunstancias, cuando alguien le jugaba mal con un negocio, Gerry actuaba como un vil mafioso. Lo que quería decir que a algunos malos socios los había desaparecido del mapa. Sospechaba que al final, si no conseguía la pequeña fortuna que le debía, me pasaría lo mismo.

—Saqué la cuenta —dijo—. Me debes ciento ocho mil dólares y al ritmo que vas, no creo que los consiga para antes de verano. ¿No fue eso lo que prometiste?

—Estoy haciendo un esfuerzo, pero la firma no va bien. Desde hace tres meses no conseguimos un nuevo cliente.

No le mentía. Soy dueño de una firma de arquitectura, que en un momento fue muy prestigiosa, pero que en la actualidad estaba en una decadencia bochornosa.

Gerry soltó una carcajada socarrona. Ahí regresaba su majadería. Apreté el puño que me quedaba libre, pero como siempre sucedía, desistí.

—Necesito un gran favor —dijo, mientras se paseaba por la habitación con ese aire que siempre utilizaban los magnates, como si el mundo lo tuvieran a sus pies—. Un favor que puede saldar tu deuda.

Hice una mueca. El favor tenía que ser bastante grande. Tal vez me pedía que asesinara a alguien o que cometiera algún fraude. Ninguna de esas dos opciones estaba en mi radio de acción.

—Si recurro a ti es porque creo que eres perfecto para este encargo.

A esas alturas estaba deseoso por saber cuál sería ese magnífico favor que me liberaría de sus garras para siempre.

—Necesito que viajes a Ibiza en tres días.

¿Ibiza? ¿Había dicho Ibiza? ¿A las Baleares en España? ¿A ese paraíso pecaminoso? Hacía más

de diez años que estuve allí celebrando mi tercer divorcio. Un viaje escandaloso con tres bellezas, mucho *whisky* y la mejor música, pero ahora estaba en otra etapa de vida... Ya no estaba para tanta intensidad. ¿Qué pretendía Gerry?

—¿Y eso? —le pregunté, vacilante.

El hombre se mantuvo en silencio, envuelto en un misterio que ya comenzaba a impacientarme, tanto que me tomé el resto de mi Guinness de un solo sorbo. Dejé la botella sobre la mesa y abrí la puerta de cristal que daba al balcón para que corriera la brisa. También para disipar la peste a azufre que impregnaba la habitación. Sí, es que era el mismísimo diablo.

—Liam, necesito que seduzcas a mi mujer.

Gracias al cielo que estaba de espaldas a él porque mi cara desfigurada debe haber costado un millón. ¿El muy anormal me había pedido que sedujera a su mujer? ¿Había escuchado bien? ¿Qué me acostara con ella? ¿Qué le diera toda mi pasión y que le mostrara por qué las mujeres me decían Liam Farrell, “el temible”?

Me volteé despacio para afrontarlo. Guardaba la ilusión de que al encontrarme con su feo rostro estuviera sonriendo debido a que su propuesta había sido una estúpida broma, pero no fue así. El tipo me miraba como si acabara de darme la hora. Carraspeé un poco para ver si se daba cuenta de su locura, sin embargo, el hombre ni se inmutó.

—Obvio, no quiero que te acuestes con ella.

Fue como si de repente el alma me regresara al cuerpo. ¡*Plop!* Resoplé dejando ver mi alivio. Aunque no conocía a su mujer, la idea de acostarme con la esposa de alguien conocido no entraba en el *Código de Ética Farrell*, un conjunto de normas y valores de diez cosas a las que nunca cedería, entre las que se destaca: “Jamás acostarme con la mujer de un tipo que conozco”.

—No te entiendo, Gerry. —Me hice el tonto. A veces esa técnica me funcionaba a la perfección, tal como les funcionaba a algunos animales hacerse los muertos cuando enfrentaban el peligro.

—Acabo de pedirle el divorcio a Fiona...

No lo dejé culminar porque estallé en risa. ¿Fiona? ¿Acaso alguien, aparte de la mujer de Shrek, tenía ese nombre?

—No sé por qué te produce tanta gracia, Liam.

—Perdona es que me acordé de... Olvídalo —añadí un ademán.

—Por supuesto, ella no quiere hacerlo a las buenas y me ha pedido la mitad de mi fortuna, cosa que no pienso hacer. —Volvió a mostrar su dentadura, blanca y perfecta, pero no era un gesto sincero —. Necesito ponerla en una posición incómoda que pueda probar una infidelidad.

¡Ja...! Ahora sí que entendía menos. Me acababa de pedir que no tuviera una relación coital, o sea que no tuviéramos “*wiki wiki*”, solo que la sedujera, pero quería que le fuera infiel para utilizar la prueba durante el divorcio. Recordé a mi tercera esposa. La muy pícara había hecho exactamente lo mismo que se proponía Gerry, acusarme de adulterio, pero el caso se cayó en corte cuando las fotos no fueron prueba suficiente, aunque eran muy explícitas. Para que eso prosperara era casi obligatorio filmar un video porno. Bufé en mi cabeza.

—Tengo todo muy bien planificado. Fiona sale con sus amigas a Ibiza en tres días, tu viajas allá y la seduces. Tendrás un par de días para llevarla hasta tu habitación, pero primero tendrás que atraerla, embriagarla, desnudarla... —El hombre hizo una pausa dolorosa—. La desnudarás —me

señaló con su dedo índice—, pero solo del torso hacía arriba.

No sé por qué levanté la mano como un juramento. Por nada del mundo aceptaría esa locura.

—Luego tomarás las debidas fotos.

—No las podrás utilizar en una corte, Gerry.

—Qué ingenuo eres—Soltó una corta carcajada—. No las utilizaré en una corte. Con esas imágenes voy a chantajearla. Le diré que se las voy a mostrar a nuestros hijos y a las amistades más íntimas. Trébol no soportará quedar como una adúltera.

Maquiavélico el plan, ¿no? Tomen nota de la joyita que es este tal Gerry.

—¿Trébol? —pregunté, confundido.

—Sí, ese es su sobrenombre, como la hoja de trébol.

Para nosotros, los irlandeses, el trébol tiene un significado muy especial que tiene que ver con la buena suerte. Asunto que hace más de una década me ha abandonado, por eso en ese momento fue como si tuviera un *déjà vu*. Nada de esto pintaba bien.

—No... no puedo aceptar tu propuesta —dije con tono aprensivo.

Gerry se acercó de forma intimidante.

—¿Y cómo piensas saldar tu deuda, imbécil?

—Haré lo que sea, menos lo que me pides. No se me da bien eso de andar de *gigoló*.

Gerry hizo una mueca para dejarme saber que no me creía.

—Muchachos —gritó y sus dos perros falderos invadieron la habitación—, Liam, necesita entender algunas órdenes.

Esas palabras fueron suficientes para que el dúo corpulento me atrapara por los brazos, me acercara a la baranda del balcón y me pusiera de cabeza al abismo. Sentía que el mundo daba vueltas. Caer del piso nueve no era la mejor manera de morir. Debía ser muy doloroso.

—¡Gerry! —grité, aterrado—. Podemos llegar a algún otro acuerdo.

—Te perdonaré la vida si aceptas el trato —dijo el diablo, a la vez que encendía un enorme cigarro—. Es sencillo. Solo tienes que aceptar.

—No puedo. Sabes que... —sentí que los hombres relajaban sus brazos y que yo me iba escurriendo.

—Qué pena... Cuando tu cuerpo toque el pavimento nadie te podrá reconocer, Liam—dijo Gerry. Miré el abismo, el asfalto, los vehículos que transitaban por la avenida principal y no tuve el valor—. Muchachos...

—Está bien —grité con desespero—. ¡Espera...! ¡Espera!

Los hombres me ayudaron para que mis pies tocaran de nuevo el piso. Me sujeté a la baranda con mis manos temblorosas.

—Así está mejor —dijo Gerry y me palmeó el rostro como si yo fuera un crío. Quise escupirlo (Eso hacen en las películas, ¿no?), pero recordé el abismo.

El hombre chascó los dedos y los hombres salieron de la habitación.

—No entiendo por qué te niegas. —Soltó el apestoso humo de su cigarro en mi cara cuando entramos en la habitación—. Tu suerte con las mujeres es legendaria, Farrell. Dicen que eres muy bueno con ese asunto que tienes entre las piernas, aunque me imagino que ya está en decadencia.

Maldije en mi mente. ¿Acaso se notaba que ya mi “súpermingo” no era tan vigoroso como a los

cuarenta? ¿Es que tenía en la frente un anuncio de color neón con la palabra Viagra? Paréntesis (Hace varios meses que el doctor me la recetó, pero solo para CASOS EXTREMOS. Repito, CASOS EXTREMOS. Sí, como por ejemplo si estoy muy cansado o estresado, así que pocas veces la he usado) Cuando miento se me pone la cara como un bendito tomate y en ese momento sentí como si una llamarada me quemara el rostro.

—¿Decadencia? —pregunté, mosqueado. ¿Por qué los hombres nos ofendemos cuando nos tocan esa fibra taaaannnn sensible? Lloré por dentro, y en ese momento quise tomarlo por el cuello para asfixiarlo—. No es lo que dicen las chicas —fanfarroneé.

(Sí, claro, ahora estarán pensando que Liam Farrell es un jactancioso. No lo niego. Acaso ¿ustedes no?)

—Pero dicen que eres mucho mejor con la lengua. —Gerry hizo un movimiento asqueroso con su propia lengua—. No es lo que estás pensando, Farrell. Me refiero a que eres muy labioso con las féminas y no hay quien se te resista

Me exhibí como un pavo real. Sí, el tipo sabía reconocer mi talento innato. ¿Por qué negarlo? Era realmente bueno seduciendo a las mujeres. Mi necedad duró hasta que el hombre sacó un sobre de su chaqueta y me lo entregó.

—Pasaje aéreo, estaba en hotel cinco estrellas y una tarjeta de crédito ilimitada. —Abrí los ojos cuando mencionó i-li-mi-ta-da. En Ibiza había casinos. De seguro los había y de gran calibre—. Sé lo que estás pensando, infeliz. —¿Era un maldito adivinador? Para ese momento me sostenía del cuello de mi camisa—. Ni un penique para las apuestas, Liam Farrell o acabarás muerto en las Baleares. No te creas tan listo. Mandaré a varios de mis hombres a vigilarte. —Me apretó en mi punto más vulnerable, donde descansaba mi “súpermingo”. Sentí un dolor de madre—. Y nada de andarte de listo. Como me entere de que te acostaste con mi mujer, te quedarás sin esta apestosa decadencia que tienes entre las piernas. ¿Entendido?

No pude responderle porque aún me retorció del dolor. A esas alturas mi voz atronadora y sexy se había convertido en un pitillo bochornoso. Asentí para que me soltara. Gerry al fin tuvo piedad, me miró con el rostro pétreo (A veces también suelto mis palabritas de domingo), y salió.

Suspiré y me dejé caer de espalda en la cama para analizar mi infortunio. Tenía que viajar al paraíso, seducir a una vieja, que posiblemente rondaba los sesenta, con más arruga que el perro bulldog de mi tía, con nombre de ogra, y lo peor de todo, con dinero suficiente para jugar por un mes y sin poder acercarme a un casino.

Bien dice el dicho, que las desgracias llegan todas de un cantazo. Me cubrí la cara con la almohada y me quedé dormido.

Trébol

Crucé el vestíbulo del edificio donde vivía intentando disimular el intenso dolor en mi entrepierna. Acababa de salir del salón de belleza, en donde una mujer oriental me había aplicado la depilación total en mis partes íntimas, pero no con láser, sino con cera caliente, así que para ese momento hasta caminar era una tortura. ¿Y gracias a qué? A los consejos de mi queridísima amiga, Helena Collingwood, que me había casi amenazado: “Como no vayas a depilarte completa, no irás

con nosotras a nuestro viaje anual”.

Cuando me amenazó con su típico tono mandón quise mandarla muy lejos, pero al final me convencí de que tenía razón. Un viaje a Ibiza ameritaba un buen baño en la playa y tomar el sol para broncear un poco mi pálida piel, obvio con bikini incluido. Quedé patidifusa cuando Helena me mostró el tanga que utilizaría. Debo admitir que ella es más osada que las tres restantes. Somos un grupo de cuatro amigas que por los pasados veinticinco años hemos sido inseparables. Aunque algunas han salido a hacer sus vidas fuera de Nueva York, siempre sacamos una semana al año para reunirnos. Por eso el viaje a Ibiza me hacía mucha ilusión. También, porque me haría olvidar la estúpida demanda de divorcio de mi obstinado marido.

Abrí la puerta para encontrarme con la figura estilizada de mi madre. Estaba lela mirando por el gran ventanal de cristal que tenía una vista perfecta sobre el Parque Central. Vivimos en el piso cuarenta y cinco del One Madison, entre la más infame opulencia.

—Hola, madre. —Me acerqué para besarle la mejilla mientras me retiraba las gafas de sol y dejaba el bolso sobre uno de los sofás.

Mi madre, Berenice Bradburry, era descendiente de ingleses que se habían radicado en la Gran Manzana a inicios de la década del cuarenta, así que era una neoyorquina a fuerzas. Vivía conmigo hacía dos años cuando mi padre murió víctima del Alzheimer. Una temporada muy dolorosa para ella y para mi hermano mayor. En mi caso, aunque fue muy doloroso, también resultó un poco liberador porque no es nada fácil ver a un hombre, al que se ama como a un héroe, perderse en un bosque sin retorno.

—¿Y qué tal en la peluquería, Trébol? —Mi madre me observó con curiosidad—. Parece que no te fue tan bien.

—Me depilé completa.

—Tortura china.

—Precisamente, fue una mujer oriental. —Hice una mueca de dolor.

Berenice soltó una corta carcajada.

—El inútil de tu marido llamó hace un rato preguntando detalles de tu viaje —me informó al rato, sin dejar de recrearse con la increíble vista de Manhattan. Esa mañana tenía una actitud muy reflexiva.

—¿Qué le dijiste? —le pregunté desde la enorme cocina.

—Lo mandé al diablo. Ya están separados. No le debes explicación alguna.

—¿No pudiste ser amable?

—Tan amable como Gerry Rhys-Meyers se merece.

Aún no les he dado el mayor detalle, mi madre y Gerry se odian desde siempre. Berenice, que suele ser un poco irónica, con él suele ser muy... pero muy ruin.

—Te dejé algo sobre tu cama —me dijo—. Espero que lo utilices

—Ya me siento curiosa.

Caminé casi corriendo hasta mi enorme habitación. Sobre la cama había un estuche dorado de lo más mono. Lo abrí ansiosa. Los regalos de mi madre solían ser exquisitos. Fue una total sorpresa encontrar un consolador dorado, unas tangas de tela transparentes y un kit de *Kamasutra*. Quedé algo atolondrada sin saber cómo reaccionar.

—Espero que le saques provecho en Ibiza —dijo mi madre apoyada en el umbral—. Debajo escondí una caja de profilácticos.

Sí, tal y como están imaginando, Berenice es un poco liberal con algunos temas. A sus casi ochenta años refleja una mente mucho más abierta que la mía.

—Berenice, soy una mujer casada —le recordé—. ¿Cómo se te ocurre que utilizaré esto?
Me hizo una mueca.

—¿Casada? ¿Acaso tu marido no se fue a vivir con su querida? No creo que le debas ninguna consideración a ese pedazo de imbécil. El vínculo matrimonial está roto hace mucho tiempo.

—Mamá, imagínate si mis hijos se enteran.

Puso los ojos en blancos y levantó las manos como pidiendo ayuda del cielo.

—¿Acaso los vas a llamar desde Ibiza para pedirle su autorización? Bueno... conociéndote, no lo pondría en duda. No sé a quién saliste tan mojigata, Trébol. —Protestó—. ¡Despierta! Ten una aventura discreta. ¡Vive! Esta oportunidad no se va a volver a presentar en mucho tiempo.

Observé los artículos en el interior de la caja y, aunque no le dije nada, me convencí de que no me llevaría eso en la maleta. Mucho menos sabiendo que en el aeropuerto revisan todo. ¡Qué vergüenza!

Capítulo Dos

Trébol

“Pasajeros con destino a España pueden dirigirse a la salida ocho”, la voz aguda de una mujer a través del intercomunicador hizo que me apurara. Llevaba casi tres maletas a rastra y mi hija menor, Kathy, me ayudaba con un bulto de mano. Nunca entenderé por qué las mujeres viajamos con la mitad de nuestras cosas, si al final solo utilizamos un cuarto por ciento de lo que llevamos.

—Mamá, ¿puedes ir más despacio? —me preguntó Kathy en medio de un ruego conmovedor. Al voltearme me sentí culpable. La pobre tenía muy abultado su vientre de casi nueve meses de embarazo y le costaba esfuerzo desplazarse.

—Perdón, cariño. —Disminuí el paso un poco—. Es que siento que voy tarde. —Miré mi reloj. A esa hora ya debería estar en el avión.

—¡Trébol, querida!

¡Oh, no! Sentí cómo todas las miradas alrededor se posaron sobre mí. Allí estaba la más escandalosa y vivaracha de mis amigas, Helena Collingwood. Una rubia platinada despampanante, que a sus cincuenta y tres tenía una figura fenomenal, producto del bisturí. (¡Shhh!, ni que se me ocurra poner ese tema).

A su lado estaba su más reciente conquista, un joven como de algunos veintitantos, con un cuerpazo de gimnasio, repleto de tatuajes de lo más curiosos. Su cara angelical y atractiva me hizo mirarlo más de lo debido, pero tan pronto me percaté que debía ser menor que mi hijo mayor, Christian, desvié la mirada con un poco de vergüenza. El joven alzó su mano con timidez a modo de saludo mientras Helena nos besaba las mejillas.

—Kathie, pero que desconsiderado tu marido —le dijo Helena a mi hija al fijarse en su vientre—. Mira lo que te ha hecho.

No podía creer hasta dónde llegaba la insensibilidad de mi amiga. Bastantes complejos tenía mi hija por la pérdida de su figura para que viniera aquella loca mujer a abundar.

—Déjala —dije, y aparté a Kathie de su lado para protegerla de la “señora complejos”—. ¿No ves que se ve fabulosa y maternal?

—Niña —Helena insitió—, nada que una buena liposucción no pueda arreglar. Tan pronto salgas del paquete, me llamas para darte los datos de mi cirujano. El señor Chong es una maravilla.

Ví el rostro desfigurado de mi pequeña y sentí un poco de lástima. Desde que quedó embarazada era como si hubiera entrado en un laberinto de situaciones, desde náuseas hasta una pequeña crisis matrimonial.

—Es mejor que nos demos prisa o perderemos el avión —dije, a la vez que retomé mi ritmo y arrastré el equipaje.

—¿Y Sylvia? —preguntó Helena por nuestra otra amiga.

—Conociéndola, ya debe estar sentada en primera clase —respondí.

Y tal como sospechaba, Sylvia Adrich nos esperaba al otro lado del punto de revisión. Llevaba una pamelita de color crema y unas enormes gafas oscuras. Su cuerpo curvilíneo y su piel pálida hacían un contraste perfecto con su conjunto veraniego confeccionado en hilo. Tal y como decía ella: “como dama cívica no podía bajar su proyección”. Hacía veinte años que era profesora de humanidades en NYU.

—Espero que no salgas de la barriguita de tu madre hasta que tu abuela regrese en una semana — dije frente al vientre de mi pequeña. Después de hacerle las debidas advertencias a mi nieto, miré el triste rostro de Kathie y me apiadé de su lamentable estado. Malditas hormonas que nos atacan en el embarazo—. Todo estará bien, cariño. Recuerda que tu abuela estará al pendiente. —Hizo una mueca, pues mi madre a veces se tornaba un poco obsesiva—. Estaré contigo en el parto. Lo prometo.

—¿Lo prometes? —me preguntó con sus ojos llorosos y la boca convertida en un puchero.

—Palabra de abuela. —Levanté mi mano derecha a manera de juramento.

Al final sonrió, pero supe en mi interior que esa mueca no era genuina.

—Qué disfruten —dijo el más reciente amante de Helena. Se dieron un beso poco decoroso y ambas caminamos hasta el punto de cotejo.

Helena me dijo al oído:

—El pobre no sabe lo bien que la pasaremos. He traído dos docenas de profilácticos que espero utilizar. —Al ver mi rostro desencajado añadió—: Tal vez conozca a mi próxima conquista. Me merezco un dios mediterráneo. Este ya me tiene harta. —Levantó su mano para despedirse del chico que la miraba embelesado—. Te quiero, cariño —le dijo con hipocresía—. Te extrañaré. Ya cuento los días para regresar a tus brazos.

«Sí, claro», dije en mi mente. Así empezó el periplo que, sin yo saberlo, cambiaría mi vida para siempre.

Liam

Aún no estaba convencido de que el plan del desgraciado de Gerry funcionaría, pero ya estaba en España tras un vuelo transatlántico de casi ocho horas. Ahora estaba próximo a abordar otro vuelo hacia Ibiza. Así que cuando atravesé el estrecho pasillo del avión, después de acomodar mi pequeña maleta en el compartimiento superior, me dejé caer en la butaca de clase económica. ¿Clase económica? Sí, el muy miserable me mandaba a las Baleares en una misión suicida y ni tan siquiera me pagaba un boleto en primera clase.

Recosté mi cabeza del espaldar e intenté acomodar lo mejor que pudo mi enorme cuerpo. Como si mi infortunio no estuviera completo, a mi lado se sentó un hombre que pasaba de los ochenta años e inició conversación de inmediato. No paraba de hablar de su participación en la Segunda Guerra Mundial, del alza en los arbitrios y de lo perdida que estaba la juventud.

Quería que se callara, pues necesitaba dormir.

—Buenos días. —Se escuchó la voz del capitán a través del intercomunicador—. Hemos calculado un vuelo de una hora veinticinco minutos. Así que les deseamos un feliz y placentero viaje. Que disfruten su estadía en las Baleares. Gracias por viajar por su línea aérea, Air Europe.

Al fin el viejo se calló, pues se metió de lleno en la lectura de un libro que, por su aspecto, debía ser muy aburrido. Abroché mi cinturón de seguridad e intenté dormir. Presentía que aquella semana sería larga, muy larga. «Malditas apuestas», fue lo último que pensé antes de caer en los brazos de Morfeo.

Trébol

—Señora, debemos revisar la maleta de nuevo —me dijo el encargado de seguridad, un joven hispano de cara redonda y de sonrisa cándida.

Aparentemente había algo en mi maleta que les hacía sospechar que llevaba algún artefacto peligroso. Rogaba porque al final no me quitaran nada. En mi último viaje a Paris tuve que dejar casi la mitad de mis cosas. Odiaba tanta seguridad, odiaba a los terroristas, odiaba los atentados y odiaba que un extraño indagara en mi intimidad.

Helena se acomodó al lado de Silvia más allá del punto de cotejo. Ambas me observaban ansiosas. Unos minutos más y perderíamos el vuelo al aeropuerto de Barajas. Después de analizar todo el revuelo, contemplé anonadada cómo el hombre, sin ningún decoro y frente a todos los presentes, sacaba mis bragas y las exhibía como si se tratara del escaparate de una tienda de Victoria Secret, pero lo peor de todo fue cuando sacó una caja dorada. ¡BINGO! ¿Qué hacía esa ridícula caja entre mis pertenencias? Recordaba que había decidido no traerla. «¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! Berenice, ¿cómo pudiste hacerme esto?», pensé.

Le lancé mi mejor sonrisa al hombre. Sí, tenía vergüenza, pero jamás me echaría a llorar frente a gente extraña. Ya las personas que aguardaban tras de mí en la fila comenzaban a hacer expresiones.

El hombre se alejó y llamó a otro compañero, quien escaneó la caja con un aparato portátil.

—Les aseguro que no hay nada de importancia en el interior —les dije para persuadirlos, pero se negaron a escuchar.

Después que abrieron la caja con sumo cuidado, como si se tratara de una bomba, el primer hombre tomó en sus manos el consolador dorado y lo observó maravillado, como quien encuentra un tesoro.

—Uf, mira lo que tenemos aquí, Fernández. ¿Habías visto algo así antes? —Se dirigió a su compañero mientras soltaba una tímida sonrisa.

—No, mi novia tiene uno mucho más ordinario. No entiendo para qué, si yo soy más que suficiente, aunque me jura que nunca lo ha utilizado.

Bufé en mi mente. ¿El hombre era imbécil?

—Señora, vamos a incautar a su amiguito dorado porque representa un objeto un tanto “sospechoso” —dijo el hombre que inició la intervención ¿Sospechoso? ¿Estaban de broma?—. Siento mucho la molestia.

Preferí mantenerme en silencio. No iba a discutir por un consolador, que por cierto no pensaba utilizar. Comencé a acomodar todo en la maleta de nuevo y después de cerrarla, los miré indignada. Eran tan idiotas que no advirtieron que llevaba un cortaúñas, unas navajas para afeitar y un perfilador de cejas recién estrenado. ¡Idiotas!

No quise imaginarme cuál sería el final del consolador porque sería un pensamiento demasiado

oscuro, de seguro terminaría en la entropía de la novia del tal Fernández. Sonreí con gallardía y pasé la línea de cotejo.

—¡Oh, por Dios! —me dijo Silvia después de besarme ambas mejillas—. ¿No es lo que creo verdad?

—Era grande y muy luminoso —añadió Helena con tono lujurioso—. No sabía que eras tan perversa, Trébol. Te lo tenías muy callado. Más de veinticinco años de amistad y nunca me habías compartido ese secretito.

—Si quieren abordar ese avión sanas y salvas, cambien el tema —dije indignada y decidida a ignorar sus comentarios.

—Lo único que quiero saber es dónde lo adquiriste? —insistió Helena. ¿No les he dicho que mi adorada amiga puede llegar a ser muy irritante?

—Fue una pésima idea de mi madre.

—¿Berenice? —preguntaron ambas a la vez. Ambas cacatúas soltaron sus ruidosas carcajadas, pero decidí aplicarle la ley del hielo.

Sería una semana demasiado larga. Sospechaba que ya me estaba poniendo vieja y que cada año me costaba un poco más realizar este viaje amistoso. Solo me quedaba una alternativa, orar para que las cosas mejoraran.

Trébol

En el aeropuerto de Barajas, en Madrid, nos encontramos con nuestra cuarta compinche, Logan Payne, master chef en un prestigioso restaurante parisino. Detrás de esa fachada de mujer internacional y amante del arte culinario, se escondía una puertorriqueña sencilla y trabajadora, con una salsa y un picante que conquistaba corazones. Logan y yo éramos muy afines. Gracias a ella sabía unas cuantas palabritas latinas y me “sandungueaba” al ritmo de la salsa. Para todos, ella era la súper mega chef Payne, pero para mí era mi increíble amiga, Carmen Ortiz. Aunque ese era su verdadero nombre, para propósitos de mercadeo, utilizaba su seudónimo, tal como hacen los escritores.

La reconocí tan pronto se despejó el pasillo de salida y corrí para abrazarla. Hacía un tiempo que no coincidíamos en persona. La última vez que visitó Nueva York comimos en el restaurante de su pareja, un boricua muy exitoso que había logrado exportar el sabor de Puerto Rico al mismo corazón de Manhattan.

—Trébol, ¡qué guapa! —me dijo con su característico acento. Solía ser muy sociable y alegre. De igual forma saludó a Helena y a Silvia. Esta última nunca había sido muy apegada a Logan porque le chocaba su carácter vivaracho y aventurero. Bueno, aunque en realidad Silvia no era afín con nadie.

—Ya estamos las cuatro mosqueteras —dije. Juntamos nuestras manos y soltamos nuestro grito de guerra—. Allá vamos. ¡Prepárense, Baleares!

Caminamos abrazadas hacia la entrada de nuestro siguiente vuelo ante algunas miradas curiosas y del coqueteo descarado de algunos madrileños. ¡¡Y... Olé!!!

Después de algunos piropos, subidos de tono, no sé por qué acudió a mi mente la palabra “capullo”. Sonreí para mis adentros y me relajé un poco. Después de todo, la idea era despejarse y disfrutar. A miles de kilómetros de casa nadie tendría que juzgarme. Recordé el consejo de mi

madre: “¡Vive! Esta oportunidad no se va a volver a presentar en mucho tiempo”.

Capítulo Tres

Liam

Cuando la chica de servicio dejó la suite me sentí desconsolado. Había notado que tenía unos hermosos ojos azules, enmarcados en un rostro ovalado, casi angelical. ¿A quién le miento? La verdad es que tenía unos pechos prodigiosos, unas caderas enormes y un trasero digno de alabanza, y lo mejor... (¿Adivinen qué? Sí, sí, sí). Era una gatita tierna, que no debía pasar los veinticinco. ¡Oh, Farrell, no tienes remedio!

Encima de la mesa encontré un sobre con instrucciones específicas sobre lo que sería mi trabajo más engorroso. Tenía que reconocer que a Gerry no se le había escapado ningún detalle, aunque no quise indagar mucho en el contenido. Tomé la tarjeta de crédito y pensé: «Liam, mereces premiarte antes de iniciar la faena». Guardé el resto de la información en la caja fuerte y salí de la habitación tan contento, que silbaba una de mis canciones favoritas, “*More than a woman*”, de Bee Gees. No tan solo silbaba, sino que movía las caderas de forma cadenciosa hasta que una pareja de enamorados me miró con cara de: “¿En verdad está bailando en medio del pasillo?”. Me erguí, acomodé el cuello de mi camisa con dignidad y le lancé una sonrisa.

Después de ese bochornoso episodio, atravesé las puertas del bar del hotel. Para mi suerte, a esa hora, era el único cliente del lugar. Mucho mejor, no quería estar entre ruido y conversaciones idiotas.

—*Whisky* —le solicité al hombre que despachaba las bebidas. Tan pronto me sirvió la copa, agité el contenido y me volteé para mirar hacia el vestíbulo del hotel.

Sonreí tras ver la estampa de cuatro mujeres recién llegadas que parecían batallar con cien maletas. Una de ellas tenía una ridícula pamelita y ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras. Daba manotazos al aire sin parar de hablar. La más lanzada del cuarteto era una rubia platinada con un traje morado extremadamente pegado a su figura. La rubia no estaba nada mal para después de cinco *whiskys*. Su silueta era muy sensual. Había otra diminuta y de piel morena, era guapa y reía sin parar.

La última llamó mi atención porque era alta y esbelta, llevaba el cabello corto, a la altura del cuello en un estilo audaz y moderno. Era rubia y pude distinguir que tenía los ojos de azul claro. Tenía piernas larguísimas y muy bien proporcionadas, y unos pechos a lo Pamela Anderson, en la serie *Baywatch*. Se veía un poco estresada intentando ejercer liderazgo sobre el grupo.

Me aburrí de inmediato. Ninguna de aquellas mujeres me inspiraba ni un por ciento de mi lujuria. Un cuarteto de cincuentonas que venían a Ibiza a distraerse y a buscar amantes, de esas vi muchas durante el viaje, por eso me volteé de nuevo y decidí que era mucho más divertido observar un partido de fútbol que exhibían en una de las pantallas.

Cuando terminé mi tercer *whisky*, me percaté de que no quedaba rastro de las mujeres y que ya era media tarde. Lo mejor era regresar a la habitación e intentar dormir un rato pues esa noche haría el primer intento en acercarme a la tal Trébol. La imagen de la esposa de Shrek se coló en mi mente y no tuve más alternativa que sonreír divertido.

Trébol

—**E**sto es todo lujo —dijo Helena y se lanzó de espalda a la amplia cama de una de las habitaciones de la suite—. Esta será mi habitación. Con vista privilegiada a los traseros masculinos de la piscina.

En ese momento Logan entró cargando varios cocteles. Mientras tanto yo buscaba acomodo para mis cosas pues ya había decidido acampar allí, y Silvia se masajeaba los pies en la cómoda tumbona del balcón.

Le agradecí a Logan cuando me entregó la bebida de azul brillante, pues resultó muy refrescante para aplacar el cálido clima de la isla.

—Es para ir entonando —dijo Logan a la vez que daba unos pasitos de salsa—. Esta noche la pasaremos estupendo. El botones me acaba de informar que hoy hay noche latina en el club del hotel. Tocarán varias orquestas y entre ellos estará Tito Nieves. Es uno de mis favoritos y les va a encantar. “De mí... de mí enamorateeeeeé” —vociferó a todo pulmón como si fuera una gran cantante.

—Lo tuyo es la cocina —dijo Helena, y Logan le tiró una almohada en la cara.

En cambio, Silvia puso los ojos en blancos. Yo sabía muy bien que mi distinguida amiga, doña dama cívica, tenía un poquito de prejuicio con la música latina. Bueno en realidad con casi todo lo que se apartara de lo clásico y elitista, pero en el fondo era una buena persona, solo había que entenderla.

—¿Trébol te contó que trajo consigo un consolador dorado? —le preguntó Helena a Logan en tono divertido. La chef se volteó a mirarme con su rostro lleno de sorpresa—. Nos enteramos cuando revisaron su equipaje en el aeropuerto.

—¿En serio? —me preguntó Logan—. ¿Dorado?

—Fue idea de mi madre —dije antes de encerrarme en el baño. Necesitaba un mínimo de intimidad.

—No seas cobarde —me gritó Helena tras la puerta—. He traído dos docenas de preservativos y espero que me ayudes a utilizarlos, Trébol.

—Soy una mujer CA-SA-DA —grité a la vez que me desnudaba y entraba en la ducha. A esas alturas era muy poco lo que podía escucharlas, por eso abrieron la puerta e invadieron el reducido espacio.

Todas se reían a la vez.

—Gerry no tiene por qué enterarse de que tuviste una noche de aventura con un dios mediterráneo —Helena estaba desquiciada. No necesitaba de una visita al psiquiatra para conocer su diagnóstico.

Enjaboné mi cuerpo con fuerza. Odiaba cuando actuaban en plan invasor y me hostigaban con ese tema.

—Te juro que no diremos nada —Logan se aliaba muchas veces con Helena.

—¿Por qué no la dejan en paz? —dijo Silvia mientras intentaba sacarlas del baño—. Saben cómo es.

—Sí, igual que tú —dijo Helena.

—La monja, Sor Silvia —dijo Logan y se marcharon del baño, excepto Silvia.

El silencio se apoderó del lugar. Silvia se acomodó en el taburete frente al espejo.

—Ellas no son capaces de entender por qué somos fieles a nuestros desgraciados maridos —dijo con amargura—. A esos desconsiderados que se llevaron lo mejor de nuestros años.

¡Oh, no! Habíamos tenido esa conversación una docena de veces. No quería volver a escuchar aquel relato tan desgarrador y triste. El muy maldito de James, su marido, se había marchado con otra mujer hacía dos años cuando Silvia tuvo que enfrentar el cáncer. Tan pronto le fue descubierto ya estaba presente en sus dos pechos, por lo tanto, tuvo que recibir un tratamiento muy agresivo junto a una mastectomía radical. Un proceso que tuvimos que enfrentar todas junto a ella. Aún me preguntaba qué fuerza sobrehumana la había ayudado a soportar todo lo que le vino de golpe. Perdió tanto peso que parecía un esqueleto ambulante. Asimismo, se le cayó su larga cabellera dorada y sus dientes.

—Siempre te he dicho que vas a encontrar otro hombre que... —quise animarla, pero muy en mi interior sabía que todavía tenía mucho resentimiento.

—Olvidalo. Ya me he convencido de que para ser feliz no necesito a un hombre —se levantó decidida a dejar el baño.

No insistí. La dejé marchar porque no quería herirla más.

Capítulo Cuatro

Liam

Cuando abrí los ojos me percaté de que la habitación estaba en penumbra. Di un salto de la cama para alcanzar mi reloj. Ocho de la noche. Caminé hasta la caja fuerte para buscar los detalles, en específico la foto que me había negado a ver por temor a confirmar lo poco atractiva que debía ser Doña Ogra. Rogaba en mi interior que al menos tuviera algo de encanto y que no tuviera mal aliento, pero como ya he dicho, la mala suerte ha reinado en mi vida durante la última década. Más valía no ser tan iluso y pensar en el saldo de mi deuda con el diablo.

De todas formas, ya había decidido que para llevar a cabo la encomienda trataría de emborracharla hasta la casi inconsciencia, así no me costaría la tortura. Y de paso, también bebería hasta confundirla con alguna conejita. Total, lo que necesitaba era una mísera foto que probara que cumplí lo acordado.

Sin embargo, me llevé una gran sorpresa. Pensé que se trataba de una broma de Gerry. A última hora el infeliz quería jugar con mis controles. La foto mostraba a una mujer de cabello rubio, de corte moderno, a la altura de sus hombros. La reconocí de inmediato, era la misma mujer del vestíbulo. La de piernas largas y ojos claros, de pechos asombrosos. Un mal presentimiento acogió mi pecho. Esta no era la ogra que pensaba encontrar y mucho menos la vieja espantosa que se me haría repulsivo besar.

La contemplé por unos segundos. No era una chiquilla de veintitantos, pero si era sincero, tenía algo muy seductor en su mirada. «Liam, un *whisky* más y terminarás por enamorarte de la ogra», bufé en mi mente para convencerme de que lo único que debía lograr era una foto comprometedora, y luego *arrivederci*, no la vería nunca más.

—Bueno, Liam, manos a la obra. Salgamos de este trago amargo lo antes posible. De ser posible esta misma noche —me dije.

Dejé la foto sobre una pequeña mesa y me encaminé al baño sin lograr que esa extraña sensación que se había alojado en mi pecho desapareciera.

Trébol

El club estaba repleto. Era como si hubieran convocado a todos los residentes y turistas de la isla. No sabía que la música latina gozara de tanto respaldo en ese lado del mundo. Acababa de sostener una agria discusión con Helena ante su insistencia de que vistiera un diminuto tanga, según ella era muy sexy que la prenda se notara a través de mi ajustado vestido. Al final la presión que ejerció la bruja fue tan grande que, antes de que me torturara en su aquelarre, accedí. Sospechaba que, como siempre ocurría, esa noche ella marcaría la pauta.

Nos sentamos en una mesa cerca de la terraza. Estaba un poco oscuro, excepto por las luces de neón que saltaban de un lado a otro. Quince minutos después aún no había aparecido un camarero,

por eso me ofrecí a buscar las bebidas, por eso y porque prefería ordenar algo que no me llevara a la inconsciencia en la primera. Si le dábamos esa responsabilidad a Helena, saldríamos del club arrastrándonos como serpientes.

—¿Vienes, Logan? —pregunté.

—Jamás iría a enfrentar esa jungla de gente. Prefiero aguantarme la sed —me contestó.

Hice un mohín y miré a Silvia. La dama cívica levantó sus manos a modo de negación.

—Conmigo no cuentas — me dijo.

—Conmigo menos —dijo Helena mientras se relamía—. Estoy a punto de sacar a bailar a mi dios mediterráneo.

Todas nos quedamos mirando hacia el objeto de su atención. Tal y como sospeché, un joven que no llegaba a los treinta le sonreía, coqueto. La di por incorregible.

Al final tomé nota mental de los antojos de mis amadas y cómodas amigas: un mojito para mí, dos Cosmopolitan y un *whisky* en las rocas. Cerré los ojos para meditar sobre el valor de la amistad, tomé aire como si me fuera a enfrentar al fuego enemigo y me levanté con mi mejor actitud. Caminé erguida hacia la barra, aunque los tacones de agujetas de quince pulgadas no me ayudaban a mantener mi ritmo cotidiano al caminar. Después de media docenas de empujones, algunos roces indecorosos contra mi trasero y un par de propuestas para bailar, logré asirme a la barra gracias a un empujón que, sin querer, me dio una chica. Tras su disculpa, mi estómago quedó pillado entre la barra y la multitud, que ahora gritaba eufórica con la llegada del tal Tito Nieves.

Asirme a la barra me provocó una sensación de victoria, como si acabara de conquistar una tierra en medio del mar.

—Buenas noches —le dije a uno de los chicos que atendía el bar, pero ni se inmutó en apartar la vista de la docena de tragos que confeccionaba.

Tomó mi orden en su mente y se volteó sin decir palabra. Tardó demasiado y para mi desgracia otras personas se apretujaron contra mí. Algunos que no conocían el efecto de un buen desodorante o de un baño antes de salir a bailar. ¡Madre mía! Iba a desmayarme. Me era casi imposible moverme. Para ese momento ya los roces masculinos contra mi trasero me eran lo más cotidiano del mundo. Entonces el chico apareció con las bebidas. Imposible que pudiera con todos los vasos a la vez. Después de pagar, observé las bebidas meditando una estrategia. A menos que llevara un vaso en medio de las piernas y otro entre mis colosales pechos, la misión sería imposible. Hice una mueca.

—¿Te ayudo? —una voz sexy y atronadora a mis espaldas llamó mi atención. Me volteé despacio con la seguridad de encontrarme con un crío, pero para mi sorpresa me topé con un hombre de algunos cincuenta y tantos, de hermosos ojos azules y una media sonrisa—. Creo que no podrás atravesar el salón con todo eso. —El extraño señaló las bebidas.

¿Qué decir? Su ayuda era necesaria si quería regresar con mis amigas.

—No quiero molestarlo —dije, pero el hombre pareció no escucharme porque tomó dos de los vasos sin vacilar—. Muchas gracias, pero... —No me escuchó, y si lo hizo, optó por ignorarme.

Hizo un gesto protector para abrirme paso entre la multitud y durante la travesía estuvo pendiente a que saliera ilesa de ese infernal mar de gente, no solo yo, sino también las bebidas.

Al llegar a la mesa las caras de sorpresa de las chicas me hicieron sentir vergüenza. Helena tenía una ridícula sonrisita de “¿Ya te tumbaste al primero?”.

—Buenas noches —dijo el hombre y colocó las bebidas sobre la mesa. Extendió su mano para saludarlas. Después se volteó hacia mí—. Liam Farrell.

Su gesto me pareció una trampa, pero fui incapaz de no contestarle el saludo. Su mano era grande y un poco ruda. «¿En qué diablos estoy pensando? Sí, Trébol, imagínate esas manos recorriendo tu espalda sin pudor». ¿Qué me estaba pensando? Sí, seguro, Logan le echó algo a los cocteles en la habitación. Pero ¿a quién pretendía engañar? El hombre estaba buenísimo.

—Trébol —me presenté con voz inquieta.

—Un nombre muy curioso. —Liam me sonrió mostrando unos hoyuelos muy sexys. ¿Me estaba coqueteando? Volvió a hacer un gesto sexy con sus labios y de pronto pensé que era uno de los hombres más sensuales que había conocido.

Después de eso Helena, de forma muy astuta e insistente, le pidió que nos acompañara, y al final el hombre se acomodó como si nos conociera de toda la vida. El roce de su pierna contra la mía, el aroma de su loción para después de afeitarse, en combinación con los mojitos que siguieron, me provocaron pensar que ese hombre tenía un atractivo casi diabólico.

Resultó ser un excelente conversador y en menos de una hora había logrado conquistar a mis amigas, no solo a ellas, a mí me tenía embelesada. Definitivo, eran los mojitos. ¡Ya estaba borracha! Hora de parar con el alcohol sino quería brincarle encima y desgarrarle la camisa allí mismo. «Soy una mujer CA-SA-DA y soy A-BUE-LA de Alexander», me repetía en mi mente para convencerme de no coquetearle, pero era casi imposible. Pensar en mi primer nieto tampoco me ayudaba. El magnetismo de su voz y su mirada me afectaban demasiado. Tenía que huir, huir para sobrevivir a Don Seductor, Liam Farrell. Lo que no advertí es que no había camino por donde fugarme.

Liam

—**B**ailas muy bien —le dije muy cerca al oído y no era una despiadada mentira. La mujer tenía ritmo y cadencia. Yo, en cambio, estaba haciendo el ridículo. A esas alturas debería parecer un mono en medio de un baile primitivo, sospechaba que por eso casi todas las miradas en la pista estaban sobre nosotros.

—Eres un mentiroso, Liam —me dijo con su voz melosa y sus ojos apagados por el mareo de la borrachera.

Un par de copas y sería como pan comido subir con ella a mi habitación. Me veía tentado a saltarme todas las reglas del *Código Farrell*. ¿Quién diablos se enteraría de lo que pasara entre nosotros en la intimidad de una habitación? Esa mujer resultaba encantadora, con una mirada entre la timidez y la sugerencia solapada. Sonreía de una manera que me tentaba a atrapar sus labios y comérselos a besos.

Pero ante todo era un profesional, no iba a fastidiar la misión. La atrapé por la cintura para que se pegara más a mi cuerpo y noté que se tensó de repente.

—No puedo respirar —me dijo con rostro inocente—. Liam, estoy muy mareada. Creo que es mejor que regresemos a la mesa.

—Como prefieras.

Era una tortura observar su firme trasero envuelto en ese sugerente vestido que dejaba ver que

utilizaba una tanguita. ¿Qué me pasaba? Es vieja, Liam. Odias todo lo que pase de treinta y cinco. No lo olvides. No, Liam, ella no es para ti. «¿Y qué pasaría si al final culminó todo el acto y le muestro por qué soy Liam, “el temible”?»», sonreí. Sí, definitivamente el *whisky* ya estaba haciéndome efecto.

La rubia despampanante, la tal Helena, ya había desaparecido con un chiquillo que no le había perdido el rastro en toda la noche, y las otras dos se aburrían como ostras en la mesa.

—¿Y ustedes no bailan? —les pregunté de modo casual.

—No, soy una mujer casada —dijo Logan mientras recibía un codazo casi disimulado de Trébol. Oculté mi risa ante ese gesto cómplice.

—Y a mí no me gusta la música latina —dijo Silvia. Me parecía bastante selectiva y estirada.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo? —Me lancé con Trébol sin pensarlo—. Podemos conocer el hotel.

Sonrió, absorbió lo que quedaba de su mojito y asintió, pero cuando nos íbamos a poner de pie, Logan la tomó del brazo para que volviera a su lado. Una conversación en voz baja entre ellas me dejó ver que mis planes podían fracasar en ese momento.

—Trébol, no está en condiciones de decidir —dijo Silvia y se levantó—. Vino con nosotras y se va con nosotras.

Ya me comenzaba a caer mal la tal Silvia. Imaginaba por qué estaba más sola que un cactus de desierto. Trébol dio un traspié cuando intentó pararse, pero sus amigas lograron incorporarla. La verdad era que la mujer estaba en una condición muy lamentable. Caminamos fuera del club hasta los ascensores, pero era casi imposible que Trébol se mantuviera de pie.

—Si me permiten. —La levanté en mis brazos para llevarla y me sentí como Clark Kent en Superman cuando auxiliaba a su amada Luisa Lane. No soportaba las miradas inquisitivas y burlonas de los otros huéspedes.

Llegamos a la suite en el último piso del hotel y en la puerta se resistieron a que entrara para dejarla en su cama.

—¡Por el amor de Dios! Se les puede caer de aquí a la cama. ¡Abran esa puerta! —dije, furioso. Además, no quería que me quitaran mi papel de caballero rescatista.

Por fin las convencí de que tenía razón y me permitieron el acceso. Me condujeron a la habitación de Trébol. Logan me señaló su cama y la dejé sobre el colchón. Me sentí preocupado por su estado. No se veía bien.

—Aspirinas y agua —les aconsejé—. Mañana las odiará.

—¿Nos odiará? —porfió Logan—. Fuiste tú quien la hizo beber como si el mundo se fuera a acabar.

—No la oí quejarse en toda la noche —dije.

—¿Y qué pretendías al invitarla a salir del club contigo?

Sonreí con un gesto ingenuo.

—Mostrarme amable.

—Llevarla a tu cama... —Silvia también se tambaleaba un poco mientras me señalaba con su dedo acusador—. Trébol es una mujer decente y jamás dejaríamos a nuestra amiga en las manos de un lobo.

—¿Crees que soy un lobo?

—Vamos, Farrell —me dijo Logan y me tomó del brazo para sacarme de la habitación y escoltarme por el centro de la sala de la suite hasta la puerta de salida. Se acercó a mi oído y me dijo —: Gracias, pero ya queremos dormir, caballero salvador.

—Por favor, intenta que se tome una aspirina o mañana... —intenté que escuchara mis consejos.

—Que pases buenas noches. —La mujer casi me parte la nariz cuando cerró la puerta a centímetros de mi rostro. Hice un gesto de enfado. Por imbécil se me había escapado la mejor oportunidad. Bueno... Todavía quedaban varios días.

Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón en actitud derrotista y caminé hacia mi propia habitación. Necesitaba repasar las estrategias de conquista en el *Manual Farrell*. Algo no me estaba funcionando.

Capítulo Cinco

Trébol

—Fue Liam quien te trajo hasta aquí —me dijo Logan al día siguiente.

La resaca era tal que no podía ni tan siquiera tolerar la luz que se colaba a través de las cortinas. Un retumbar odioso se apoderaba de mi cabeza sin misericordia alguna. Me arrepentí una y mil veces por haber bebido de aquella forma.

—No recuerdo nada —dije.

—Bueno, la verdad es que estabas bailando en la pista de modo muy insinuante contra él —me dijo Logan con una sonrisita burlona que me sacó de quicio. Agradecía que solo estábamos ella y yo en la habitación—. Frotabas tu trasero de forma muy insinuante contra el pobre hombre, que después de eso se puso bizco. —Mi amiga imitó el gesto y la miré escandalizada.

—¿Qué hice qué? —Me senté en la cama de forma precipitada. Mi reflejo en el espejo del tocador era muy lamentable. Tenía mi cabellera como una leona y el maquillaje corrido, parecía una pintura abstracta del mejor pintor.

—El pobre estaba un poco incrédulo. —Logan buscaba ropa en el clóset mientras yo no salía del sopor y la vergüenza—. Lo invitaste a subir hasta aquí. Incluso le sugeriste que te hiciera el amor a lo salvaje y primitivo. —Boquiabierta, observé a mi amiga hacer una mímica un poco vulgar.

—No puede ser. —Intenté ponerme de pie de inmediato, pero un mareo repentino no me dejó—. Es imposible. ¿Y ustedes permitieron que hiciera el ridículo?

—Intervenimos, pero tú te mostrabas renuente. Entre Silvia y yo lo intentamos. Te lo juro. —Sospechaba que mi amiga me mentía.

—¿Qué pensará ese hombre de mí?

—Que eres muy cachonda. —La sonrisa socarrona de Logan me mortificaba, tanto como el dolor de cabeza.

En eso Silvia entró a la habitación.

—¡Por fin! Ya se levantó Alcolicenicienta —dijo la muy bruja y me extendió una taza de café, acompañada de una nota y una rosa.

—¿Y esto? —pregunté, atontada.

—Tu Romeo —indicó Silvia—. Lo has conquistado, Trébol.

Dejé la taza sobre la mesa de noche y abrí la pequeña nota. Me interesaba mucho lo que Liam Farrell había puesto en ese mensaje. Quizá se trataba solo de una despedida.

“Fue un placer haberte conocido. Espero que te recuperes pronto. Nos veremos pronto. Tu fiel admirador, Liam Farrell”.

Intenté contener los gestos porque sabía que el dúo curioso me observaba como si fuera un ratón de laboratorio, pero me pareció un detalle muy agradable de parte de Liam.

—¿Ya le dijiste la verdad? —preguntó Silvia a Logan.

—A medias —respondió la chef—. Cuando llegaste estaba a punto de revelarle lo peor.

—¿Lo peor? —pregunté con una aprensión enorme. ¿Acaso había algo peor de todo el espectáculo de la noche anterior?

—Al final fue Liam quien te trajo en brazos a tu cama —dijo Silvia—. Todavía quedan caballeros que rescatan a las damas en apuro.

—¡Imposible! ¿Y ustedes lo permitieron?

—Bueno... estuve a punto de pedirle que te soltara y me llevara a mí —Logan me guiñó un ojo.

Me volteé para oler la rosa. Hacía tanto que no recibía un detalle como aquel. En contra de todo buen juicio, una gran emoción me acogió. Esa sensación de que todavía podía despertar pasiones en un hombre. Reprendí mi mente y me recordé por vez número treinta y siete que era una mujer CA-SA-DA y abuela de Alexander.

Liam

Las flores. Sí, el efecto de las flores no fallaba para conquistar a una mujer, así que tuve la genial idea de enviarle una rosa que me consiguió uno de los botones por una pequeña fortuna, con una nota en una servilleta. Una estrategia infalible a la cual había recurrido muchas veces. Ahora quedaba ver la respuesta de Trébol. Estaba recostado sobre la cama de mi habitación después de disfrutar de un succulento desayuno. (¿Y saben que es lo mejor? A cuenta de Gerry) Así que no escatimé en el pedido. Poco faltó para que ordenara caviar.

En eso sonó mi móvil. Hice un mohín al ver el nombre del diablo reflejado en la pantalla.

—Hola, Gerry —saludé con tono desanimado.

—¿Por qué demonios no aprovechaste que Trébol estaba ebria anoche? Hubieses completado lo que se te mandó, Farrell

—No creas que no lo intenté, pero sus amigas...

—Esas cacatúas. Siempre dan problemas. Parecen un club alrededor de Trébol. ¡Las odio! Mueve tu trasero, Farrell. Te restan cuatro días. Si fallas, esta vez no te voy a lanzar del noveno piso de un hotel, te enterraré como un maldito cactus en el desierto entre México y los Estados Unidos.

¡Vaya sentencia! Tragué saliva y me puse pilas con el asunto.

—Claro, Gerry. Ya he pensado una estrategia para esta noche.

—Me valen un comino tus estrategias, Farrell. Quiero resultados.

Hubo un silencio en la línea y pensé que había colgado.

—¡Ah!, uno de mis hombres me envió una foto de mi mujer bailando contigo. La próxima vez que pretendas frotar tu decadencia contra su trasero, te quedarás sin piernas. ¿Entendiste? Se trata de fingir, Farrell. No pretendas pasarte de listo. Te estoy observando.

Ahora sí el silencio de la línea me dejó claro que había culminado. Me dejé caer de nuevo en la cama, solté todo el aire e intenté calmar mi coraje. El teléfono sonó de nuevo.

—¿Algo más que quieras indicarme, Gerry?! —grité.

—Papá, soy yo, Sofía.

La voz de mi hija al otro lado del teléfono fue un gran aliciente contra mi tensión.

—¡Oh, cariño! Qué gusto oírte. —El cambio en mi tono fue inmediato.

—¿Y quién es ese tal Gerry?

—Un cliente. Ya sabes, de los ultra fastidiosos.

—Te llamo porque Erick vendrá este fin de semana a casa de la abuela y quería saber si te animabas a pasar con nosotros el sábado.

Amo a mi familia. Sofía es mi hija menor y Erick el mayor. Ya pasan de los veinticinco. Ella aún no culmina su carrera como neurocirujana, en cambio Erick es un físico muy destacado, hace tres años que se casó con una joven maravillosa y hace un año que nació mi nieta, la querendona Mary Ann. Al menos una vez al mes sacamos tiempo para visitar a mi madre y pasar el día en familia, pero esta vez no iba a poder acompañarlos.

—Lo siento, cariño. Estoy en las Baleares —le dije.

—¿Y qué haces allá?

—Un cliente piensa hacer un desarrollo turístico y me pidió que viniera a asesorarlo. —Mentí. Por nada del mundo le diría a mi hija en el lío que andaba—. Me conviene este proyecto. ¿Sabes? Representa mucho para la empresa.

—Pues espero que tengas suerte. Le diré a Erick y a la abuela sobre tu viaje. —Hubo una pausa. Siempre había sospechado que Sofía intuía mi problema con las apuestas, mis aventuras con las mujeres y la vida desenfrenada que llevaba—. Te amo, papá.

—Yo también, cariño.

—No olvides que dentro de unos días es la gala de la fundación. Prometiste acompañarme.

—Y allí estaré. No me lo perdería por nada del mundo.

Colgué la llamada con una extraña sensación de nostalgia, de que les debía mucho a mis hijos.

No podía permitirme los sentimentalismos en ese momento, cuando tenía que resolver la Misión Trébol. Me levanté de la cama con optimismo y me dispuse a continuar mi plan de conquista.

Capítulo Seis

Trébol

A media mañana nos dejamos arrastrar ante los deseos de Helena y terminamos en las tumbonas de la piscina. Logan flotaba en el agua como una morsa varada en el medio del mar, Helena se retocaba las uñas con un color rojo escandaloso mientras tarareaba las canciones que escuchaba en sus auriculares (¡Es muy mala cuando canta en inglés!), y Silvia leía el éxito de James Dickey, detrás de sus diminutos espejuelos de abuelita.

En mi caso, intentaba que el resplandor del sol no me golpeará la cara de forma directa y que el dolor de cabeza aminorara, por eso cubría mi rostro con la toalla. También, buscaba dormir un poco, pero lo que conseguía era recordar la noche anterior en el club. Mi encuentro con Liam, el baile, lo bien que la pasamos... Luego caía en el bochorno por mi borrachera e intentaba descifrar lo que ese hombre pensaría de mí en ese momento.

—La resaca se cura con alcohol, Trébol —dijo Helena al rato—. Un *whisky* en las rocas y quedarás como nueva, amiga.

—Ni loca vuelvo a beber —dije con asco y me destapé la cara.

—Ya mismo te preparo uno de mis cocteles —agregó Logan con un tono divertido, a la vez que braceaba hacia la orilla de la piscina.

—Esta noche se presenta David Guetta —dijo Helena, entusiasmada—. Tenemos que ir a verlo.

—¿David Guetta? Estás demente si piensas que asistiré a un club de jovencitos a escuchar música electrónica. ¿En qué cabeza cabe? —pregunté, indignada—. Esta no es la idea de unas vacaciones relajantes. Hoy quiero dormir temprano después de una sección de spa.

—Secundo la moción de Trébol —intervino Silvia—. También me iré temprano a la cama. Ya no estoy para tanta intensidad.

—Son unas ancianas —porfió Helena—. Como único me iría temprano a la cama es si encontrara un hombre de verdad.

Nuestras miradas se fijaron en su rostro. Desde que había regresado de su aventura amorosa la noche anterior no había querido soltar prenda de su experiencia con su diosito mediterráneo.

—Nos morimos de curiosidad, Helena —dijo Logan—. Vamos, cuenta.

—Pésima experiencia. El chico resultó ser un crío sin experiencia. Mucha agilidad y poca maña.

—¿Ni uno solo para ti? —inquirió Logan.

—Soy muy buena fingiendo —Helena dejó el esmalte de uña sobre la mesa—. Hacía tiempo que no me sentía tan defraudada. La segunda vez tuvo que tomarse una pastilla. Imagino que para mantener su desastroso desempeño.

—Me preocupan los muchachos de hoy día —admitió Silvia y cerró el libro—. Hace poco leí un artículo del abuso que hacen de los medicamentos como Viagra y ese tipo de cosas.

—Fue horrible, y espero no volvérmelo a encontrar en lo que me queda de estadía —dijo Helena, colérica.

—Siento tu decepción, amiga —dije con una enorme sonrisa. Merecía que la fastidiara.—. Tal vez deberías buscarte uno de tu edad.

—¿Y crees que los de mi edad no usan la dichosa Viagra?

—Tiene que ver con algo en la mente de los hombres —dijo Logan al salir de la piscina para secarse.

Me extrañó que en ese momento las chicas se quedaran en silencio. Algo realmente importante estaba pasando a mis espaldas y me lo estaba perdiendo. Entonces, volteé y lo vi a lo lejos. Era él, con el torso masculino y bien formado al desnudo. Un pantalón corto y ajustado le servía como traje de baño. Completaban su atuendo unas gafas tipo aviador. Debo reconocer que el tal Liam Farrell era muy atractivo y sexy. Caminaba con un aire que gritaba al viento: “Disfrútenme, chicas”. Y eso hicimos. Para mi sorpresa mis amigas lo admiraban con embeleso. Quise gritarles: “Quiten su mirada de ese hombre. ¡Lujuriosas!”, ¿pero qué derecho tenía sobre él? Se me hizo un nudo en el estómago cuando noté que caminaba hacia nosotras.

—Miren quien se acerca —dijo Silvia con voz baja a modo de advertencia.

Quise esconderme tras la tumbona o tirarme de cabeza al agua. No quería volver a hablar con él. La vergüenza por la noche anterior me tenía muy ansiosa. ¿Qué pensaría? Sí, claro, que soy una loca, ridícula y pasada de edad para andar borracha, exhibiendo una tanguita tal cual chiquilla en un club. He caído demasiado bajo. Necesito mantenerme alejada de la influencia de Helena y de los cocteles de Logan. Tal vez debería unirme al club de lectura de Silvia.

—Creo que viene hacia acá —dijo Logan.

—No, no... no —rogué, aterrada—. Todavía tengo oportunidad de huir. —Ya había identificado que detrás nuestro había unos arbustos bastantes frondosos, muy adecuados para mi objetivo de ocultarme

—Trébol, el hombre es un semental. Amiga, no lo dejes pasar —comentó Helena mientras se relamía. Vi su rostro libidinoso sobre la figura de Liam y me dio un poco de coraje su descaro.

Sí, el hombre caminaba directo hacia nosotras. Quise esconder mi cuerpo. Me arrepentí de solo lucir un diminuto bikini que dejaba al aire demasiadas cosas. Repasé cada punto vulnerable de mi figura. ¡Bendita celulitis! Maldije la Coca Cola y el chocolate. También me lamenté por todas las veces que había claudicado en visitar el gimnasio. Además, no todos los días me inclinaba por comer hierba, también me gustaban las pastas y las carnes rojas. (¿No les he dicho? Soy un verdadero desastre con las dietas, pero tenía como punto a mi favor que al menos mi metabolismo todavía funcionaba con eficiencia).

—Buenos días —dijo el hombre con tono divertido. Estrechó la mano de las chicas y a mí me espetó un beso cerca de la comisura de mis labios con toda la confianza del mundo. Debí molestarme, reclamarle, cruzarle el rostro con dos buenas cachetadas, pero su loción para después de afeitarse me tenía atontada, en combinación a su sexy sonrisa, así que acabé por sonreírle como una idiota—. Se ven estupendas, chicas. Espero que hayan amanecido bien —Arrastró una silla cercana y se sentó junto a mí. ¿Así, sin invitación?

—Buenos días, Liam —balbuceé como si tuviera un defecto en mi cerebro. Al parecer la borrachera había apagado una cuarta parte de mis neuronas o era la atracción que ese hombre ejercía sobre mí.

Mis amigas cuchicheaban entre ellas y sonreían divertidas. ¡Brujas!

—Gracias por el detalle —dije con cierta timidez unos segundos después. Fue lo primero que se me ocurrió para romper el hielo. (¿A ustedes no les ha pasado cuando se sienten atraídas por un hombre que nos mueve el piso? ¿Qué piso? Que nos mueve cada hueso, nervio, vena, órgano, cabello...) ¿Qué me pasa? No podía mantener un pensamiento coherente. Lo único que buscaba era no hacer el ridículo.

—Solo quería que tu día fuera menos difícil —dijo él.

—Gracias por llevarme a mi habitación anoche. No estoy acostumbrada a beber y...

—Para mí fue un placer —su voz tomó un matiz tan sensual que un leve cosquilleó me estremeció. Miré mi pecho y me cubrí con la toalla para que no se notara lo que el hombre provocaba con ese solo gesto.

—Liam, ¿te animas a acompañarnos a la presentación de David Guetta? —preguntó Helena de forma casual.

Ví que el rostro de Liam se iba transformando y me dio gusto que, al igual que yo, odiara la música electrónica.

—Guetta es de mis favoritos —dijo para mi total decepción. No podía ser que el hombre le siguiera los pasos a la anormal de Helena—. Pero esta noche tengo en mente algo más tranquilo. —Cuando dijo “tranquilo” me dirigió una mirada muy insinuante—. Tengo reservada una mesa en el Mediterraneum y me gustaría que me acompañaras, Trébol. —Esa última parte de la conversación la dijo en voz baja para que solo nosotros dos nos enteráramos, por lo menos eso creía yo—. ¿Me acompañas?

Estuve a punto de gritarle a todo pulmón que sí, que me encantaría salir a cenar con él, beber un par de copas de vino y bailar música suave en una terraza con vista al mar, pero me contuve. No quería que pensara que estaba desesperada. Luego me di cuenta de que si continuaba por ese camino sería mucho peor. Lo más adecuado era cortar aquella locura en ese mismo instante.

—Iré con las chicas a ver a David Guetta —dije. Las muy traidoras me miraron asombradas, como si quisieran gritarme: “¡Mentirosa!”. Pero ese subterfugio me duró poco.

—Por nosotras no te preocupes, Trébol —dijo Helena—. Sabemos cuánto odias la música electrónica. Creo que la pasarás mejor si vas a cenar con Liam.

¿No he mencionado que Helena es la prima hermana de Judas? Hice una mueca para dejarle saber que me disgustaba que me expusiera frente al hombre.

—El Mediterraneum es uno de los mejores restaurantes de Ibiza —añadió Logan. Sí, habían escuchado todo con sus oídos parabólicos—. Y uno de los más exclusivos, Trébol. No todos los días se tiene una oportunidad como esa. Incluso, dicen que las reservaciones se tienen que hacer con meses de antelación.

—Sí, es cierto —intervino Silvia—. Ha sido premiado una docena de veces. Es de los más exclusivos.

De pronto mis amigas me estaban vendiendo al mejor postor. Me mantuve callada con ganas de mandarlas al diablo. No iba a cenar con Mister Tentación. Que me hubiera alcoholizado la noche anterior hasta la inconsciencia, no significaba que había olvidado que aún era una mujer CA-SA-DA. Le debía respeto a Gerry, aunque él no entendiera esa palabra. La vida me había enseñado que la

lealtad no era negociable.

—Soy amigo personal del dueño del Mediterraneum, por eso pude conseguir una mesa sin reservación —dijo Liam y se acomodó en su silla como si fuera a pasar el resto del día entre nosotras. Me comenzaba a irritar su persistencia.

—Liam, te agradezco tu ofrecimiento, pero esta vez no podré ir —le dije. Quise escapar con alguna excusa, pero me mantuve recostada en la tumbona respirando su aroma.

—¿Prefieres la música electrónica, jóvenes revoltosos y un sitio decadente a ir a cenar conmigo? Ahí estaba la manipulación masculina en todo su esplendor. Como si no conociera las tácticas de un hombre manipulador a la perfección. Mi marido había inventado las reglas.

—Esta es mi última noche en la isla —añadió Liam.

—¿Se te acaban las vacaciones? —pregunté. Para ese momento mis amigas hablaban entre ellas, así que los detalles de nuestra conversación eran exclusivamente nuestros.

—No estoy de vacaciones —sonrió—. Estoy trabajando. Soy dueño de una firma de arquitectura en Manhattan y vine a petición de un cliente que desea construir un complejo turístico al sur de la isla, pero ayer tuvimos nuestra última reunión. Así que mañana estaré de regreso.

—¿Vives en Manhattan? —pregunté. Lo que faltaba era que fuéramos vecinos.

—Sí, vivo en el hotel Roosevelt, en la 111, cerca del parque Tomas Jefferson.

—Yo vivo en el edificio One Madison.

Liam abrió los ojos, sorprendido.

—Tuve la oportunidad de trabajar algunas cosas para ese edificio. Uno de los mejores de la zona.

¿Y a qué te dedicas?

—Tengo una floristería en el hotel de mi hermano —le dije—. No sé si conoces el hotel *La Fregata*, en Park Avenue.

—Claro, es muy conocido.

—Mi hermano es el dueño y hace diez años que tengo mi negocio allí.

—Así que eres florista. —Volvió a sonreír de aquella manera que me tenía fascinada.

—De forma oficial estudié humanidades, luego me dediqué a la crianza de mis hijos y después a cultivar mi fase de empresaria.

—¿Y qué tengo que hacer para que aceptes cenar conmigo, señora empresaria? No me gusta comer solo y tú resultas una excelente compañía. —Si un hombre extremadamente guapo y seductor pide algo de la forma en que Liam Farrell lo acababa de decir, ¿cómo negarse?—. Ya no puedo utilizar la estrategia de enviarte un ramo de rosas. Solo me queda subirme a la azotea del hotel con una pancarta para llamar tu atención.

—¿Harías eso? —resoplé con incredulidad.

—Porque cenas conmigo haría cualquier cosa.

Bajé mi mirada. Necesitaba entender el efecto que ese hombre tenía en mí.

—Siete y media de la noche en el vestíbulo del hotel —me dijo sin darme la oportunidad de negarme. Se levantó, se acercó a mi rostro y esta vez me plantó un beso más cerca de mis labios, y me dijo al oído—: Te espero. No me falles. —Me guiñó un ojo, se despidió de las chicas y caminó hacia el interior del hotel con una seguridad arrolladora. No pude apartar mi mirada de su firme trasero hasta que desapareció.

—Uy, Trébol —comentó Logan—. Tienes una cita con Don Seductor. Ese hombre quiere “sandunga”.

—¿Sandunga? —pregunté. Ya les mencioné que Logan era boricua y me costaba mucho entender su vocabulario.

—Amiga, una noche muy movida. —Hizo unos movimientos sugerentes—. Vamos, no seas tan ingenua.

Hice un mohín de disgusto. No quería que empezaran a hostigarme con sus comentarios cargados de sarcasmo y sexo.

—Lleva profilácticos —dijo Helena mientras se pasaba protector solar—. Ese hombre tiene malas... muy malas intenciones. Se le nota a leguas que quiere llevarte a la cama. Imagina si te preña. ¡¡¡Qué escándalo!!! Gerry, el cornudo. —Soltó una carcajada que fue secundada por las demás.

No iba a decirles que ya no tenía ninguna posibilidad de que eso ocurriera pues hacía unos meses había perdido mi período para siempre. Asunto que por una parte había celebrado, pero que por otra parte me había medio deprimido porque significaba la llegada de una nueva etapa en mi vida.

—No voy a acostarme con él. Solo cenaremos —dije.

—Sí, amiga, claro —añadió Logan—. Se ve que no te gusta nadita de nada.

—No estas obligada a ir —intervino Silvia.

—Silvia, ¿estás loca? —Helena soltó el protector y se levantó—. Claro que tiene que ir. No seas mojigata, Trébol. —Me tomó del brazo para que me levantara de la tumbona y comenzó a echar mis cosas en el interior de mi bulto—. Debemos prepararte. Comprar un vestido, contratar a un peluquero, maquillarte. Tenemos mucha tarea por delante. Sin que se nos quede un conjunto de lencería súper sexy. ¿Qué recomiendan? ¿Negro o rojo?

—Voto por el negro —dijo Logan.

Silvia frunció el ceño, pero no aportó su opinión.

Tenía miles de dudas en mi cabeza. ¿No estaría cometiendo el peor error de mi vida? Sin embargo, una fuerza interior muy poderosa me incitaba a que viviera el momento. Bueno... en realidad era la mano de Helena empujándome para que subiera a la habitación. Me animé al pensar, que después de todo, las cosas llegarían hasta donde yo lo permitiera.

Regresé a la habitación junto al trío acosador, decidida a vivir la aventura que el destino me había deparado. Saqué del medio al remordimiento, sin embargo, más adelante la vida me enseñaría una gran lección.

Capítulo Siete

Liam

Trébol apareció en el vestíbulo del hotel justo a la hora acordada. Cuando la vi atravesar el pasillo con su elegante vestido color azul cobalto no pude apartar la mirada. Había recogido su cabello en un moño que dejaba algunos mechones sueltos. Me lanzó una sonrisa nerviosa y me convencí de que le atraía más de lo que ella podía disimular.

Como parte del plan de conquista me había vestido con un traje formal del diseñador italiano, Valentino. Tan pronto la mujer se acercó, le planté un ligero beso en los labios que no tuvo mayor importancia, más allá de que me miró con los ojos como platos. Quería enviarle un mensaje contundente, pues planificaba terminar la noche en la cama con ella. La tomé del brazo y salimos al exterior en donde nos esperaba un chofer que nos llevaría hasta el restaurante.

—Estás hermosa —le dije al oído y me fascinó ver cómo se ruborizaba.

—Gracias. Tú también estás muy elegante.

Le sonreí con la clara intención de aumentar su interés.

—La pasaremos bien —le aseguré y le apreté la mano en un gesto cálido. No dejé de sostenerle la mano hasta que llegamos al lugar. Sí, debo admitir que estaba algo nervioso. ¿Por qué? Pues no sé. (Sé lo que están pensando... No, no y no. Esto es solo por el trato que tengo con el desagraciado de Gerry). Ya estaba decidido, esa noche lograría mi misión y después no volvería a verla. (¿No confían en mí? No los culpo. A veces ni yo mismo confío en mí).

Después que nos recibieron en el restaurante, nos ubicaron en una mesa cercana a la terraza desde donde se podía observar el mar gracias al reflejo de la luna. Nos enfocamos en estudiar el menú y después que decidimos lo que cenaríamos, nos observamos sonrientes y tímidos.

¿Tímidos? Sí, yo también me sentía un poco intimidado. Solo al pensar que antes de que se acabara esa noche tendría que llevarla a mi habitación y seducirla sin la posibilidad de completar el acto, me estaba torturando.

—¿Estás bien, Liam? —me preguntó.

—Sí... sí, estoy bien. Un poco cansado —sonreí y me masajé la nuca.

—Si quieres tan pronto cenemos, regresamos al hotel.

—Quisiera que antes fuéramos a dar una vuelta por el puerto. Es muy bonito y hay varios cafés. Allí podremos conversar.

—Pero si estás cansado...

—No te vas a deshacer de mí tan fácil, Trébol.

Sonrió y me convencí de que era una mujer encantadora.

—Cuéntame de ti —me pidió.

Carraspeé un poco para ganar un poco de tiempo y pensar qué sería conveniente contarle. Tenía que actuar con astucia para no ser descubierto.

—¿De mí? —En ese momento el camarero nos sirvió un par de copas de vino. Recapitulé en mi

mente qué tipo de detalles podría compartir—. Pues, como te dije, soy arquitecto y soy irlandés, radicado hace muchos años en Estados Unidos.

—Irlanda es bello.

—¿Has visitado mi país?

—Dos veces. Mi esposo... —Se detuvo—. Bueno... Mi casi ex esposo me llevó dos veces de vacaciones.

—¿Tú casi ex esposo? —Me hice el tonto. Quería saber su opinión sobre Gerry.

—Digamos que estamos en una época muy difícil en nuestra relación. —Absorbió un poco de vino e hizo un gesto de clara amargura—. Hace un par de meses descubrí que tenía una aventura con otra mujer. No es la primera vez, pero con esta fue diferente porque terminó dejando la casa para vivir con ella.

—Lo siento mucho —le dije. El maldito de Gerry era un malnacido que merecía que lo lanzaran del puente Brooklyn.

—Hace unos días me llegó la demanda de divorcio.

—¿Y qué vas hacer?

—No estoy segura.

¿No estaba segura? ¿Es que necesitaba convencerse de que tenía a un crápula por marido?

—Cuando me casé lo hice con la ilusión de que fuera para toda la vida. Tenemos dos hijos y un nieto... Bueno, y otro que ya viene en camino. Me gustaría que la familia se mantuviera unida.

—Te entiendo. Cuando me divorcié pensaba igual que tú. —Tomé un poco de vino. (Sí, ya sé que están pensando, pero no tenía escapatoria. Necesitaba empatizar con ella y conmoverla con alguna situación)—. Cuando Marisela me dejó caí en una gran depresión. —Era mentira, ninguna de mis ex esposas se llama así—. Después de veinticinco años de un matrimonio modelo, ella decidió dedicarse a una religión en oriente en la cual las mujeres pasan a ser monjas y se encierran en templos para dedicarse al dios Shaw —Me acababa de inventar una religión. ¡Soy un genio!—. Así que un día me dijo de sus planes de abandonarlo todo y dos semanas más tarde se fue. Mis dos hijos quedaron devastados.

—Lo siento tanto, Liam. —Me acarició la mano. Siempre funcionaba conmover el corazón de una mujer.

—También tengo una nieta de mi hijo mayor. Se llama MaryAnn —saqué el móvil para mostrarle una foto. Eso acabó por derretirla.

—¿Y no has sabido más de tu ex?

—Lo último que supimos es que alcanzó a ser sacerdotisa, pero honestamente si ella es feliz, yo soy feliz por ella, aunque al principio fue duro... Muy duro. —Bajé la mirada. Anhelé que dos lágrimas recorrieran mi rostro, pero no sucedió. Creo que había olvidado cómo llorar. ¿Por qué no me dediqué a la actuación? Hubiera arrasado con los premios Oscar.

De forma oportuna el camarero volvió a interrumpir para servir el primer plato.

—Muero de hambre —le dije. Necesitaba dejar atrás el melodrama. No quería empalagarla hasta el aburrimiento—. ¿Te gusta el restaurante?

—El lugar es magnífico. Gracias por la invitación.

Levanté mi copa y propuse un brindis.

—Porque tengamos muchas salidas en el futuro.—Eso era lo que yo quería, pero sabía que era imposible. Esa sería nuestra última noche juntos.

—Salud —dijo sonriente.

Trébol

Después de cenar, caminamos hasta el puerto. La noche estaba algo cálida y la suave brisa conspiraba a favor de nuestro recorrido. Aún estaba conmocionada con el relato sobre el divorcio de Liam. Me parecía un hombre extraordinario, que no merecía que su pareja lo hubiese abandonado de esa forma. Entonces comprendí que Gerry no era el único insensato.

En ese momento, caminar a su lado y sentir el roce de su hombro me llenaba de emoción. Era interesante cómo podíamos hablar sobre cualquier tema, debatir y argumentar. Tenía que admitir que el tiempo a su lado pasaba demasiado rápido.

Cuando estábamos a punto de entrar a un café, tropezamos con una chica en la entrada. La joven morena se quedó mirando a Liam con sorpresa.

—¡Liam! —dijo.

Observé que el hombre se puso tenso de inmediato. La joven trató de acercarse para saludarlo, pero él rehusó de su abrazo.

—Al fin nos reencontramos —continuó ella sin advertir mi presencia—. ¿Cambiaste el número del móvil?

—Es el... mismo —la actitud titubeante de Liam me dejó ver su incomodidad.

—Eres un mentiroso compulsivo, Liam Farrell. Te he llamado mil veces y no he dado contigo.

—Mira, Alana, ando con un poco de prisa.

Fue en ese momento que la joven notó mi presencia y me miró de arriba a abajo.

—¿Ahora andas con ancianas? Me habías dicho que no te gustaban las viejas.

Suspiré para contener las ganas de cruzarle la cara con dos buenas cachetadas por irrespetuosa. Sí, podía ser mi hija, pero eso no le daba derecho a faltarme el respeto. Sentí la mano de Liam firme en mi cintura y eso me llenó de confianza.

—Fue un gusto volver a verte, Alana. —Liam intentó abrirse paso al interior del lugar, pero la joven se atravesó en la puerta con gesto desafiante.

—Mire, señora. —Se dirigió a mí con gran furia—. Este tipejo es un mujeriego de lo peor. No sé cómo anda con usted, si hasta el cansancio me dijo que no le gustaban las mujeres mayores de treinta. —Me volvió a mirar de arriba a abajo—. Y usted hace tiempo que pasó de esa edad. Después no diga que no se lo advertí.

Liam la tomó del brazo para quitarla de en medio.

—¡Ya fue suficiente! —le dijo el irlandés sin apenas mover sus labios. Se veía muy cabreado—. Ten un poquito de dignidad, Alana.

—La misma que tienes tú, Liam —le espetó con desafío.

—Vamos —me dijo el hombre y me empujó con cuidado hacia el interior del establecimiento.

—Liam Farrell, dile a la viejita que utilizas Viagra porque tu “súpermingo” no te funciona bien. Viejo decrepito. No sé por qué me acosté contigo, si puedes ser mi abuelo. —La chica sacó su lengua

a modo de burla y se fue.

El recorrido de la puerta a la mesa lo hicimos en total silencio. Incluso cuando nos sentamos, Liam no se atrevió a mirarme a la cara. Simplemente me quedé analizando el pasado suceso, pero ese incidente no encendió ninguna de mis alarmas, por el contrario, despertó una increíble empatía por ese hombre. Odiaba a la tal Alana por haber destruido la hombría de Liam de manera tan cruel.

—Lo siento —dijo—. Esto no debió pasar. Alana, siempre ha querido que suceda algo entre nosotros, pero como ves, es una chiquilla. Jamás saldría con una mujer que puede ser mi hija.

—Dicen que el café es bueno para todo. —Fue lo único que se me ocurrió decirle para aplacar el vergonzoso momento.

Su sonrisa de vuelta me dejó ver que el pasado espectáculo quedaría en el olvido.

Capítulo Ocho

Liam

Cuando acabamos de tomar café y de conversar un rato, caminamos por el puerto hasta llegar a un barandal que nos protegía del mar. A esa hora las olas estaban muy serenas y ya la noche había comenzado a refrescar. Por eso me quité la chaqueta y se la puse a Trébol sobre sus hombros. La mujer se aferró a la baranda y contemplé fascinado cómo cerró los ojos y aspiró la brisa. Entonces, aproveché y me acomodé cerca, detrás de su espalda y la abracé por la cintura.

—Liam...

—Dime.

—Gracias por la cena y el paseo. La he pasado muy bien.

—Esa es la idea —le hablé cerca del oído. Se estremeció con el gesto, así que continúe con mi plan seductor—. Eres la mejor compañía que he tenido en años.

—No mientas.

—Nunca miento.

(No digan NADA. Sí, soy un mentiroso, pero lo que acababa de decirle era cierto). Con esa mujer me había sentido muy cómodo. Era inteligente, sagaz y madura. Sus conversaciones no giraban en torno a simple frivolidades, a redes sociales, a moda y a pura apariencia. Había manejado el desastre de Alana con tanta sabiduría que me sentí satisfecho, pese a que ese incidente por poco echa la misión al traste.

—Quiero pedirte algo —le dije y la apreté más contra mi pecho—. Ve conmigo a mi habitación. Quiero hacerte el amor.

Sí, me lancé con todo. Si no quería terminar muerto a manos de su marido era mejor apresurar el plan.

Trébol se volteó con cara de sorpresa. Quedó prisionera entre la baranda y mi cuerpo. Sus ojos reflejaban gran duda, pero su cuerpo reaccionaba de forma deliciosa a cualquiera de mis caricias. Con astucia, le besé la base del cuello. La vida me ha enseñado que antes de ir por el objetivo principal era de sabios preparar el camino. No rehuyó a mis besos y eso me llenó de valor para continuar hacia su barbilla. Acerqué mi boca a sus labios, despacio, con mucha calma porque quería comprobar que ella también lo deseaba.

—Liam... —rogó.

Tomé su boca despacio, disfrutando el placer de descubrirla. Tan pronto sentí que se estaba entregando, aceleré y recorrí con mis manos ansiosas su espalda hasta la altura de su trasero, pero no me aventuré más allá para no asustarla.

—Te deseo tanto, Trébol. —Y esa declaración era una gran verdad. Sentí a mi “súpermingo” endurecerse con gallardía. Me puse eufórico porque mi respuesta natural de excitación me dejaba saber que aún estaba en batalla, y lo mejor, sin la asistencia de ninguna maldita pastilla—. Di que sí, Trébol. Yo sé que lo ansias tanto como yo.

Continué besándola hasta arrancarle un par de jadeos deliciosos que me animaron a cosas más osadas, como fue acariciarle sus colosales pechos. Hasta que escuché unas risitas burlonas a mis espaldas. Me aparté un poco para buscar de dónde provenían. Un trío de adolescentes nos contemplaba divertido.

—Mira Mike, los abuelos aún se besan —dijo uno de los chicos sin parar de reír.

—Cuidado con la caja de diente, viejo —dijo el otro.

Los miré entre el coraje y el asombro. Quise golpearlos, pero Trébol me agarró por el brazo.

—Déjalos, son unos chiquillos —me dijo.

—¡Irrespetuosos! —les grité.

—Vámonos, no sea que al anciano le dé un ataque al corazón —dijo el tercero. Se montaron en sus bicicletas—. Adiós, abuelitos.

Les grité unas cuantas palabrotas airadas mientras los vi alejarse, pero mi coraje duró hasta que escuché la risa divertida de Trébol.

—Tienen razón, Liam. Somos un par de abuelitos.

Sonreí también. La abracé con fuerza contra mi pecho y le besé la frente.

—Somos unos abuelitos muy sensuales —le dije con tono almibarado.

—Iré contigo, Liam Farrell —me dijo al rato y juro que en ese momento fui el hombre más feliz.

(No por lo que están pensando, sino porque al fin lograría mi objetivo. No me creen, ¿verdad? Yo tampoco. ¿A quién quiero engañar?) Deseaba a esa mujer como si fuera un maldito adolescente. Quería su cuerpo, su piel, su olor en mi cama. Quería borrar las caricias torpes de su marido y llevarla hasta el límite del placer. Quería todo de ella.

¡Estaba perdido!

Trébol

Tan pronto atravesamos el vestíbulo del hotel y nos dirigimos hacia los ascensores, me llené de dudas. No sé por qué me vino a la mente el día de mi boda con Gerry. Recordé la promesa, el juramento de fidelidad frente al altar, pero sentí la firme mano de Liam sobre la mía y eso me llenó de seguridad. A esas alturas ya no podría negarme. Le había dado mi palabra de que quería estar con él, pero sabía que después de eso me sentiría terriblemente mal. Nunca más podría mirar a mi marido de igual forma.

Recordé mi última visita a la sicóloga, (Sí, hacía unos meses había decidido que para manejar mis emociones por la actitud de abandono de mi marido sería mejor recibir terapias). La doctora me hizo ver que el vínculo emocional con Gerry se había roto de manera irreparable. Hacía mucho habíamos dejado de ser un matrimonio.

Entramos al ascensor y Liam no perdió tiempo. Me arrinconó contra una de las paredes y comenzó a besarme con una ansiedad tan deliciosa que me hizo olvidar mis temores. Me gustaban todas y cada una de las sensaciones que me provocaba. Cuando mordisqueó mi cuello perdí la última de mis fortalezas. Gracias a que el elevador llegó al piso indicado, no terminamos el acto allí mismo.

Al atravesar el umbral de su habitación me convencí de que no había marcha atrás. El hombre encendió un par de lámparas que le dieron al lugar un aspecto muy sensual. Caminó hasta el mini bar

y sacó una botella de vino. Me senté en el sofá, despacio, angustiada, parecía una adolescente virginal en su primera noche. Sí, el remordimiento, el temor, la culpa no me dejaban disfrutarme el momento a plenitud, como hubiese querido. Pensé en mis hijos, Kathie y Cristian, ¿qué pensarían si me vieran en esa situación?

Liam me entregó una copa y se sentó a mi lado, muy cerca.

—Por esta noche. —Levantó la copa como si cargara el trofeo de la victoria. Imité su gesto y le sonreí con cierto temor—. ¿Estás bien? No quiero que estés incómoda por nada.

—Sí, estoy bien. —Estaba tan ansiosa que vacié el líquido de la copa de un solo sorbo. Tal vez un poco de vino en mi cabeza me ayudaría a enfrentar lo que venía.

Liam me quitó la copa de la mano sin dejar de mirarme a los ojos. Luego la dejó sobre una mesita cercana junto a la suya. Se pegó a mi cuerpo y me abrazó con fuerza. En medio de sus acalorados besos, volví a perder las inhibiciones y me dejé llevar.

—Eres hermosa, Trébol —me dijo a la vez que buscaba la cremallera de mi vestido. Me fue desnudando despacio. Luego observó mi sostén de encaje, fascinado—. Me vuelve loco la lencería. —Acarició mis pechos con cuidado sin apartar su mirada. Cerré los ojos cuando sentí su cálido aliento recorrer mi piel. Con gran destreza me quitó el sostén. Una gran duda me volvió a recorrer. Siempre me habían parecido enormes y para esa época tenían cierta flacidez, pese a que hacía pequeños ejercicios casi a diario para ganarle a la gravedad, pero esa cruel enemiga siempre llevaba ventaja. Lamenté no haber visitado al doctor Chong antes de ese encuentro, como tanto me había insistido Helena.

—¿Puedes apagar la luz? —le supliqué. Si era honesta, no quería que él viera lo enorme que eran. Con ellos había alimentado a mis dos hijos. Tras de eso jamás fueron firmes y nunca volvieron a su tamaño original.

—No —su voz ronca sonaba firme—. Quiero verte desnuda.

Continuó su faena con determinación.

—Son grandes y...

—Y deliciosos. Naturales —lo dijo como si hubiera tiempo que no disfrutaba de unos pechos reales—. Perfectos para mí. —En ese momento atrapó uno, levantó la mirada y vi que sus ojos se habían oscurecido de deseo. Me sonrió como un niño que disfruta de unas deliciosas golosinas.

Continuó besando mi vientre. Me tensé al pensar en mi cicatriz de la cesárea, en mi vientre repleto de estrías y en la celulitis. No quería ver que su mirada se transformara en algo repulsivo. Sería muy doloroso.

—Apaga la luz, Liam, por favor. No quiero que veas mi cuerpo. Ya no soy joven.

—Para mí eres la mujer más deseable. —No dejó de mordisquear mi vientre. De pasar su lengua sin vergüenza alguna—. Quiero todo, Trébol. Disfrutar del néctar de tu interior.

Una alarma punzante atacó mi mente. Pocas veces había permitido que Gerry me practicara lo que Liam quería. La vergüenza se volvió apoderar de mí. Jamás permitiría que su boca estuviera entre mis piernas. Lo aparté un poco.

—No, Liam. —Cubrí mis pechos—. Lo siento, pero no puedo hacer lo que me pides. Creo que fue un error haber venido hasta aquí. No estoy preparada para esto. Espero que me entiendas. —Me puse el sostén con manos temblorosas y me subí la cremallera del vestido.

Liam se dejó caer de espalda en el sofá, cerró los ojos y exhaló el aire de sus pulmones, mostrando su frustración. Vi el bulto de su entrepierna, pero alejé la mirada de inmediato.

—Ojalá y puedas perdonarme —le dije.

Me levanté, tomé mi pequeño bolso de mano y salí corriendo de aquella habitación. Necesitaba escapar de la tentación. Necesitaba recuperar la cordura. Lágrimas de vergüenza y culpa rodaban por mi rostro, pero después me convencí de que hice lo correcto.

Liam

Cuando recuperé el aliento, después de ese episodio de increíble excitación, sentí un gran vacío. La ausencia de Trébol me había ocasionado una tristeza profunda, no por el hecho de no conseguir las malditas fotos del acuerdo, sino porque, si deseaba algo en la vida en ese momento, era hacerla mía.

Recordé sus deseables pechos, el delicioso olor de su piel, sus gemidos de placer, sus ruegos, sus manos ansiosas tirando de mi pelo, sus uñas clavadas en mi espalda, su vientre lleno de cicatrices, de batallas de una mujer madura, una mujer deseable para el sexo, pero lamenté que sus miedos y culpas no me hubieran permitido amarla como ella se merecía. Me convencí de que el infeliz de Gerry no la sabía amar, que nunca la hizo sentir realmente deseada. Ella no sabía lo hermosa y codiciada que era. La mujer que había logrado que mi “súpermingo” actuara sin la bendita Viagra. La mujer que me había hecho sentir vigoroso y fuerte de nuevo, como un maldito adolescente.

Imaginé todo lo que hubiese querido hacerle. Desnudarla por completo, retirarle las braguitas de encaje negro con mis dientes hasta verla sucumbir entre la diversión y el más bajo deseo. Sentir que me tiraba del pelo con crueldad ante el contacto de mi lengua en su interior, recorrer su espalda con cálidos besos hasta que me rogara que la amara. No dejar ningún resquicio al descubierto.

Sentí a mi “súpermingo” en alerta de nuevo y sonreí al saberlo vivo. Entonces me convencí de que no regresaría a Manhattan sin hacerla mía. Ya poco me importaba la misión ni el objetivo de aquel viaje. La quería conmigo, en mis brazos, poseída por mi cuerpo. La quería mía por completo. Feliz, anhelante, en un frenesís de deseo.

Me levanté, me arreglé la camisa, me alisé el cabello y decidí ir al bar. Necesitaba un par de *whiskys* para conciliar el sueño. Lo que no pude prever fue que aquella decisión acarrearía graves consecuencias.

Capítulo Nueve

Trébol

Cuando entré en la suite intenté no hacer ruido. Imaginaba que las chicas ya estarían durmiendo. Eran casi las cuatro de la madrugada. Caminé a la puerta de mi habitación llevando en mis manos los tacones. Abrí la puerta despacio, pero cuando pensé que había logrado mi hazaña, Logan se despertó.

Extendió su mano hasta la lámpara sobre la mesa de noche y me miró con su rostro soñoliento.

—Dime que la pasaste genial, Trébol.

El nudo que tenía en la garganta no me dejó contestarle de inmediato. Al menos, por medio de un afortunado sorteo, me había tocado compartir la habitación únicamente con Logan, mi confidente más fiel. En cambio, no sabía cómo se la estaban apañando las incompatibles Silvia y Helena en la otra habitación.

—Todo bien —dije con voz temblorosa, sin mirarla.

Logan se sentó en la cama y se acarició la cara para alejar el sopor.

—¿Qué pasó?

—Nada. Todo bien.

—Nada bien —dijo y se bajó de la cama para caminar hasta el umbral del baño en donde me quitaba el maquillaje—. Eres muy mala mintiendo.

—El restaurante es muy bonito y la comida sabrosa.

—No me refiero a eso. Quiero saber cómo te trató Liam.

Me mantuve callada por unos segundos buscando la forma de explicarle que él era divino, pero que yo era una estúpida, ligada a un matrimonio fracasado, a un hombre egoísta, y a una promesa acabada.

—Estuvo muy bien.

—¿Qué te hizo ese infeliz? —Me quitó el algodón que tenía en la mano y apartó la crema limpiadora—. Dime qué te hizo y me encargaré de que lo lamente por el resto de sus días.

—Él estuvo bien... —Sollocé un poco—. Fui yo quien no pudo.

Logan me abrazó.

—La cena fue increíble —le dije y me dejé consolar entre sus brazos—. Después fuimos a pasear por el muelle. Todo fue muy hermoso. Fuimos a su habitación. Te juro que estaba decidida a estar con él, a olvidarme de Gerry y del asunto del matrimonio. Liam es muy bueno, demasiado bueno como amante, pero no pude.

Logan me abrazó más fuerte y dejé que mi llanto escapara con la plena confianza de que mi amiga no me juzgaría.

—Tranquila, cariño. —Me dirigió una sonrisa.

Nos quedamos un rato abrazadas y en silencio, mientras mi llanto fluía.

—Hoy me di cuenta de algo, Logan. Algo muy aterrador.

—¿Qué descubriste?

—Que no amo a Gerry y que estos años que pasé a su lado jamás experimenté la pasión. ¿Puedo confiarte algo muy íntimo?

—Sabes que para tus secretos, soy una tumba.

—En estos veintiocho años nunca supe lo que era un orgasmo en medio del acto sexual con él. Los pocos que he disfrutado, lo he hecho a solas. Nunca pude relajarme, dejarme llevar. Tampoco tuvo el deseo de descubrirme.

Logan se alejó un poco para secarme las lágrimas con su bata.

—Creo que por eso hui de Liam. —Guardé silencio—. Amiga con tan solo acariciar mis pechos provocó que estuviera a punto de experimentar un orgasmo. Me aterró al pensar que ese extraño en un par de minutos logró lo que Gerry no pudo hacer en años.

Mi amiga me besó la cabeza con cariño y no dejó de sostenerme. Miré su cara bañada en lágrimas y descubrí que la amistad es uno de los sentimientos más poderosos y bellos. Es el poder de la empatía, de ponerse en los zapatos del otro sin juzgar ni señalar. Estar ahí para abrazar, para apoyar, para enjugar lágrimas y si era preciso, llorar para consolar.

Liam

Llevaba dos horas en el bar viendo pasar variedad de personas. Parejas, mujeres solas, hombres que buscaban una oportunidad, y yo, que buscaba olvidar que en el último piso de ese hotel descansaba la mujer más deseable. Quería quitarme el sabor de sus besos, pero era inútil, ni la casi media docena de *whiskys* me habían hecho olvidarla.

Entonces recordé que en medio de mis penas y sinsabores había algo que sí me hacía olvidar lo infeliz que era. Me levanté con dificultad y caminé por el vestíbulo, un poco desorientado. Hice un mohín antes de entrar, pero mi adicción al juego era mucho más potente.

Atravesé el pasillo repleto de máquinas tragamonedas, fui al cajero de cambio y con la tarjeta que Gerry me había entregado compré diez mil dólares en fichas. Me senté en una mesa frente al croupier. Juró que comencé con el pie derecho, ganando, pero media hora después comenzaba a perderlo todo con mucha rapidez. Fue un *whisky* tras otro hasta que consumí el dinero completo.

Me dirigí de nuevo al cajero, trastabillando, pero antes de solicitar nuevas fichas, un par de hombres me tomó por el brazo y me sacó del pasillo. En medio del mareo, producto de mi embriaguez, me percaté de que eran los gorilas de Gerry. Estaba en serios problemas.

Me sacaron del hotel casi a rastras y me montaron en una camioneta negra.

—¿A dónde me llevan? —les pregunté arrastrando mi lengua—. ¡Malditos, infelices! ¿No me escuchan?

Llegamos a un paraje solitario, cerca de un acantilado y cuando me bajé de la camioneta, pensé que era el fin. Terminaría golpeado por ese par de gorilas y lanzado por el precipicio. Mi columna vertebral acabaría quebrada en mil pedazos y moriría en las Baleares. Pensé en Sofía, mi pobrecita hija. Mi madre no lo soportaría.

El primer puñetazo en mi estómago me hizo regresar a la realidad. Luego otro golpe sólido en mi mandíbula me mandó directo al pavimento. Los puntillazos fuertes y contundentes contra mi cuerpo se convirtieron en una despiadada tortura.

—Déjalo —dijo uno—. El jefe nos dijo un escarmiento, no que lo matáramos.

El otro me tomó del cabello para que levantara la cabeza del piso y puso un móvil en mi oreja.

—Liam Farrell, parece que no has entendido —la voz del diablo en el auricular me puso en alerta

—. Tienes veinticuatro horas para lograr las malditas fotos o morirás. Veinticuatro horas, Farrell.

Culminó la llamada y los hombres me metieron en el interior de la camioneta de mala manera.

Cuando llegamos al hotel me dejaron tirado en la entrada, con mi rostro sangrante y mi cuerpo en muy mal estado.

Trébol

Al día siguiente me levanté muy temprano. En realidad, no había dormido nada. Estaba sentada en la terraza de la habitación tomando café y ojeando una revista sobre el turismo en la isla. Aún estaba envuelta en mi albornoz, despeinada y con muy mala cara. Logán realizaba su sección de yoga cerca de mí y Silvia había salido a recibir a la camarera que traía el desayuno. Helena aún no despertaba.

Cuando Silvia regresó con la bandeja de sándwiches y jugos, mostraba una cara de tragedia que llamó mucho mi atención.

—Tengo noticias de tu enamorado —me dijo.

La miré ansiosa.

—La camarera me acaba de decir que lo encontraron esta madrugada muy mal herido en la entrada del hotel.

Me levanté de inmediato.

—¿Qué le sucedió?

Logan detuvo la música instrumental.

—Aparenta ser un asalto. Me dijo la joven que el médico del hotel lo atendió y que está convaleciendo en su habitación. Creo que deberías ir a verlo.

Logan asintió. Me puse en marcha de inmediato. Después de bañarme y arreglarme, decidí ir a su habitación.

Frente a su puerta tuve un instante de dudas, pero toqué. Un par de minutos después Liam asomó su rostro desfigurado y me provocó gran conmoción comprobar su mal estado.

—Acabo de enterarme de que...

—Pasa. —Abrió la puerta y me invitó con un ademán.

—¿Qué sucedió?

Entré hasta la pequeña sala de estar y al ver el sofá, recordé detalles de la noche anterior que alteraron mis nervios.

—Después que te fuiste no podía dormir y salí a dar un paseo por el boulevard. Un par de tipos me asaltó. —Liam ocultó la mirada y por un momento presentí que me ocultaba algo más.

—¿Hiciste la denuncia?

—No, no voy a denunciarlos —dijo mientras se servía un café—. ¿Deseas?

—No, acabo de tomar, gracias. Deberías denunciarlos. —Caminé hasta la mesa de comedor—. Siéntate, te serviré el desayuno.

—No tiene caso. Hoy volveré a Nueva York.

Se notaba mortificado. Tal vez era su situación de vulnerabilidad.

—¿Deseas mantequilla en el pan? —le pregunté mientras le servía.

—Deseo muchas cosas —me dijo arrastrando su voz y bajé la vista porque sabía muy bien a qué se refería. Le serví el pan y un poco de zumo de naranja.

—¿Así está bien? —Quise confirmar que el café tuviera suficiente azúcar.

El hombre aprovechó mi cercanía para atraparme por la cintura y sentarme sobre su regazo. En ese instante temblaba como una hoja sacudida por el viento. Lo observé a la cara con cierto temor.

—¿Cómo te enteraste?

—Una de las chicas de servicio le dijo a Silvia.

—Sí, imagino que el suceso se ha regado como pólvora en el hotel. He quedado como un mamarracho. —Acarició la palma de mi mano con sensualidad sin dejar de mirarme—. ¿Te preocupaste?

—Claro.

—Me gusta mucho que te preocupes por mí —me dijo cerca al oído. Luego mordisqueó mi oreja y ese solo gesto me hizo estremecer—. ¿Por qué huiste anoche?

Intenté ponerme de pie, pero Liam me atrapó por la cintura para acomodarme mejor.

—Pensé que tu condición sería peor, pero veo que estas muy bien —le dije para desviar la conversación.

—Tú eres mi mejor medicina. —Me robó un beso. Un gesto dulce, que no pude evitar.

Intenté acariciarle el rostro en los puntos morados.

—Déjame ponerte un poco de hielo —le dije

—Mejor un par de besos. —Cerró los ojos en un gesto de espera. Juro que quise negarme, salir de allí, pero la atracción pudo más que mi voluntad. Temerosa, pero excitada, fui dándole tiernos besos en cada uno de los puntos amaratados. Le besé los parpados, la mandíbula, la base del cuello... Entonces, el astuto hombre se abrió los botones de su pijama para dejar al descubierto su pecho. Me puse en cuclillas frente a él y lo besé hasta que vi como dejó ir su cabeza hacia atrás.

Sin reparo, tomó mi mano y la colocó sobre su excitación. Quise resistirme. Pelear contra el deseo que me secaba la garganta, pero fue inútil. Sus gemidos me guiaban al placer, era el mapa ideal. La ruta perfecta para calmar su ansiedad.

—¡Oh, Trébol! Eres muy buena enfermera —dijo casi sin aliento.

—Y tú eres un excelente mentiroso.

Tomó mi mano y la retiró para besarla.

—Si continuamos, esta vez no tendré la fuerza necesaria para parar. —Me regresó a su regazo y me dijo al oído—: Lo haremos cuando estés convencida, consumida de deseo.

Ese hombre era un maestro seductor, por eso quise gritarle que me hiciera el amor allí mismo. Que me arrancara la ropa y me sentara a horcajadas sobre su regazo y me matara de pasión. (Ojo: No suelo tener estos pensamientos sexuales de forma tan recurrentes, pero algo tenía Liam que me transformaba).

—Tengo una invitación que hacerte —me dijo—. Como hoy es mi último día en la isla, quiero que demos un paseo en un catamarán.

—¿Cuándo sales?

—A las seis de la tarde debo estar en el aeropuerto. Nos queda todo el día para estar juntos. Solo si deseas mi compañía.

Sonreí como una niña.

—Quiero pasar el resto del día a tu lado, Liam Farrell.

Ahora era él quien sonreía.

—Intentaré comportarme, pero no puedo asegurarlo.

Me guiñó un ojo y nos sonreímos como cómplices.

Capítulo Diez

Trébol

—**A**sí que de nuevo pasarás el día con tu príncipe azul. —Helena estaba tirada en mi cama mientras yo preparaba un bulto con lo necesario para pasar el mejor día en alta mar—. Hay que agradecerle a Liam esa sonrisa permanente en tu rostro.

Silvia y Logan se miraron entre sí y sonrieron en confabulación. El trío amistoso había invadido mi habitación al saber sobre el viaje en catamarán.

—¿Y anoche? —insistió Helena—. Cuéntenos.

—Liam es un caballero. —Me limité a decir. Miré a Logan, pero mi amiga no tenía ninguna expresión que delatara mi secreto. Era realmente buena como confidente.

—Pues esperemos que en alta mar se comporte como un vil pirata y termine llevándote a su camarote. Ojalá y te ate a la cama—sostuvo Helena—. Creo que me estoy volviendo vieja. Anoche en el club se me apareció un chico como de veinticinco y terminamos en uno de los cubículos del baño de damas. Fue intenso y rápido. Para cuando había finalizado, yo apenas estaba comenzando.

—No sé por qué insistes con los jovencitos —dijo Silvia. En ese momento se levantó de la cama, pero se mareó. Todas corrimos a auxiliarla.

—¿Estás bien, Silvia? —le pregunté, angustiada.

—Siento que todo da vueltas —contestó un poco aturdida.

—Logan, ¿puedes llamar a enfermería? —pregunté.

—Por supuesto —Logan dejó la habitación en busca del teléfono mientras Helena y yo le abanicábamos el rostro a Silvia.

—¿Te cayó bien el desayuno? —le pregunté.

—Sí, no me había sentido así desde...

La pausa fue contundente. Helena y yo nos miramos aterradas. Fue lo mismo que le ocurrió en el viaje a la Riviera Maya, un mes antes del diagnóstico de cáncer, hacía dos años. ¿Sería posible que aquel enemigo cruel pretendiera reaparecer? Helena ocultó su mirada de mí en un gesto de negación.

—Recuéstate, cariño —le dijo Helena y la ayudó a acomodarse en la cama. Entonces, le quitó el albornoz para que se airara y las sandalias de felpa. Cuando Helena se proponía podía ser empática y cariñosa. Una cosa era su lengua ponzoñosa y otra, su increíble corazón—. Ya llamaron al médico y vendrá pronto.

(¿No se los he dicho? Tengo el mejor trío de amigas que jamás nadie podría tener). Recordé que nos conocimos en una clase de francés hacía veintiséis años. Distintas razones nos llevaron a coincidir: Helena, porque para esa época tenía un enamorado francés, Silvia quería hablar el idioma de manera fluida, Logan pensaba establecerse en Francia, y yo... Yo me aburría como una ostra en mi casa. Desde que nos encontramos, nos convertimos en inseparables. Claro, como en toda unión, después de tantos años había anécdotas de guerras, tempestades, malos entendidos y chismes, pero siempre la amistad salía airosa.

El doctor no tardó y después de un diagnóstico mediocre, le recomendó descanso, que se alimentara bien y que cuando regresara de sus vacaciones, visitara a su médico. No lo culpo, la verdad es que no contaba con el equipo necesario para llevar a cabo ningún tipo de diagnóstico.

Regresamos al lado de Silvia cuando el galeno se fue.

—Me quedaré con ella —dije con firmeza. Mi apoyo a Silvia era mucho más importante que mi viaje en catamarán.

—¿Has perdido la mente? —me preguntó Helena—. Irás con tu Romeo a ese viaje.

—Sí, Trébol —dijo Silvia—. Yo estaré bien. Tranquila. El médico lo dijo, un poco de descanso y estaré perfecta.

—Entre Helena y yo la cuidaremos —dijo Logan y me tomó del brazo para sacarme casi a rastra del cuarto—. Se te hará tarde.

—Promete que descansarás y comerás bien —le dije a Silvia desde la puerta y me guiñó un ojo para sellar su promesa de cuidarse—. Las veré esta tarde.

—¡Bye! —me despidieron Helena y Silvia.

Logan me acompañó hasta la puerta de la suite.

—Disfruta todo lo que la vida te ponga delante —dijo en voz baja—, sin remordimientos, y cuando la culpa venga sobre ti recuerda el día en que ese canalla sacó su ropa del apartamento para irse a vivir con su amante de treinta años. Piensa en todas las veces que te negó disfrutar de un orgasmo y en todas las veces que ese imbécil te espetó a la cara que te estabas volviendo vieja. —Me acarició la cara con cariño—. Disfruta de Liam. Acepta todo lo que él esté dispuesto a darte, sin miedos ni remordimientos.

Mi amiga me plantó un beso en la mejilla y con una enorme sonrisa abrió la puerta para que saliera al encuentro con mi destino.

Liam

Trébol tardaba más de lo que esperé. Una increíble ansiedad me consumía, por eso daba vueltas de un lado a otro. ¿Y si se había arrepentido? Para ocultar las secuelas de la golpiza de la noche anterior me había puesto una gorra de pelotero y mis gafas de aviador.

Mi móvil vibró en mi bolsillo e hice un mohín. Tal vez era el maldito de Gerry para recalcar me su amenaza, pero en realidad era Giuseppe, el hombre que me había alquilado el catamarán.

—Ya está todo listo, jefe —dijo con entusiasmo—. Vino, mariscos y la cámara en el compartimiento privado de la habitación.

—Espero que sepas ser discreto —le dije.

—Por la pequeña fortuna que pagó, prefiero perder la lengua antes de decir algo que lo comprometa.

—Quiero que los chicos de servicio desaparezcan en el momento oportuno —dije.

—Perfecto. Sus deseos son órdenes, Farrell.

Culminé la llamada cuando la vi atravesar la entrada del hotel. Se veía tan hermosa y deseable. Llevaba un conjunto de algodón blanco que dejaba ver su traje baño de color turquesa. El viento jugaba con su cabello y se me alteraron todos los sentidos cuando me dirigió una sonrisa.

—Estás divinas —le dije cuando la abracé por la cintura y allí, frente a varios huéspedes, no pude contenerme y le planté un beso.

—¿Vamos? —me preguntó y supe que era una excusa para esquivar mis caricias en público.

Me convencí de que me había convertido en el peor de los canallas. La llevaba directo a la trampa y esta vez no podía fallar. Me valdría de lo que fuera. Tenía que lograr esas fotos por un asunto de sobrevivencia.

El catamarán resultó ser estupendo. Repleto de lujos y de confort. Los dos jóvenes que nos servirían aparecieron de inmediato con un par de cocteles.

—Bienvenidos —nos dijeron y nos condujeron a un apartado rincón en cubierta en donde nos esperaban un par de cómodas tumbonas. Antes de retirarse, nos señalaron que zarparíamos en los próximos minutos y que nos servirían el almuerzo en un islote cercano.

Cuando estuvimos solos, me quité la camisa para provocarla. Si quería que antes de que se ocultara el sol sucediera algo contundente tendría que preparar el terreno. No pudo apartar su mirada de mi cuerpo y le sonreí con sensualidad.

—Tú deberías hacer lo mismo. —Moría por verla en su diminuto bikini.

Sonrió tímida, pero me hizo caso y se quitó la parte de abajo de su conjunto. Como se negó a deshacerse de la parte superior, me le acerqué, le di un ligero beso y se lo quité. Me quedé mirando sus pechos y sonreí como quien recuerda alguna deliciosa aventura.

—No podré mantener mis manos apartadas por mucho tiempo —le dije al oído.

—Prometiste comportarte.

—Soy un lobo de mar y tú eres una deliciosa ovejita a mi merced.

—Te puedo tirar por la borda.

—Lo dudo, porque cuando ponga mis manos sobre ti, no podrás resistirte.

En ese momento el catamarán comenzó a moverse y nos vimos obligados a sentarnos en las tumbonas. Luego de una conversación amena sobre la isla, los hoteles y los restaurantes, llegamos al islote. Un succulento almuerzo nos esperaba. La estaba pasando tan bien que hubiese querido detener ese momento por el resto de mis días, pero sabía que era imposible.

Cuando regresamos a la embarcación ya iban a ser la una de la tarde y apuré un poco el plan. Para ese momento buscaba que Trébol se relajara lo más posible, así que no esperaba que su copa de vino se vaciara, para volverla a llenar. A la quinta copa comenzó a arrastrar las palabras y la invité a bailar. Reía con casi cualquier cosa.

La tomé fuerte de la cintura y le mordisqueé el cuello sin pudor. Deseaba disfrutarla enterita como un delicioso caramelo. No medí mi proceder y le acaricié los pechos en medio de un ataque lujurioso que la redujera a lo más básico de sus instintos.

—Vayamos al camarote. —La invité y su sugerente sonrisa me indicó que lo deseaba. La cargué en mis brazos para no dejar pasar el momento. Bueno... También para evitar que se arrepintiera en el último minuto.

En el interior de la habitación nos contemplamos en silencio, con el creciente deseo que destilaba por nuestros poros. En un gesto que me dejó sin aliento la mujer se aferró con fuerza a mi cuello y puso sus piernas alrededor de mi cintura. ¿Lo haríamos de pie? Desde que tenía cuarenta años no lo hacía de esa forma. Se requería de gran vigor y destreza. Además, aún tenía las secuelas

de la paliza de la noche anterior. La llevé hasta la pared para sostenerla con fuerza.

—Liam —su jadeo me voló la cabeza—. Quiero que me hagas el amor.

—Seré tu esclavo si me lo pides.

Invadí su boca como un loco, a la vez que le halaba el cabello para someterla a mi voluntad. No sabía si le haría el amor de forma sublime, quizás como ella esperaba, pero le daría todo lo mejor de mí. De esa experiencia acumulada por los años.

En medio de ese arrebató, le mordí el cuello sin importar que le marcara su delicada piel. Sí, eso era precisamente lo que quería, dejar mis huellas por todo su cuerpo, que ni la distancia ni el tiempo las pudieran borrar. Me cegué por completo y le arrebaté la parte superior del bikini.

—¡Liam! —gritó entre risas.

Eso me envalentonó para arrancarle también la parte inferior y tenerla desnuda en mis brazos. A mi merced, suplicante, llena de deseo.

—Tengo que confesarte algo, Liam —dijo con su lengua pesada por el vino—. Hace mucho tiempo que estoy fuera de práctica y no sé si tendré un buen desempeño. Tú me superas en esto.

Sus palabras fueron como combustible al fuego. Volví a halarle el cabello para que me entregara su cuello y con un movimiento un poco complicado me deshice de mi traje de baño. Ahora con ambos desnudos el juego se había empatado.

—Por favor, apaga la luz.

—No.

—Sí, Liam. No quiero que veas mi cuerpo. Estoy vieja.

—Deliciosa.

—Ya no tengo un buen cuerpo.

—Exquisito y deseable.

—Mira mis pechos.

—Me volveré adictos a ellos. —Los mordisqueé hasta que suplicó que me detuviera.

—Por favor, Liam. Sé bueno y apaga la luz. Me sentiré más cómoda.

—Dije que no. Quiero que me veas hacerte el amor. Que disfrutes de mi cuerpo tanto como yo disfrutaré del tuyo.

—Tengo celulitis.

—Olvídalo, no me harás cambiar de opinión. Eres el objeto de mi deseo. Te quiero completita y a plena luz.

—Liam. —Acallé sus quejas con un beso y cargué con ella hasta el borde de la cama, pese a que en varias ocasiones estuvimos a punto de caer.

La recosté boca abajo y la llené de besos hasta que me suplicó de nuevo.

—No voy a poder resistir —me dijo con su vista nublada de deseo.

Hice que se pusiera de rodillas en la cama para que se mirara en el espejo. El reflejo de su cuerpo desnudo me enloqueció.

—Esto está mal —me dijo—. Demasiado perverso para mí.

—Soy un perverso. ¿No te lo había dicho? —Le sonreí a través del reflejo sin dejar de acariciar sus pechos. Luego recorrí su vientre.

—Está la marca de mis cesáreas.

—Ya mismo nos encargaremos de ella, cariño. Mírate, Trébol, eres hermosa, deseable.

—Estás loco o el vino te ha afectado.

—Estoy loco de deseo por ti.

Fueron mis últimas palabras porque no podía soportar la ansiedad de poseerla. Maldije en mi mente porque me estaba comportando como un joven inexperto. La necesitaba, pero me contuve hasta que ella alcanzó la cima dos veces antes que yo, luego fuimos al infinito una vez más, esta vez sin soltarnos de la mano.

¡Ahora sí estaba perdido!

Liam

Me desperté por el reflejo de un rayo de sol que se coló por la ventana. Después de acariciar mi rostro para quitarme la soñolencia, bajé de la cama con sigilo y busqué la cámara. Contemplé el aparato y lo tomé en mis manos temblorosas. Estuve a punto de no hacerlo. Maldije a Gerry, a las apuestas y a mi imprudente vida.

Miré hacia la cama. Trébol dormía bocabajo, con su torso desnudo. Quise acariciarla y hacerle un amor una vez más, pero no había una oportunidad para nosotros. Me acerqué y tomé varias fotos, tal y como el diablo lo había pedido. Incluso, posé junto a ella, fingiendo que dormía sobre su espalda.

(Sí, se lo que están pensando, en esta parte de la historia me he convertido en un ser muy despreciable). Regresé la cámara al compartimiento privado. Volvería por ella tan pronto dejara a Trébol en el hotel.

Me senté en una butaca cercana para admirarla. Tal vez esa sería mi última oportunidad de contemplarla de esa forma. Tras el descubrimiento de las fotos me odiaría. Un profundo hueco se abrió en mi pecho, como si algo realmente importante se desprendiera de mí. Pensé que pagaría muy caro esas fotos y no me equivocaba.

Capítulo Once

Trébol

Cuando desperté, la tenue luz de la tarde dominaba el reducido camarote. Vencida, tras la extenuante faena sexual con Liam, pude disfrutar de una apacible siesta que me sirvió para recuperar fuerzas. Ahora me sentía renovada. Extendí mi mano con la esperanza de encontrar el cuerpo desnudo de mi amante, pero para mi asombro noté que no estaba. Entonces, escuché la ducha. Me volteé de espaldas sobre la cama y cubrí mis pechos con la sábana.

Fue en ese momento que recapacité en lo que acababa de ocurrir. Cubrí mi cara con una almohada en medio de un ataque de risa. No tenía duda, había sido una experiencia extraordinaria, y si era sincera, me moría por repetirla.

Recordé sus besos, su paciencia por llevarme más allá de lo imaginable. Sus manos prodigiosas por todo mi cuerpo. Su guía para que también disfrutara de su cuerpo vigoroso. En cincuenta y tres años de vida jamás me había sentido tan realizada, deseada, una mujer entera, en verdadera armonía con mi sexualidad. Me sentía plena.

—Ya te levantaste —dijo Liam cuando salió del baño, desnudo, salvo por una toalla que llevaba alrededor del cuello.

Lo contemplé sin recato alguno. Incluso, creo que hasta me relamí al ver ese cuerpo de un metro noventa y tres paseándose por la habitación, libre, hermoso, deseable. Sí, lo deseaba. Cuando al fin me miró, le sonreí coqueta y por medio de un impulso atrevido, lo invité a la cama de nuevo. Me dirigió esa sonrisa que me derretía.

—Ven. —Di unos cuantos golpecitos con mi mano sobre el colchón.

Caminó hasta donde mí y me dio un ligero beso. Un gesto no muy grato para mí, que en ese momento ardía por dentro. Hubiese preferido que me devorara la boca.

—Eres un excelente amante —le dije con osadía.

—No digas esas cosas, Trébol. —Por primera vez vi que su cara reflejaba una enorme vergüenza, pero no entendía a qué se debía. ¿Por qué ahora ni tan siquiera podía sostenerme la mirada?

—No miento. —Sonreí para que tuviera la seguridad de que estaba complacida. Quise gritarle que me hiciera el amor otra vez, pero el orgullo, el bendito orgullo, no me lo permitió.

Con cierta ternura Liam acarició mis hombros, pero noté que su semblante había cambiado. No existía contacto visual entre nosotros. Algo rompió nuestra conexión anterior y no sabía a qué se debía. Sospeché que rehuía de mí.

—Tenemos que vestirnos. —Se apresuró hacia la cómoda en busca de su reloj—. Tengo exactamente dos horas para empacar y llegar al aeropuerto.

Tal vez era eso, estaba ansioso por no perder su vuelo. Comenzó a vestirse con cierta ligereza. Al levantarme de la cama me dolió comprobar que no se volteó para mirarme desnuda. No entendía qué sucedía, si hacía un par de horas que el hombre le había hecho culto a mi cuerpo.

Apuré mis pasos para encerrarme en el baño y así ocultar mi decepción. Bajo la ducha, lloriqueé hasta convencerme de que así eran las aventuras. Un asunto al que no se le debía dar importancia y que solo duraba un instante de placer. Lo más difícil fue comprobar que yo no era una mujer de aventuras y que había creado un vínculo, no solo físico, sino emocional con ese hombre. Siempre había pensado que cuando se tiene intimidad con alguien se entrega más que el cuerpo, se entrega el alma. Y sí, tal vez era poco el tiempo compartido con Liam, pero jamás había estado con otro hombre que no fuera mi marido.

«Te entregaste a un extraño, Trébol. Hiciste cosas con ese hombre que ni con Gerry, en tus veintiocho años de matrimonio, quisiste hacer», ahí regresaba la perversa culpa.

Unos minutos más tarde un par de golpes en la puerta me sacaron de mi ensimismamiento.

—Te espero en cubierta. —Escuché su fría voz.

—Sí, ya voy.

No quería que viera mi rostro triste, así que como suelen hacer los payasos, me maquillé lo mejor que pude y me sonreí a mí misma a través del espejo.

—De esto se trata la vida, Trébol —le dije a mi reflejo—. De momentos de felicidad.

Liam

Fui los más frío que mi voluntad me permitió. No volví a abrazarla ni a besarla, y de regreso al hotel me mantuve leyendo unas cuantas noticias en mi móvil, sin prestarle ninguna atención. La miraba de reojo cuando ella observaba el camino distraída, con rostro anhelante. Me conmovía mucho su semblante, pero si quería que se olvidara de mí para siempre, lo mejor era tratarla con indiferencia para desilusionarla.

Frente al hotel, me ahorró las explicaciones, pues con una dignidad, que me golpeó en la cara, se bajó del auto y se despidió con pasmosa frialdad.

—Fue un placer conocerte, Liam —dijo, como si fuéramos un par de recién conocidos, y estrechó mi mano—. Espero que tengas buen viaje.

En ese momento quise retenerla, besarla, decirle que era lo mejor que me había sucedido en años, pero para qué ilusionarme. Tan pronto descubriera la trampa, me odiaría, así que era mejor dejar las cosas como estaban.

—Trébol... —Al final no fui lo suficientemente fuerte y titubeé.

—Adiós, Liam.

Caminó erguida hacia el interior del hotel y cuando desapareció, le dije al chofer que me llevara de nuevo al catamarán para terminar la misión.

Trébol

Por más que me esmeré en fingir apatía frente a él, creo que al final supo que estaba destrozada por su actitud. Tan pronto estuve en el interior del ascensor, dejé escapar mis primeras lágrimas. Me dolía mucho la sensación de ahogamiento que oprimía mi garganta.

Trataba de convencerme de que no podía comportarme como una jovencita despechada. Liam nunca hizo promesas, tampoco me llevó allí bajo engaño y mucho menos me forzó a nada. Lo que viví lo hice por voluntad propia, impulsada por un gran deseo. Intenté recobrar la serenidad antes de atravesar el umbral de la suite.

En ese momento deseé ser tan desprendida como Helena en los asuntos íntimos. De todo, lo más que me dolía era el cambio de actitud de Liam, pero justificaba su comportamiento con su deseo de no continuar una relación más allá de una aventura vespertina en el interior de un catamarán a la orilla del Mar Mediterráneo.

Antes de introducir la tarjeta magnética en la cerradura, aspiré suficiente aire y enjuagué mis lágrimas. Abrí la puerta despacio y me encontré a las chicas cenando. Sus caras me dejaron saber que mi apariencia era tétrica, porque se espabilaron de forma inmediata y casi llegaron en tropel hasta donde mí.

—¿Qué sucedió? —Helena fue la primera en inquirir.

—No me digas que ese mal nacido te hizo algo —dijo Logan—. Siéntate, nena. —Me llevó hasta una butaca.

—Trébol... —iba a decir Silvia, pero se contuvo. De todas, ella era la más sensata.

—No quiero hablar — dije, por más que me esforcé, no pude evitar estallar en llanto. Cerré los ojos y oculté mi rostro tras mis manos.

—Ese desgraciao va a saber lo que es bueno —dijo Logan mientras daba vueltas como un gallo de pelea—. Ese parece que no sabe lo qué es una boricua enojá...

Abrí mis ojos y la vi caminar hacia la puerta con determinación. Silvia la asió del brazo con fuerza antes de que saliera.

—Deja que Trébol nos explique primero qué pasó, luego lo desplumaremos. —Escuchar a Silvia utilizar esa expresión tan violenta dentro de su refinado vocabulario, me sorprendió. La dama cívica jamás perdía el temple.

—¡Cállense! —gritó Helena y logró que la sala se quedara en total silencio—. Dejen que Trébol explique.

Silvia me entregó un vaso de agua y eso me ayudó a sosegarme.

—Todo estuvo bien —dije con un fuerte sonido nasal producto de mi llanto.

Logan soltó un suspiro.

—¿Y por qué estas llorando? —Silvia no se explicaba mi comportamiento.

Helena me entregó un pañuelo desechable. Parecía que empezaba a asquearse con mis mocos.

—Todo estuvo perfecto. Liam en realidad es perfecto. —Estallé en llanto de nuevo.

Helena me dirigió una mirada que pude intuir como amenazante. Era como si quisiera decirme: “Un llanto más y te abofeteo”, por eso puse de mi parte e intenté dejar a un lado el lastimoso lloriqueo.

—Pero si es perfecto, ¿por qué diablos estas así? —Sospeché que Logan sería la próxima en perder la paciencia.

Me mantuve en silencio jugando con el pañuelito desechable en mis manos. En cuanto les dijera que mi llanto se debía a que Liam ni tan siquiera me dio un simple beso de despedida, de seguro se burlarían, y esta vez estaba segura que no resistiría sus burlas.

—Después que todo acabó... —intenté decir.

—¿Lo hiciste? —preguntó Helena en medio de una gran expectación y asentí, ocultando la mirada por la vergüenza—. ¡Por fin podré llamar al infeliz de Gerry, cornudo!

Lo celebró con estruendosos aplausos. Poco faltó para que lanzara fuegos artificiales.

—No es tiempo de esos comentarios tan chocantes, Helena —intervino Silvia—. ¿No ves cómo está?

—Okay, amiga, el hombre don perfecto... —interrumpió Logan—, ¿qué te hizo? No me digas que al final te confesó que es gay.

Hubo una gran algarabía entre el trío para ponerse de acuerdo sobre el pasado punto.

—¡No! —grité para que se callaran—. Después de hacer el amor se comportó muy indiferente, como si fuéramos dos extraños. Me trajo al hotel y ni tan siquiera se despidió con un beso.

Logan se arremangó su camisa como lista para la batalla.

—Ese miserable, maldito —dijo la boricua como una energúmena—. ¡Engreído! Siempre lo sospeché. Es un mujeriego. Debe ser tan inseguro que hasta Viagra debe utilizar.

Sé que habló sin pensar, desde lo más profundo de sus emociones. Todas me miraron con ojos curiosos y en silencio, esperando con ansias mi respuesta. Debo admitir que retardé mi contestación para hacerlas enfadar.

—¿Usa Viagra? —preguntó Helena.

—No —dije al final

Se escucharon suspiros de alivio y Helena se llevó una mano al pecho para sosegar.

—No importa. —Logan se preparaba para ir tras Liam—. El tipo se las va a ver conmigo. Nadie se mete con este club. ¡Lo dejaré hecho papilla!

Sabía de lo que era capaz. Conocía muy bien su carácter flemático agresivo. Recordé la vez que poco faltó para que acabáramos tras las rejas. Fue en un viaje a California, hacía quince años. Entramos a un restaurant a la orilla de la carretera. Para nuestro infortunio un grupo de marines ocupaba casi todo el lugar y al ver llegar a cuatro mujeres guapísimas, nos hostigaron, hasta que Logan le rompió una botella en la cabeza al primero que intentó tocarla. De ahí en adelante todo se volvió un caos, con la buena suerte de que un par de policías había entrado a comer en el lugar en ese momento e intervinieron. El proceder de la fiera nos protegió de una segura violación en masa, pero nos costó seis horas en una delegación. Incluso, como no se callaba nos amenazaron varias veces con encerrarnos en una pequeña celda. Sí, así de dulce y tierna era la chef. Creo que donde se apaciguaba era en la cocina.

—Logan —dije—, te agradezco tu interés en ayudarme, pero no quiero que vayas a reclamarle. La culpa es mía por decidir vivir una aventura para la cual no estaba preparada.

—Ninguna culpa —dijo Helena, indignada—. ¿Qué le costaba fingir ser amable? Los hombres son unos miserables.

—No todos —dijo Logan—. Mi marido no es así. —Hizo un gesto pensativo—. Bueno... Jorge sabe que, si se pone bruto, se lo corto.

Silvia fue la primera en soltar una carcajada, luego Helena y yo nos unimos. La risa es contagiosa, y en medio del cariño y las ocurrencias de mis amigas, me sentí muchísimo mejor.

Juro que cuando dejé mi habitación en el hotel quise subir hasta el último piso en donde quedaba su suite para robármela, sin importar si sus amigas se atrincheraran. Llevarla a Irlanda y encerrarme con ella en una cabaña a la orilla del Mar Céltico, donde Gerry jamás nos pudiera encontrar. Viviríamos de la pesca, le haría el amor todas las noches frente a una gran chimenea y pasearíamos por el bosque. Demasiada fantasía.

Tenía que ser fuerte para enfrentar mi realidad, la había perdido y lo peor, me gustaba demasiado. Sí, me moría por hacerle el amor de nuevo y cortejarla hasta lograr hacerme con su cariño. Pero, ¿para qué soñar?

Arrastré la maleta por el pasillo con desánimo hasta alcanzar el ascensor y allí me encontré con el botones. Ese amable joven había sido muy responsivo a mis necesidades como huésped.

—¿Ya se va, señor Farrell?

—Sí, Joaquín, ya me voy. —Sonreí sin mostrar los dientes.

Me ayudó con la maleta.

—¿No le enviará un recado a su enamorada? —me preguntó cuando llegamos al área de registro. Le entregué mis documentos a un hombre que me dio autorización para la salida.

—No, esta vez no, Joaquín —dije.

—Señor Farrell, no me diga que pelearon. —Me agradaba su candidez—. Si quiere puedo llevarle una nota.

Sabía que su insistencia también se debía a su necesidad de ganarse una jugosa propina, pero mi deseo era que Trébol nunca más supiera de mí.

—Te agradezco. —Coloqué un billete de veinte dólares en su mano, le palmeé el hombro y me volví en busca de un taxi.

Cuando estaba a punto de subir al auto, sentí una mano aferrarse a mi brazo con fuerza y al voltearme recibí una cachetada sonora que me dejó atolondrado un par de segundos. Acaricié mi rostro adolorido y vi que el porrazo provino de la amiga de Trébol, la chef.

—¿Qué demonios...? —farfullé.

—Qué poco hombre eres, Liam Farrell. —Vi que a la fiera se le había brotado la yugular por la furia—. No tuviste los pantalones de despedirte como un hombre, de frente y con cariño. Tuviste que comportarte como un vil canalla y romperle el corazón —dijo y me dio otro manotazo en el hombro—. Eres un maldito infeliz. No quiero que vuelvas a acercarte a ella. ¿Entendiste?

Asentí para que aquella loca histérica me dejara en paz. Me percaté de que un grupo de huéspedes disfrutaba el penoso espectáculo y sentí una enorme vergüenza.

—¡Púdrete, Liam Farrell! —La mujer me mostró el dedo del medio y caminó con prisa al interior del hotel.

Me quedé atónito ante su actuación. Sí, había escuchado que las boricuas eran mujeres a temer, pero aquella salvaje corajuda me lo acababa de confirmar. Entré al taxi para ocultarme de las miradas y suspiré aliviado cuando al fin dejé todo atrás, aunque un cruel sentimiento de culpa y desconsuelo me acompañó en todo el trayecto.

Capítulo Doce

Trébol

Esa noche, tras la insistencia de las chicas de que no me dejarían morir de tristeza en la suite, fuimos a un club al este de la isla. A pesar de que no me sentía con ánimo de nada, me aventuré a beber un par de mojitos, y debo admitir que después del tercer trago ya estaba más aliviada del dolor. Hasta que había recuperado la sonrisa.

El *DJ* era muy bueno, así que cuando sonó la canción “Cambio de Piel” de Marc Anthony, salí disparada a la pista en compañía de Logan. Ella me animaba a dar algunos pasos de salsa, fue así que me entregué al cadencioso ritmo. No quería pensar, no quería sentir. Necesitaba arrancarme a Liam Farrell de la mente, del corazón y de mi piel.

Después de varios minutos un par de hombres se nos acercaron y nos siguieron los pasos. Gustavo, el que se convirtió en mi pareja de baile, resultó ser un español, guapo y muy amable. Además, bailaba muy bien. Me divertían sus pasos y me contagiaba su alegría. Me dejé llevar y me propuse disfrutar. ¡Estaba en Ibiza! ¡Estaba viva! Por eso cuando sentí que me sujetaba por la cintura con fuerza, no puse resistencia.

Los invitamos a la mesa para descansar un poco y durante el resto de la noche no se apartaron de nosotras.

—Fue un verdadero placer, Gustavo —le dije al hombre cuando llegamos al hotel—. Eres muy buen bailarín.

—Tú también. —Me lanzó una sonrisa coqueta, que derretiría cualquier corazón, y me espetó un corto beso en los labios. Así sin más—. ¿No quieres venir a mi hotel? Mi habitación tiene la mejor vista de la isla.

Su insinuación no me tomó por sorpresa. Era un hombre de treinta y seis años, soltero y muy guapo. Obvio, si estaba allí era para disfrutar de alguna aventura.

—Agradezco tu amabilidad —le sonreí mostrando cansancio—, pero me muero de sueño.

—¿Volveré a verte? —me preguntó sin soltarme la mano.

El trío de mis amigas me esperaba cerca del elevador, pero miraban la escena con gran interés. Tal vez apostando a que el madrileño lograría convencerme. ¿Acaso esperaban que me convirtiera en Trébol, la aventurera?

—Aún me quedan dos días en la isla —le dije.

—Mañana te busco aquí en el hotel. —Esta vez me dio sendos besos en las mejillas—. Que descanses.

Lo vi alejarse y me llené de cierta nostalgia. Era un hombre agradable, pero en nada se asemejaba a Liam Farrell. Me encontré con la sonrisa pícaro de Logan y caminé hasta donde ellas.

—Hay vida después del infeliz de Farrell, Trébol —me dijo Helena al oído.

Al llegar a la suite, Helena, sacó varias cervezas del refrigerador, incluyendo una botella de *whisky*.

—Tendremos nuestra propia fiesta privada —dijo y comenzó a servir las bebidas.

—La experta en esto soy yo —dijo Logan y le arrebató la botella.

Silvia las observaba con su rostro incrédulo y yo me dejé caer en el sofá, aún desanimada.

—Brindemos —dijo Helena, a la vez que dejaba sus tacones en un rincón—. Por muchos años más de encuentros y de vacaciones. ¡Qué viva El club de Trébol! Hasta el fondo.

Vacíé mi vaso de un solo sorbo, pero el fuego que dejó el *whisky* en mi garganta me provocó una incesante tos.

—¿Estás loca, Trébol? —me dijo Logan entre risas mientras me extendía una cerveza—. Toma un poco de cerveza para que te quites el calentón. No le sigas las cosas a Helena, chica.

Esa noche nos divertimos como nunca, tanto que terminamos en el piso de la terraza cantando canciones de los ochenta, filosofando sobre la vida y el mundo, bajo las estrellas y la brisa cálida de Ibiza, hasta que perdimos la consciencia.

Liam

El aeropuerto de La Guardia en Nueva York era un caos a esa hora de la madrugada, más si se tomaba en cuenta que comenzaba a caer una nevada. Después del riguroso chequeo, arrastré mi equipaje de mano y caminé al exterior. En ese momento mi móvil vibró en mi bolsillo y vi el número del diablo reflejado en la pantalla. Chasqué mi lengua con fastidio. El tipo era un maldito madrugador. En principio no quise contestar, pero después recapacité.

—Dime, Gerry.

—Dirígete a la salida catorce. Te estoy esperando en el interior de mi camioneta para que me entregues las fotos.

Hice un mohín de disgusto y corté la llamada. El muy infeliz ni me permitió poner los pies en Manhattan para iniciar su demanda. Caminé hasta el lugar que me indicó y divisé la misteriosa camioneta a lo lejos. Un par de tipos vestidos con trajes oscuros rodeaba el vehículo. Cuando me acerqué, uno de ellos abrió la puerta trasera, me arrebató la maleta y con un movimiento automático de cabeza, me indicó que entrara.

El feo rostro de Gerry me recibió con una enorme sonrisa.

—Aquí tenemos al hombre de la misión. —Me palmeó la cara. Solo faltó que me entregara un par de golosinas en reconocimiento al buen trabajo—. ¿Dónde están las fotos?

—En la cámara, en el interior de la maleta —dije, sacado de quicio.

Su perro faldero abrió la maleta y me entregó la cámara. Busqué las fotos y le entregué el aparato al diablo. Las miró con ansiedad.

—No le pusiste tus asquerosas manos encima, ¿verdad, Farrell? —me preguntó.

Quise gritarle que mis asquerosas manos recorrieron cada rincón de la piel de su mujer hasta llegar a su interior para hacerla tiritar de deseo. Que aún tenía grabada su risita placentera en mis oídos después de alcanzar dos increíbles orgasmos con mi toque en el punto exacto de su feminidad, que me recreé en su interior como un maldito obseso y que me hizo vivir el más succulento placer cuando clavó sus uñas en mi espalda al entrar en su interior y gritar mi nombre en un gemido ahogado.

—Son buenas las fotos. —Reconoció—. No la desnudaste completa, ¿verdad, Farrell?

Guardé silencio con todas las palabras atascadas en mi garganta. Apreté los puños para contener la frustración.

—Buen trabajo, Farrell. Siempre has sido un inútil, pero esta vez te debo felicitar. —Bajó el cristal de su lado y sacó un enorme cigarro—. Trébol no es una mujer muy fácil. —Lo encendió—. Demasiado mojigata para el asunto del sexo y acomplexada con su cuerpo. Más ahora que se ha vuelto vieja. Siempre he sospechado que es frígida.

Me dolió que se expresara así de su esposa. ¿Frígida? ¿Mojigata? En mis manos se volvió una fiera. Recordé cómo también disfrutó de mi cuerpo y en determinado momento tomó el control. Cómo volvió a mi “súpermingo” su esclavo e hizo lo que le plació con él.

—¿Le diste algo en la bebida, Farrell? —Dio por sentado que su pregunta tenía una respuesta afirmativa—. Fue una buena estrategia, de otra manera ella no hubiese accedido.

—Ya no te debo nada, Gerry —le dije y puse mi mano en la cerradura. Quería salir de allí lo antes posible.

—Sé que volverás a llamarme. —Soltó una carcajada cargada de sarcasmo—. Es difícil dejar una adicción a las apuestas.

—Espero que nunca más tenga que recurrir a ti —dije y abrí la puerta.

—Nos veremos, Farrell, de eso no tengas duda.

Salí y tiré la puerta con todas mis fuerzas. Enfrenté la mirada de uno de sus gorilas, le quité la maleta, caminé de prisa y silbé para llamar la atención de un taxista cercano que me sacara del infierno.

Trébol

—**T**rébol, vamos, despierta —la voz ansiosa de Silvia me trajo a la consciencia. Aún estaba en el piso de la terraza, adormecida y adolorida. Un sabor rancio a licor me recordó nuestra pasada locura. Abrí mis ojos con dificultad y me encontré a Helena entregada en un concierto de ronquidos muy sonoros y desagradables. Al otro lado, Logan dormía plácidamente con las babas recorriendo sus mejillas. Me asqueé un poco y con mucha dificultad logré incorporarme. Como siempre, Silvia estaba exacta, despejada, envuelta en su albornoz de seda. ¿Cómo lograba mantenerse en su papel intachable mientras nosotras nos arrastrábamos en la ignominia?

—¿Qué pasa? —le pregunté un poco atontada.

—Tienes una llamada de Berenice.

La sola mención de mi madre acabó con mi sopor. Me erguí de inmediato y corrí a la sala de la suite.

—Madre... —dije a través del teléfono. Estaba segura de que algo había sucedido con Kathie para que mi madre interrumpiera mis vacaciones.

—Trébol, voy de camino con Kathie al hospital —me dijo con voz calmada, pero presentí que solo buscaba convencerme de que todo estaba bajo control—. Creo que se le adelantó el parto.

—Comunícame con ella, por favor.

—No deja de gritar —mencionó Berenice.

Escuché los quejidos de mi pequeña y eso me angustió mucho más. Debía estar con ella. Enfrentar un parto prematuro sin mamá no sería fácil. Kathie y yo siempre hemos sido muy unidas.

—¡Mamá! —gritó—. Los dolores son mucho peor de lo que dijiste. Odio a Anthony, ahora más que nunca —dijo en referencia a su marido. La escuchaba, pese a que mi madre se negaba a comunicarme con ella—. Quiero que vengas. ¡Mamá, te necesito!

—Cariño, escucha... Voy para allá ahora mismo.

—Abuela, no me quites el teléfono. —Se quejó Kathie.

—Trébol, no prometas lo que no vas a cumplir —dijo mi madre, alterada—. Estas al otro lado del mundo. Los médicos se encargarán.

—Necesito a mi mamá —escuché a Kathie lloriquear y comencé a recoger mis cosas como una desequilibrada.

—Te prometo cariño que esta misma noche llegaré a Nueva York.

Mi madre cortó la llamada. Intuí que no creía en mi palabra.

—¿Qué sucede? —preguntó Silvia.

—Kathie va camino al hospital para dar a luz. —Lancé una de mis maletas a la cama—. Me regreso a Nueva York ahora mismo.

—¿Estás loca? —dijo Helena a mis espaldas al entrar en la habitación. Se aguantaba la cabeza para sobrellevar la resaca.

—Necesito estar con ella. Ustedes continúen con la estadía. Yo regresaré de inmediato.

—No tiene caso —dijo Silvia y fue en busca de sus cosas—. Nos iremos contigo, Trébol.

—Por mí está perfecto —dijo Helena y salió hacia su propia habitación arrastrando los pies—.

No he conseguido a mi dios mediterráneo.

Unos minutos después, en medio del caos de maletas y bultos, Logan entró.

—¿Qué pasó? ¿Anunciaron un tsunami? —preguntó—. ¿Qué me perdí?

—Kathie va a dar a luz —le dije—. Regreso para estar con ella, pero ustedes se pueden quedar.

—Para nada, yo me voy a Francia. Ya comienzo a extrañar a Jorge —dijo y comenzó a empacar.

Así eran ellas, solidarias hasta el final. Las amaba.

Capítulo Trece

Trébol

—Señora, por décima ocasión le explico, no hay ningún vuelo al aeropuerto La Guardia —me dijo el tipo que atendía el mostrador de la línea aérea mientras el tupé que llevaba para ocultar su calvicie se movía según sus extravagantes gestos—. Hay una nevada y no están aterrizando los aviones. —Hizo un gesto pueril con su mano como si controlara un avión en el aire y luego se estrellara en tierra—. ¿Entiende? No hay vuelos para cuatro estados de la región este de los Estados Unidos hasta nuevo aviso, eso incluye Nueva York.

Le arrebaté los documentos de las manos con un gesto de total irrespeto. Quise gritarle unas cuantas palabrotas, pero sabía que al final me arrestarían, entonces sí que no podría estar con Kathie. Me sentía angustiada por haberle fallado, tanto que rompí en llanto frente a los rostros asombrados de Helena y Silvia.

Renegué de ese infortunado viaje en el cual todo me había salido mal. Al menos mi enfoque en resolver mi regreso a Nueva York había mantenido mi mente alejada de Liam Farrell, hasta ese momento. Lloré con mayor desconsuelo cuando su rostro vino a mi mente.

—Debes calmarte, Trébol —me dijo Silvia para consolarme—. Berenice está con ella. Todo saldrá bien.

—No entiendes. Es que yo se lo prometí —dije, afligida. Helena me entregó un pañuelo desechable antes de que mis mocos hicieran aparición—. Soy una mala madre. —Me soplé la nariz—. Le prometí algo que no podré cumplir.

—No eres ninguna mala madre —intervino Silvia—. Son imprevistos de la naturaleza, Trébol. Logan regresó en ese momento.

—Mi vuelo está por salir. —Se acercó para abrazarme con cariño—. Espero que consigas llegar a tiempo. Verás que todo saldrá bien y pronto serás la abuelita más dichosa del planeta.

Sonreí en medio del llanto.

—Por favor, no dejes de llamarme cuando llegues —dijo—, y dale un beso a Kathie de mi parte. Todo va a estar bien. Ya verás, amiga.

Asentí y me besó en la frente con afecto. Después de despedirse de Helena y Silvia, Logan se perdió entre la gente rumbo a Paris. Al menos ella lograría reunirse con su marido esa misma tarde.

Recosté mi espalda de una pared con gesto cansado para continuar entregada al llanto.

—Vengo ya —dijo Helena. La vi perderse en el pasillo con actitud resuelta y me dio coraje.

Allá iba, a satisfacer sus propias necesidades. Seguramente a beber su *whisky* y a buscar la atención masculina que tanto le gustaba. Me molestó su falta de sensibilidad y empatía con mi situación. En cambio, Silvia permaneció a mi lado, consolándome.

Media hora después Helena regresó luciendo sonriente y satisfecha.

—Escúchame, Trébol —dijo—. Conseguí a un amigo que tiene un avión privado.

La miré extrañada. ¿Quién era ese “amigo” que nos llevaría?

—Tenemos que ir hasta el hangar en donde tiene su avión —dijo a la vez que acomodaba su equipaje para arrastrarlo—. Vamos.

—Pero el hombre de la línea aérea dijo que no podían aterrizar los aviones en Nueva York —indicó Silvia, preocupada—. La nevada...

—Por dinero, sus pilotos aterrizarían un avión hasta en la Antártida. —Porfíó Helena. Se detuvo un poco molesta por nuestra actitud vacilante—. ¿Quieren o no estar en Nueva York esta noche?

Asentí, aunque Silvia lucía petrificada, y decidí caminar tras de Helena. Arrastré a Silvia conmigo pese a su renuencia.

—Creo que debemos esperar a que la línea aérea nos dé el visto bueno —decía Silvia, intentando convencer a Helena.

El camino hacia el hangar requirió de un enorme esfuerzo, pues tuvimos que atravesar una pequeña pista cubierta por gravilla, lo que nos obligó prácticamente a cargar nuestro equipaje.

Cerca del hangar distinguí un auto oscuro como los que utilizan los dignatarios, por eso me imaginé que el “amigo” de Helena debería ser alguien con gran influencia. Por su trabajo como agente de bienes raíces de propiedades lujosas, Helena conocía a gente de mucha autoridad, por eso imaginé que ese “amigo” debería ser uno de sus clientes.

Entonces, supe que estaba equivocada cuando me encontré con la figura de Steven Madison, quien me saludó con una enorme sonrisa. El hombre mostró su burda sonrisa y su vulgar diente de oro. Sabía lo mucho que le repugnaba a mi amiga ese hombre. Lo ordinario y vil que había sido en su propuesta de que se acostara con él. Según lo que me contó Helena, conoció a Steven en una fiesta en uno de los clubs del bajo Manhattan. El magnate naviero de cincuenta y ocho años no perdió oportunidad para intentar seducirla y llevarla a la cama, pero como era tan poco atractivo, ella siempre se había negado, pero él no se daba por vencido en su actitud lasciva y hostigante.

—¿Cómo están, chicas? —Nos lanzó una sonrisa mordaz, que interpreté como una provocación.

—Muy bien —dije, valiéndome de toda la hipocresía que me era posible—. Gracias por tu generosidad de llevarnos a Nueva York, Steven.

A mi lado, Silvia lo miraba con cierto desprecio. El hombre optó por ignorarnos para darle instrucciones a sus pilotos, un par de jóvenes que no deberían alcanzar los treinta años. Comenzaba a arrepentirme de aquella locura. Cuando develaron la aeronave tuve dudas de si ese aparato tan pequeño sería capaz de atravesar el Atlántico, pero me reservé mi apreciación.

—Tranquilas —dijo Steven, orgulloso—. Mi águila las llevará seguras. Mis muchachos son los mejores.

Caminamos tras uno de los pilotos, quien nos señaló que ya podíamos abordar. Cuando subí por la escalerilla, observé que Helena le entregó su equipaje al hombre.

—Silvia, entra tú primero —le dije y me regresé por la misma escalerilla hasta donde Helena—. Vamos, nos esperan —le dije.

La vi titubear. No me gusto su silencio.

—Helena... —intenté que reaccionara.

Vi sus ojos húmedos y un cruel presentimiento asaltó mi mente.

—No me voy a ir sin ti —insistí.

Me abrazó para decirme al oído:

—Ve, tu hija te necesita.

—¿Qué te pidió ese mal nacido? No tienes que acostarte con él. Esperaremos a que reabran el aeropuerto y tomaremos el primer vuelo. No hagas esto por mí, por favor.

Helena me sonrió con sus ojos llenos de lágrimas.

—Sé lo importante que es para ti estar con tu hija en este momento. Ve, Trébol. —Me guiñó un ojo—. Soy buena fingiendo y después del cuarto coctel pensaré que se trata de Henry Cavill, vestido de Superman. —Sonrió con tristeza.

Me aparté un poco para contemplar el feo rostro de Steven. Definitivo. No, ese hombre no era su tipo. Sería un gran sacrificio.

—Sube, yo estaré bien —me susurró.

Decidida a reclamarle a ese necio, caminé hacia donde estaba para decirle un par de verdades, pero Helena me tomó del brazo.

—No dañes el plan —me dijo y comprobé que el hombre me sonreía con burla—. Ve con Kathie. Pronto nos veremos.

—Helena, no tienes que hacerlo.

—Debo hacerlo. —Me acompañó hasta la escalerilla—. Es la única manera de quitármelo de encima. Además, es algo que tarde o temprano va a pasar. Pues si va a pasar, que sea por una buena causa.

—Ven con nosotras —le supliqué.

Sonrió de nuevo, me dio un beso en la mejilla y se volvió para caminar a los brazos de ese canalla.

—Prometo que la cuidaré muy bien —me dijo el descarado y alzó su mano a modo de despedida—. La convertiré en una reina. No te preocupes, estará en buenas manos. —Su mirada libidinosa sobre los pechos de Helena me resultó repulsiva.

Sin embargo, me volví a la escalera con un dolor ahogado en mi pecho. Por cada peldaño que subía reflexionaba en el valor de la verdadera amistad, del sacrificio y el amor. La vida entera no me daría para pagar el gesto de Helena. Antes de que el piloto cerrara la puerta, la vi subir al auto de la mano de Steven y sentí una gran congoja cuando contemplé el auto alejarse por la pista.

Una gran impotencia me acogió, ese sentimiento de querer hacer mucho y no poder hacer nada. Caminé al interior y me dejé caer en uno de los asientos al lado de Silvia, derrotada.

—¿Es lo que creo? —me preguntó con su voz apagada unos segundos más tarde.

Asentí. Tan pronto el avión se elevó miré a Silvia, quien para ese momento luchaba por contener las lágrimas.

—Jamás imaginé que Helena haría algo así —dijo con voz apagada.

—Uno nunca termina de conocer a los amigos.

Recosté mi cabeza del espaldar y traté de que mi mente se relajara. Luché, pero fue imposible.

Liam

Me senté en un taburete del bar en el hotel Roosevelt. Afuera se desataba la peor nevada en

mucho tiempo. En la pantalla del televisor los reporteros informaban el estado lamentable de algunas calles. Nueva York había quedado bajo nieve, el aeropuerto estaba inoperante y el Metro también. Solo quedaba tomar algo caliente para evitar llegar al punto de congelación.

—Liam Farrell —dijo el hombre tras la barra—. Hace días que no te veía.

—Ya ves, James —le dije al estrechar su mano—. Me voy, pero siempre regreso.

—¿Whisky?

—Vodka.

El hombre se volteó para servirme y al rato regreso con un vaso repleto de un líquido cristalino.

—Está muy peligrosa la nevada —comentó James mientras miraba la pantalla del televisor.

—Sí, parece serio.

—Está bueno para estar acurrucadito con una hermosa mujer en una enorme cama.

—Sí, tienes razón. —Pensé en el calor del cuerpo de Trébol.

En realidad, estaba allí intentando no pensar en ella, pero no había un solo instante que mi mente se liberara de su recuerdo.

—¡Liam! —La voz chillona de una mujer a mis espaldas me sorprendió. Me volteé despacio y me encontré con una morena despampanante, de rasgos orientales.

Me abrazó con emoción y me plantó un beso en la boca. Decidí que era mejor ponerme de pie, pues era capaz de sentarse en mi regazo. Sí, conocía muy bien de lo que era capaz Maiko. Hacía unos meses se había obsesionado conmigo y se convirtió en una fastidiosa sombra de la que me pude deshacer tan pronto consiguió un novio de su edad.

—Hace tiempo que no te veía, Liam. —Se alejó un poco para observarme el rostro—. Liam, ¿qué te ha ocurrido?

—Un asalto.

—¡Oh! Nueva York no es para nada una ciudad segura. —Agarró el vaso de vodka para tomarse todo el contenido de un solo sorbo ante mi perplejo rostro. Le hizo señas al dependiente para que se acercara.

—¿Me puedes servir un Martini? —le preguntó de manera coqueta—. A la cuenta de Liam.

Me sonrió como una niñita traviesa y se acercó.

—Te he extrañado mucho, cariño. —Pasó sus brazos por encima de mi cuello para atraparme, pero con cierta diplomacia me alejé—. Tengo puesto un conjunto de encaje negro. Como tanto te gusta.

Mi mente retrocedió a mi primer encuentro íntimo con Trébol. Al momento en que por primera vez disfruté de sus pechos. La vida se estaba volviendo cruel, me estaba matando de a poquito.

—Me muero porque me hagas triza mi ropa interior —dijo la morena.

Entonces, evoqué el momento en que, en medio de mi arrebató lujurioso en el catamarán, antes de hacer el amor, le rompí el traje de baño. La sorpresa en sus ojos y sus suspiros de deseo invadieron mi cabeza de forma intempestiva.

La chica bebió el primer sorbo de su Martini y sin pudor aproximó su mano a mi “súpermingo”

—¿Me has extrañado?

Permanecí en silencio. No se trataba de herirla en su estima, así que asentí exhibiendo una sonrisa. Después de eso nos bebimos un par de tragos más. Me contó que no había conseguido convencer a su novio para que volviera con ella, que iba muy mal en la universidad, que sus padres estaban a punto

del divorcio, que odiaba el corte de pelo que le habían hecho la semana pasada y que no había logrado adquirir boletos para el concierto que tuvo Justin Bieber en la ciudad, ese último hecho la tenía muy deprimida. Una hora después quería salir corriendo, pero me contuve.

—Liam, ¿podemos subir?

Aguardé unos segundos, pero al final me dije que, si quería volver a ser el Liam Farrell de antes, aquel que llamaban “el temible”, tenía que retomar mis viejas costumbres, y entre esas costumbres estaban las mujeres. Tal vez Maiko me ayudaría a sacarme a Trébol de la cabeza, por eso la tomé de la cintura, le besé el cuello en busca de refugio y la llevé hasta mi habitación.

La osadía de la joven fue evidente. Tan pronto llegamos a la habitación puso música e inició un baile muy sensual para desnudarse frente a mí. Me senté en una de las butacas para ver el espectáculo, pero su delgado cuerpo me pareció desabrido, sin mencionar que sus pechos eran tan planos como el piso que me sostenía. La comparé completa con la mujer de mis sueños.

Trébol tenía caderas anchas y formadas. A pesar de sus constantes quejas por la celulitis, la encontraba muy deseable. Recordé sus pechos que se acoplaban tan bien a mis manos, su cintura, su vientre un poco abultado justo en la bendita cicatriz de la cesárea. Un cuerpo de mujer, voluptuoso, hecho para darme placer.

—Liam —Maiko se había sentado en mi regazo esperando que mi “supermingo” reaccionara, pero mi mejor amigo no se dio por aludido—. ¿Tienes la Viagra?

Su pregunta fue como un relámpago en mi cabeza. ¿Viagra? No tuve que utilizarla ni una sola vez con Trébol y estaba decidido a no utilizarla nunca más.

—Maiko, escucha. —Le acaricié el cabello—. Hoy no haremos el amor.

Su rostro se volvió triste.

—No volveremos a hacer el amor nunca más, cariño —añadí.

—¿Por qué? —Hizo un puchero que me conmovió.

—No se trata de ti, Maiko. Tú eres exquisita, sexy, hermosa, pero hoy tengo la cabeza en otra parte.

Intentó besarme, pero la evadí.

—¿Te enamoraste, Liam? ¿Es eso?

Sonreí. Rogaba porque la sospecha de la chica no fuera cierta.

—Te haré olvidar lo que sea, a quien sea. Solo déjame... —Intentó tocarme, pero le tomé la mano antes.

—Pensé que podrías hacerme olvidar —dije con pesar—. Por eso estas aquí, pero no te mereces que te haga el amor pensando en otra. No sería justo para ninguno de los dos.

La ayudé a levantarse y a que se vistiera, la llevé hasta la puerta, le di un pequeño beso en la frente y la despedí.

Escurrí mi espalda por la puerta cerrada hasta que mi trasero tocó el suelo y me quedé allí, casi muerto de pánico... Acababa de descubrir que Trébol había cambiado mi existencia para siempre.

Trébol

Bien dicen que el amor de madre no conoce el límite del sacrificio. Eran las dos y cuarto de la

mañana y por quinta ocasión el piloto intentó aterrizar el avión, aunque la torre de control insistía en indicar que la pista estaba bajo nieve.

—Nos estamos quedando sin combustible —escuché que dijo. Aferré mis manos a los brazos del estrecho asiento y cerré los ojos. Solo quedaba orar—. Tenemos que aterrizar ya.

Silvia clavó sus uñas en mi brazo.

—Vaya manera de morir. Le gané al cáncer para qué. —Se lamentó—. Pobrecito de Allen cuando le digan que su madre murió en un accidente aéreo.

—¡Por Dios, Silvia! ¿Podrías callarte? —le dije, exasperada—. No necesitamos pensamientos negativos. Aterrizaremos bien.

En una maniobra arriesgada logramos tocar la pista, pero el pequeño avión no conseguía detenerse. Íbamos como en una espiral sin fondo, dimos unos cuantos zigzagueos peligrosos y luego la nave se detuvo al fin.

Tuve la sensación de que había vuelto a nacer. Acaricié mi pecho, necesitaba que mi pulso regresara poco a poco a la normalidad. Observé que Silvia estaba pálida y petrificada, sin habla. Pensé en abofetearla para hacerla reaccionar, pero tuvo suerte, porque justo antes, soltó una palabrota que jamás pensé fuera parte de su vocabulario.

—¡Lo logramos! —Los pilotos se felicitaron entre sí chocando las manos en un gesto algo infantil, tomando en consideración que estuvimos a punto de morir—. Esta es la vez número veintiséis. Carl, somos los mejores.

Después de ese aterrizaje arriesgado, nos recogió una camioneta que Steven había dispuesto para que nos llevara al hospital, sin embargo, las calles estaban congestionadas y a esa hora algunas permanecían cerradas. La ciudad era un caos. A cuatro cuadras del hospital un grupo de policía nos impidió el paso. Intenté explicarle la situación, pero se mostraron renuentes.

—Deténgase —le dije al conductor de la camioneta un poco más adelante. El hombre se hizo a un lado de la calle.

—No puedes bajarte con esa ropa, Trébol —dijo Silvia, al ver mis intenciones—. Morirás congelada antes de llegar al hospital.

Me volteé para buscar mi equipaje y comencé a vestirme con todas las piezas de ropa que encontré. Silvia me ayudaba. Me puse cuatro camisas, tres pantalones, tres pares de medias y un par de zapatos deportivos. Amaré alrededor de mi cuello una bufanda improvisada que había hecho con uno de mis pantalones, al igual cubrí mi cabeza con una camiseta que había convertido en un cómico gorro de invierno. Cubrí mis manos con varios pares de medias y me dispuse a salir.

—¿Estas seguras de que vas a salir bajo la nevada? —me preguntó Silvia.

—No hice ese viaje para que al final no cumpla con mi hija —dije, decidida—. Gracias por todo. Que llegues bien a tu apartamento. Guarda el resto de mi equipaje, por favor. —Abrí la cerradura, me eché mi bolso al hombro y salí.

—Por favor, dame una llamada tan pronto Kathie dé a luz.

—Claro. —Le tiré un beso y cerré la puerta.

Allí en medio de la noche y del inclemente frío me convencí de que el amor de madre sobrepasa la razón. Caminé por las calles desiertas y oscuras en medio de un frío intenso que amenazaba con matarme. A los pocos minutos dejé de sentir mis extremidades. La esperanza de sobrevivir regresó

cuando divisé el letrero del hospital. Así que mis últimos pasos antes de llegar los di con un increíble optimismo.

Un guardia de seguridad me detuvo en la entrada. Supuse que debió sospechar, por mi apariencia de mamarracho, que estaba desajustada. Tuve que explicarle toda la odisea para poder llegar hasta allí, aunque creo que fue peor, pues su rostro se reflejaba incrédulo. Apelé a su misericordia y, después de mostrarle mi carné de conducir, me dejó pasar. Incluso, le dejé la tarjeta comercial de mi floristería y prometí darle descuento en mis servicios cuando me visitara.

El área de maternidad quedaba en el segundo piso, pero como el elevador tardaba demasiado, opté por las escaleras. Estaba tan desesperada por estar con mi hija que poco me importaban las miradas curiosas de las personas a mi alrededor. En el mostrador de enfermería me indicaron el número de la habitación y corrí por el pasillo. Desde allí podía escuchar sus incesantes gritos.

—Kathie —dije cuando atravesé el umbral. Deje caer mi bolso al piso para abrazarla.

—Cumpliste tu promesa, mamá —dijo con voz ahogada.

—Claro, cariño. —Me mantuve abrazándola por un largo rato.

—¿Y por qué andas así vestida? —preguntó mi madre. Me dio un beso, sin dejar de evaluar mi extraordinario atuendo—. Pareces que escapaste de algún hospital psiquiátrico, Trébol.

Mi yerno me observaba desde la otra esquina de la habitación con asombro. Acababa de confirmarle a Anthony lo que siempre había sospechado, su suegra no estaba muy bien de la cabeza. Me sonrió con su habitual gesto tímido. (Creo que no lo he mencionado, pero Anthony es como otro hijo para mí).

—Tuve que utilizar gran parte de mi ropa para no congelarme —les expliqué toda mi travesía para estar allí.

Concentré mi atención en mi hija. Me recreé en acariciar su enorme vientre repleto de estrías.

—¿Viste mamá? Está horrible.

—Eso se va, cariño. —Le mentí. Mejor que nadie sabía que hay marcas de amor que nos acompañan por el resto de nuestras vidas. Aún tenía las señales de mis dos embarazos en mi vientre.

—Quiero la epidural, mamá. —Rogó—. Y quiero que Anthony se vaya.

En ese momento compadecí a mi yerno. El pobre se desvivía por complacerla, pero desde que Kathie salió embarazada, parecía que lo odiaba. Las hormonas nos juegan esas malas jugadas.

—Anthony se quedará, cariño —dije con firmeza—. ¿Y qué dice el médico sobre el medicamento?

—Que no es tiempo —dijo Anthony.

—¡Tú no sabes nada! —le gritó Kathie, frenética—. Deberías estar en esta cama soportando el dolor. ¡Mamá, pide que me den la epidural!

Verla tan desesperada y gritando me conmovió de tal manera, que fui perdiendo la paciencia. En ese momento entró el médico para revisarla.

—La epidural, doctor. —Suplicó Kathie.

—Todavía te restan horas de parto —le explicó el galeno sin tan siquiera hacer contacto visual con ella—. Tienes que ser fuerte y resistir. Si te sosegaras podrías dominar el dolor. Concéntrate.

Kathie volvió a soltar un grito y el galeno se comportó de forma tan impersonal que comencé a odiarlo. ¿Por qué no podía ponerse en el lugar de mi hija?

—Doctor, ¿no pueden suministrarle algún alivio?

—Las mujeres paren con dolor —dijo el tipejo.

No sé si fue el cansancio acumulado, las emociones de las pasadas horas o mi instinto protector, pero el asunto fue que lo tomé por la bata en un arrebato de ira contenida.

—Usted hará más agradable el parto de mi hija porque si no me encargaré de que no atienda un parto más en su vida.

Mi madre y mi yerno intentaron contenerme. El doctor me observó con los ojos como dos platos. Lo solté ante una advertencia de mi madre de que llamarían a la policía, entonces no podría estar durante el parto.

Debo admitir que mi comportamiento cavernícola tuvo efectos inmediatos pues el inepto médico le mandó a inyectar la epidural y el resto de la labor de parto fue más llevadera para mi niña.

—Kathie —le decía—, piensa que después de todo este sacrificio, en unas horas tendrás al pequeño Jonathan en tus manos. —Intentaba consolarla—. Eso te confortará.

Me aparté para dirigirme a mi yerno.

—Ve con ella —le susurré.

—No quiere ni que la mire.

—Te necesita. Ve, Anthony. Es hora de que le demuestres tu amor. Recuerda que no es ella, son las hormonas.

(No lo he dicho, pero mi yerno es la persona más noble que he conocido). Está loco por mi hija. Lo sé por la forma en que la mira, como si fuera la última mujer sobre la tierra. Después del parto tendré una buena conversación con Kathie. (Sí, se lo que están pensando, que no debo meterme en la vida de mis hijos, y es cierto, pero en esta ocasión me permitiré una licencia de suegra, si como los poetas, que utilizan sus licencias poéticas).

Para mi alivio, esta vez mi hija se dejó masajear la espalda por su marido e incluso le dirigió la palabra para indicarle dónde debería aplicar más presión. Mi madre y yo nos miramos y sonreímos en complicidad. No, no estaba todo perdido con ese par.

Reflexioné sobre la empresa del matrimonio. No, no es fácil un junte de caracteres.

Capítulo Catorce

Liam

A la mañana siguiente intenté meterme de lleno en los asuntos de mi empresa, por eso después de un desayuno ligero, me dediqué a contestar algunos mensajes, según la conexión de Internet me permitió. A pesar de que la tormenta había aminorado, todavía la ciudad vivía el caos de la emergencia.

Después de tres horas muy productivas, en donde logré conseguir una cita con dos nuevos prospectos, me dediqué a buscar a Trébol en las redes sociales. Fue fácil dar con su perfil público en Facebook. Me recreé con varias fotos y descubrí que formaba parte de algunas asociaciones benéficas y que hacía trabajo voluntario en el hospital Frankfort, dirigido a niños con necesidades especiales.

Todo estuvo perfecto hasta que llegué a un álbum de fotos llamado Aniversario 25. Las fotos eran de ella con el infeliz de Gerry en unas vacaciones en Tailandia. Ella lucía hermosa y feliz a su lado. Hasta ahí todo bajo control, hasta que di con una de las fotos en la cual se besaban. Sentí un fuego que me subió desde el estómago hasta la garganta.

Cerré la computadora portátil con rabia y me levanté de la cama. El asunto de Trébol se estaba convirtiendo en una obsesión peligrosa. Tenía que olvidarme de ella. Tenía que regresar a mi estado anterior del Liam al que no le importa nada, al que no sentía nada, al que solo lo movía el placer y el deseo. ¡Vamos! ¿A quién pretendía engañar? Hubiese dado lo que fuera por volver a verla. Incluso ya tenía un plan, tan pronto pasara la tormenta visitaría su floristería. Necesitaba verla, aunque fuera para que me diera dos buenas cachetadas y me dijera a la cara lo miserable que me había comportado en Ibiza. Me merecía que me pateara el trasero por imbécil, por no haberme negado a las acciones inescrupulosas de su marido.

Me miré en el espejo del baño y descubrí dos nuevas rayas en mi frente. ¡No, no, no...! Una cosa era que tuviera estrujado el corazón y otra que mi apuesto rostro se estuviera transformando en una pasa seca. Tenía que resolver el asunto de Trébol de manera definitiva o acabaría como un anciano decrepito en menos de lo que esperaba.

Decidí que tan pronto se despejaran las calles acudiría al primer mostrador de Clinic a comprarme una crema antiarrugas. (¡Ah, sí! Ahora me van a decir que ustedes no utilizan nada para evitar el envejecimiento, que su cara juvenil se la deben a un asunto de genética. Sí, claro, les creo).

Trébol

Después de convencer a mi madre de que lo mejor era que se recostara en el sofá de la habitación del hospital para que durmiera un poco, me senté en la butaca contraria. Observé que Anthony había logrado acomodarse junto a Kathie en la pequeña cama. Al menos mi hija se quedó

dormida, por eso una increíble paz invadía la habitación en ese momento.

Iban a ser las ocho de la mañana cuando mi hijo apareció junto a su padre. Me extrañó que Gerry estuviera allí a esa hora. Por lo regular sus mañanas eran sagradas para atender los asuntos apremiantes de su empresa. No importaban días festivos ni celebraciones familiares, Gerry era un adicto al trabajo y al dinero.

Mi hijo me abrazó con una enorme sonrisa.

—¿Y esa ropa? —me preguntó con un tono divertido.

—Después te explico —le dije con voz baja, pues no quería que Kathie se despertara.

Le acaricié el rostro con cariño. No quise volverme para saludar a Gerry, pero por deferencia a mi hijo, al final, le estreché la mano con cortesía.

No me gustó su mirada. Lo conocía muy bien y me pareció ver algo de sarcasmo y victoria.

—¿Y cómo fue tu viaje a las Baleares? —me preguntó con su típica sonrisita mordaz—. Tienes un atuendo fabuloso. ¿Un nuevo uniforme para el club de menopáusicas?

Sí, suele ser muy insolente y sarcástico.

—Tú no cambias, Gerry —me límite a decir. Volví mi atención a mi hijo—. ¿Y Lenny? —pregunté por mi nuera.

—Se quedó cuidando a Alexander. —Cristian se acercó hasta donde su hermana dormía para acariciarle el cabello con cariño.

En ese momento Anthony despertó. Con su rostro adormecido le estrechó la mano a su cuñado. Observé la incomodidad de yerno al ver a Gerry. No se llevaban bien, pues mi marido se opuso a que nuestra hija se casara con un simple gerente de un banco de cuarta categoría, como él solía decir de manera despectiva.

Un sonoro ronquido de mi madre nos hizo estallar en risas y con nuestra algarabía despertamos a Kathie, que comenzó a quejarse de inmediato. Su marido inició los masajes y Christian le acarició la cabeza, a la vez que le daba palabras de consuelo. Gerry intentó acercarse, pero Kathie cerró los ojos manifestando un claro rechazo.

Al ver su gesto me dio mucha tristeza. Por más que había intentado que ella suavizara el trato hacia su padre tras nuestra abrupta ruptura, Kathie le guardaba mucho rencor.

—Eso es lo que han logrado tus comentarios —me dijo Gerry en voz baja—. Me has hecho ver como el malo frente a nuestra familia.

—Nunca olvides que no fui yo quien me fui a vivir con mi amante, Gerry.

Mi madre se movió en el sofá y se incorporó después de soltar un sonoro bostezo. Miró a Gerry sorprendida.

—Creo que aún duermo y estoy en medio de una pesadilla —dijo—. Veo la encarnación del diablo en mis narices. ¡Vaya manera de comenzar el día! ¿Aún no ha pasado el camión de la basura? —Berenice utilizaba un tono punzante.

—Para mí es difícil ver despertar a una bruja —le dijo Gerry entre dientes.

Suspiré porque sabía que entrarían en una guerra de insultos. Era tal y como siempre sucedía.

—Eres tan inútil, Gerry, que no sé por qué estás aquí—. Berenice se levantó del sofá—. Mi nieta no se merece la tortura de tu presencia.

Gerry sonrió. Preparaba alguna artimaña en su mente que redujera a cenizas a mi madre, pero

Berenice era casi indestructible.

—¿La dejaron salir del asilo, suegra?

Mi madre soltó una carcajada cargada de ironía y se le acercó para desafiarlo.

—Nunca he sido tu suegra. No se puede ser suegra de un primate.

—Pues aún sigo siendo su yerno.

—Por poco tiempo. Ya Trébol abrió los ojos.

Kathie soltó un sonoro grito producto de una nueva contracción.

—¿Pueden seguir su guerra fuera de aquí? —dijo Christian, exasperado, e intenté calmar la beligerancia entre mi madre y Gerry.

Como fue inútil, los saqué al pasillo. La batalla terminó cuando mi madre le espetó a la cara que para lo único que servía era para hacer dinero.

—¡Miserable! —le gritó mi madre.

—Mamá, por favor —le rogué—. Vuelve a la habitación. Kathie te necesita.

Berenice regresó a la habitación rezongando, pero antes hizo un gesto cómico con su mano, se señaló sus ojos como diciendo: “Te tengo vigilado”.

—Tu madre es una bruja —dijo Gerry.

—Si te condujeras con respeto hacia ella tal vez no te trataría como lo hace.

No sé por qué, pero en ese momento el recuerdo de Liam invadió mi mente de forma inoportuna. Recordé sus caricias, nuestra intimidad, mi entrega y temí que en algún momento Gerry se enterara. No lo soportaría, mi marido tenía el ego del alto del edificio Empire State.

—Tú tienes la culpa de que todos en mi familia me odien —me señaló con su dedo índice—. Tú te has encargado de fabricar esa imagen diabólica de mi persona.

—Por favor, Gerry.

—Necesito que firmes los malditos papeles del divorcio, Trébol.

Sonreí para sacarlo de quicio.

—Cuando tu abogado corrija la cláusula del cincuenta por ciento de los bienes gananciales —dije.

—¡Esa fortuna la hice yo! ¡La trabajé yo! ¡Es mía!

—Los veintiocho años que viví contigo tienen un costo, Gerry. Las humillaciones por todas tus infidelidades, tus mentiras, tu despiadada manipulación, tu abandono. ¡Quiero la mitad! —Hice ese último comentario sin apenas abrir la boca.

La cara de asombro de Gerry me gustó. Jamás había reclamado mis derechos de una forma tan vehemente.

—Tendrás una pensión mensual de por vida, tu apartamento en One Madison. ¡Nada más!

—Tengo derecho al cincuenta por ciento de todo.

—Después no digas que no quise hacer las cosas de forma justa, Trébol. —Me amenazó—. A las buenas te estoy pidiendo que renuncies y que aceptes la pensión y el apartamento.

Volví a sonreír.

—¿Y a las malas? ¿Qué piensas hacer?

Se me acercó para intimidarme.

—Espera y verás.

Se volteó y caminó por el pasillo para largarse. Quise gritarle mil improperios, pero recordé por qué estaba allí. Mi familia era primero que las demandas y amenazas de aquel ser que ahora me parecía un extraño.

Trébol

Una semana después, la ciudad había vuelto poco a poco a la normalidad. Kathie había salido del hospital con mi nieto, un hermoso niño de cabello marrón, que me robó el corazón desde su primer llanto. Mi hija quiso refugiarse en mi casa con la excusa de su carencia de conocimientos acerca de la maternidad, pero sabía que era un subterfugio para alejarse de Anthony, así que le pedí a Lydia, mi mano derecha en casa, y quien por años me ayudó con la crianza de mis hijos, que se hospedara por un mes con ellos.

De esa forma conseguí que no dejara su hogar y que se fuera acostumbrando a la idea de sus nuevas responsabilidades al lado de su marido y de su hijo.

Ese día era miércoles en la mañana y me incorporaría al trabajo en la floristería, por eso andaba de un lado para otro intentando preparar todo lo necesario a tiempo. Debo reconocer que soy fatal con el asunto de la puntualidad porque suelo regodearme demasiado. Encontré a mi madre leyendo el periódico apoyada en la encimera que separaba la cocina del comedor. Sonreí al ver su cara cubierta por una crema verde.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Ayer en la tele dijeron que el aguacate es bueno para retardar el envejecimiento.

No pude evitar la risa y continué afanada preparando mis cosas.

—Procura que no dejes la cabeza —dijo, sin apartar la vista del periódico.

Hice un mohín de disgusto ante su comentario.

—Voy tarde —dije, mientras intentaba acomodarme uno de mis tacones.

—Algo muy común en ti. En eso saliste a tu padre.

—Mamá, ¿puedes pasar por la tintorería? Es como Lydia no está...

—Sí, le digo a mi chofer. Hoy también aprovecharé para visitar a Kathie. Me muero por estar un rato con mi bisnieto.

Berenice le dio un sorbo a su café.

—Intenta aconsejarla sobre el asunto con Anthony, por favor —le pedí—. Ayer le dije varias cosas, pero no la vi muy convencida.

—Tranquila, si se da la oportunidad hablaré con ella. —Hizo una pausa para observarme—. Tenemos pendiente una conversación. Aún no me has contado detalles de cómo la pasaste en Ibiza.

Le lancé una sonrisa y le besé la mejilla para salir.

—Qué tengas buen día, madre, y que el aguacate haga el milagro.

—¡Vaya manera de evadirme! —me dijo.

Hacía media hora que esperaba sentado en el vestíbulo del hotel *La Fregata*, justo frente a la puerta de la floristería. La joven dependiente me había indicado de forma amable que la dueña se presentaría más tarde, así que me dediqué a esperarla con paciencia. Hacía una semana que su ausencia me torturaba. Necesitaba verla, aunque fuera de lejos.

Me odiaba por mi comportamiento obsesivo con el asunto. Mi comportamiento enfermizo me empujaba a entrar a Facebook cada quince minutos para saber si había actualizado su estado. En esa semana había compartido las fotos de su nieto recién nacido, su regreso a la rutina y algunas fotos del viaje a las Baleares. Lo más que me dolía era que no hubiese compartido ni un solo pensamiento triste. Parecía como si se hubiera olvidado de mí, como si no le doliera lo ocurrido. Es más, como si no me hubiera conocido.

Deseé que se pusiera nostálgica y que publicara algo así como: “El amor nos sorprende y a la vez nos castiga”. (Sí, sí, me he convertido en un cursi de lo peor).

En cambio, yo he puesto en las redes:

“Fuiste la forma más cruel y bonita que tuvo la vida para dejarme saber que no se puede tener todo”. “Estoy bien, solo duele cuando respiro”.

Esos mensajes provocaron que mi hija Sofía me visitara al Roosevelt hacía unos días. Tuve que jurarle por la salud de su perro, Tom, que no pasaba nada, que solo era mi faceta de filósofo, pero no me creyó. Amenazó con hospedarse unos días conmigo, pero gracias al cielo la convencí de que no era necesario. También mi segunda exesposa, Cloe, le había dado con llamarme más a menudo. ¿Acaso temían que me suicidara?

¡Por favor! El despecho no me llevaría a atentar contra mí mismo. Solo necesitaba verla. Esa mujer se había convertido como en una maldita droga, tanto, que las dos veces que aposté esa semana, no me inyectaron ni una pizca de adrenalina. Sustituí una adicción por otra.

Recosté mi espalda del sofá e intenté relajarme. Estaba dispuesto a esperarla así las horas se hicieran eternas. ¡Un cliché más y me dedicaré a poeta! (Sí, ya sé, me he convertido en un patético enamorado. ¿Acaso a ustedes no les ha sucedido igual? ¡Insensibles!)

Capítulo Quince

Trébol

Decidí que para llegar a mi cita del tercer miércoles de cada mes con mis amigas era preferible subirme al Metro. Al llegar a la estación de Upper East Side caminaba tan apurada que me costaba recuperar el aliento. Llegué al Carol's cuando faltaba un cuarto para las diez. Entre Silvia y Helena me habían inundado el móvil con mensajes para que me apurara.

Desde la noche en que regresé a Nueva York no había tenido la oportunidad de conversar con Helena, pues las veces que lo intenté, su móvil salía fuera del área de cobertura.

Tan reciente como esa misma mañana, la bruja había dado señales de vida a través de Whatsapp, pero no adelantó detalles. Me moría por saber cómo le había ido con el odioso de Steven.

Levantaron sus manos a modo de saludo cuando entré al lugar. Quise pasar desapercibida entre los comensales, pero como siempre ocurría, de camino me encontré con alguien conocido. Esta vez una novia a la que le había prestado mis servicios como florista. Cuando vi que sacó su móvil para enseñarme las fotos de su luna de miel, me sentí desfallecer. No suelo ser maleducada, pero creo que su marido se dio cuenta de mi falta de atención, así que logré despedirme y me dirigí a la mesa de mis amigas con un gesto de alivio.

Las saludé con besos y abrazos. Me sorprendí al ver a Helena radiante y feliz, con una sonrisa deslumbrante que hacía años no exhibía.

En nuestras reuniones rutinarias solía extrañar mucho a Logan, pero estaba al otro lado del mundo cumpliendo su sueño gastronómico. Con ella solíamos hablar por Skype.

—Te has tardado más de lo usual. —Se quejó Silvia mientras revisaba el menú.

No entendía por qué cada vez que coincidíamos allí lo estudiaba, debería sabérselo de memoria, si llevábamos más de una década visitando el lugar, tiempo en que la oferta no había sufrido ni una sola alteración.

—Me levanté un poco tarde. —Me excusé.

—Yo acabo de llegar —dijo Helena.

Le acaricié la mano con cariño. Su gran sacrificio con el asunto del viaje me había unido mucho más a ella.

—Vi las fotos de Kathie en Facebook —mencionó Helena—. El bebé es bello y enorme. Pobrecita, imagino que fue difícil el parto.

—Muy desesperante. —Coloqué la servilleta de tela sobre mi regazo y le ordené al camarero una ensalada de frutas, aunque hubiese preferido un par de huevos fritos, tocineta, jamón, dos tostadas con queso, un jugo de naranja y un café, pero recordé que debía cuidar mi figura—. ¿Y a ti cómo te fue? Intenté comunicarme a tu móvil, pero lo tenías apagado.

—Yo también intenté —dijo Silvia.

El silencio de Helena no me gustó. Tal vez ese degenerado le había pedido hacer cosas impensables. Entonces, para mi total sorpresa, sonrió mientras se relamía. Miró a su alrededor para

comprobar que nadie escucharía lo que estaba a punto de revelarnos y nos pidió que nos acercáramos.

—Nunca había tenido tantos orgasmos como esta semana.

La miré sorprendida. ¿Había escuchado bien?

—Steven es un maestro del placer —añadió, exaltada—. Cuando salimos del aeropuerto me llevó a su apartamento en el centro de Madrid. Allí solicitó que me dieran un delicioso masaje, luego cenamos en la terraza del ático, bebimos el mejor vino y bailamos. Me sorprendió porque esa noche no intentó seducirme. Dormí sola en una habitación digna de una reina. Al día siguiente nos fuimos a su casa en Marbella. Se comportó como todo un caballero, luego comenzó con un juego de seducción que me llevó a casi rogarle que me hiciera el amor.

A esas alturas yo estaba boquiabierta.

—Fue fantástico. Detallista con cada parte de mi cuerpo y generoso con todas mis necesidades. Me complació en todo. —Soltó un pequeño grito y estiró su mano derecha para que viéramos el brillante que adornaba su dedo anular. La sortija resultó ser una llamativa piedra de varios quilates—. Me ha pedido matrimonio.

Si otra persona me estuviera contando que Helena se emocionaba con la idea del matrimonio le diría que era una gran mentira, pero aquella confesión venía de su boca y con entusiasmo incluido. No lo podía creer. Me fijé que Silvia tenía igual expresión de sorpresa en su cara.

—Chicas, el hombre está muy bien dotado y no usa nada para ayudarse. —Aplaudió como si imitara a una foca—. He sido inmensamente feliz. De lo que me arrepiento es de no haberlo hecho antes.

(¿Saben? Aquel relato resultó un gran aliciente para la culpa que sentía sobre el sacrificio de Helena). Significaba que mientras yo torturaba mi mente pensando en lo difícil que la estaba pasando, ella disfrutaba de la mejor experiencia sexual. ¿Quién entiende a la vida?

—¡Vamos a casarnos en dos meses! —Más entusiasmo—. Y quiero que ustedes tres sean mis damas.

—¿Estás demente, Helena? —Ese comentario me salió del corazón—. Las damas suelen ser jovencitas.

—¡Es mi boda y yo decido quienes serán mis damas! —Demandó—. El 23 de febrero nos casaremos en Los Hampton, en su casa de verano. Steven tiene una mansión muy hermosa al lado de la playa y realizaremos la ceremonia allí, al aire libre. Así que ya saben.

—Pues nos tocará viajar a Los Hampton —dijo Silvia con una enorme sonrisa.

—Sabía que no me fallarían —dijo Helena, emocionada.

Me imaginé vestida con un traje de color marfil, un recogido en trenzas y un maquillaje virginal. No, no estaba para ese tipo de eventos a mi edad, pero si Helena se había “sacrificado” por mí, no podía negarme a sacrificarme por ella. No me quedaba de otra.

Capítulo Dieciséis

Trébol

Llegué a la floristería rayando el mediodía. Después de saludar a Meredith, la dependiente, y de escuchar algunas anécdotas que acontecieron en mi ausencia, me dediqué a revisar el refrigerador con la nueva variedad de flores que había llegado. En la parte de atrás, en el taller, me encontré con Mike, un destacado artista en la composición de arreglos, y con Nancy, una mujer talentosísima en la decoración. Eran mis ayudantes en el negocio.

Le conté algunas cosas del viaje, pero me concentré más en el suceso del parto de Kathie. Me había propuesto olvidar el dichoso viaje a Ibiza.

Nancy me puso al día con toda la agenda de trabajo del mes.

—Habrà un evento en el salón Luxury Royal y Beatriz Beathord llamó. Quiere que sea todo muy exclusivo —me dijo Nancy.

—Ya sabes cómo es —añadió Mike—. Hicimos la orden de las flores.

—Gracias por mantener a flote el negocio. No sé qué haría sin su ayuda —les dije y me dirigí a mi oficina.

De seguro me esperaban montañas de facturas, pedidos y clientes difíciles. No alcancé a abrir la puerta porque Meredith me detuvo.

—Afuera hay un hombre que solicita hablar contigo. Dijo que no se irá hasta que lo atiendas.

—¿Quién es?

—Liam Farrell.

Un frío, entre la emoción y el miedo, me recorrió todo el cuerpo hasta dejarme sin aliento.

—Dile que no puedo atenderlo —balbuceé. Mi orgullo no me permitía rebajarme. Lo trataría tal y como él lo hizo en Ibiza, con total indiferencia—. Tiene que sacar una cita, e infórmale que por los próximos dos meses no tengo espacio disponible.

Continué con paso firme hacia mi oficina y Meredith regresó a la parte frontal. Tan pronto estuve en la seguridad de mi espacio de trabajo, me dejé caer en la butaca tras mi escritorio. Buscaba que mi pulso se ralentizara despacio.

—Señor, no puede pasar —escuché la voz de Meredith en el pasillo y entré en pánico.

—Trébol, tenemos que hablar —Su voz atronadora era inconfundible. Liam Farrell apareció en el umbral con su rostro desencajado. Parecía algo alicaído y desesperado. Todavía tenía algunas secuelas del asalto en Ibiza.

Me conmovió su estado, por eso le pedí a Meredith que nos dejara a solas. Me levanté de mi silla para acercarme.

—Acabo de regresar y tengo mucho trabajo, Liam —le dije, fingiendo indiferencia—. ¿Podemos hablar en otra ocasión?

No me dio tiempo a reaccionar, pues el hombre me arrinconó contra la pared, se pegó a mi cuerpo y comenzó a besarme como un desquiciado. Perdí las fuerzas, la noción del tiempo y la

capacidad de rechazarlo. Sentí su virilidad alzarse con fuerza en mi entrepierna y quedé a su merced.

Me acarició con desespero, como si necesitara de mí para vivir. Metió su mano en mi blusa para quitarme el sostén.

—No, Liam. —Intenté que desistiera—. Aquí no podemos. Están mis empleados.

—¡Al diablo con todo!

Vi que extendió su mano para poner el seguro de la puerta sin dejar de acariciarme con la mano que le quedaba libre. Con destreza me desnudó el torso y se aferró a mis pechos. Se notaba insaciable.

—Te necesito, Trébol. Eres como una droga.

—Liam... —Me estaba matando de deseo. Si era honesta cada noche que estuve sin él me imaginaba una escena como esa, por eso me dejé arrastrar sin pensarlo.

Se puso de rodillas frente a mí para quitarme el pantalón y sonrió cuando estuve desnuda y vulnerable ante él. No hubo tiempo para pensar ni reflexionar, solo nos dejamos guiar por nuestros instintitos. Algo tenía aquel bendito hombre que me hacía sucumbir a sus deseos. Yo, que siempre había sido una mujer juiciosa, de pronto me convertí en una libertina.

Hicimos el amor como dos desequilibrados sobre mi escritorio. Él, tapándome la boca para que no se escucharan mis gritos y gemidos con cada embestida, y yo, llenándome por completa. Si se hubiese acabado el mundo en aquel momento poco me hubiera importado. Culminamos fatigados y sudorosos, en medio de un intercambio de tiernos besos.

—No he dejado de pensar en ti, Trébol. Quiero esto y más contigo. —Ver su rostro a la altura de mi pecho haciendo esa confesión me conmovió. ¿Hablabas en serio?

Liam

Por alguna extraña razón cuando terminamos de hacer el amor sobre su escritorio, como dos posesos, le confesé que me hacía mucha falta, y no era una vil mentira. (¿Ven? El problema de mentir constantemente es que cuando dices la verdad nadie te cree, pero **SÍ** necesitaba a esa mujer. La quería completita para mí.

La ayudé a vestirse y le alisé el cabello. Le preocupaba que los empleados hubiesen escuchado, sin embargo, le aseguré que no era posible que se hubieran percatado de lo acontecido pues apenas habíamos hecho ruido. Esa sí era una gran mentira. Sus gemidos se debieron escuchar hasta el Carnegie Hall. Sonreí satisfecho.

Sabía que había corrido el riesgo de que a esas alturas el infeliz de Gerry le hubiese mostrado las fotos, pero al parecer el imbécil se había arrepentido, sospeché que por eso no mencionó nada sobre ese asunto.

—¿Cenamos? —le propuse sin dejar de abrazarla.

—No sé a qué hora saldré de aquí. —Señaló una montaña de papeles—. Apenas acabo de llegar.

—Necesito decirte algo, Trébol. —La abrazaba. Si de algo estaba convencido era que prefería decirle la verdad, que la escuchara de mis labios y no desde el punto de vista del diablo. Estaba decidido a contarle todo. Bueno... aunque fuera a medias, con todos los datos a mi favor. Ya tenía un

plan.

—Trébol —se escuchó la voz de la dependiente por el intercomunicador. Trébol se apartó un poco para apretar el botón.

—Dime.

—Tu madre acaba de llegar al hotel.

—Gracias. —Dejó a un lado el aparato y entró en un pánico desesperante—. Tienes que irte, Liam. —Se alisaba la ropa y me alejaba de ella. No tendría oportunidad de liberarme de aquella verdad que tenía atascada en mi garganta—. Mi madre no puede saber lo que ocurrió aquí.

—No tiene que por qué sospechar —dije.

—No la conoces, es muy perspicaz. Es como si lo supiera todo.

—Ocho de la noche en Copperhill. —No le daría tregua para que se arrepintiera—. No me falles —le dije, a la vez que le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

Caminé a la puerta y desde allí le guiñé un ojo, y salí.

Al atravesar el taller de flores vi a los empleados cuchichear entre sí y sonreír. A la salida, después de agradecerle a Meredith, me tropecé con una señora mayor. (Sí, era ella, mi futura suegra).

—Disculpe —le dije y continué caminando hacia la salida del hotel.

Trébol

Mi madre llegó a mi oficina unos minutos después de que Liam se fuera. Estaba agradecida de que no hubiese llegado en medio del acto pasional que acababa de ocurrir en aquel pequeño recinto. Intenté ocultar cualquier señal que le diera a entender de que algo inusual había ocurrido. Incluso, rocié un poco de aroma floral para disipar el residuo de cualquier olor. Le sonreí un poco nerviosa cuando se asomó a la puerta.

—¿Quién es el hombre que acaba de salir? —me preguntó con suspicacia. Siempre he sospechado que las madres tienen un séptimo sentido de intuición extrema.

—Un cliente. —No hice contacto visual para no delatarme.

Vi de reojo que sonrió de forma maliciosa mientras examinaba los alrededores en busca de alguna evidencia.

—Tienes el lápiz labial corrido, hija —dijo. (Sí, Berenice sabía lo que acababa de ocurrir o lo imaginaba)—. Gerry me ha pedido que nos reunamos el viernes para almorzar. Insistió que fuera antes, pero le dije que no podía.

Me extrañó que mi marido pidiera reunirse con mi madre. Nunca habían sido precisamente amigos.

—Debe ser para pedirme que te convenza de que renuncies a tu parte de los bienes —dijo—. No sabe que si por mi fuera le quitaría todo, por canalla.

Mientras tanto intenté poner orden en la oficina. Me sentía muy ansiosa por lo que había pasado con Liam y por la posibilidad de que Berenice se mantuviera en su papel de Sherlock Holmes.

—No voy a torturarte más, Trébol. Solo vine a avisarte que ya fui a la tintorería por tu ropa. —Caminó a la puerta y desde allí me dijo—: Ese hombre que acaba de salir es guapísimo. Solo espero que hayas usado protección. Qué tengas buen día, hija.

Es difícil tener una madre con una mente tan abierta, que te diga esas cosas. Me quedé petrificada. ¿Qué se supone que le respondiera? “Sí, madre, tienes razón, por eso no pude evitar tener sexo salvaje con él sobre mi escritorio y sí, me protegí”.

Salió y pensé en el loco de Liam Farrell. Sentía un extraño cosquilleo en mi panza y una emoción que hacía muchos años no experimentaba.

Capítulo Diecisiete

Liam

Trébol llegó al restaurante una hora más tarde. Estaba ansioso y tuve que armarme de gran paciencia, pero la espera valió la pena. Atravesó el salón con ese aire de elegancia que la distinguía. Vestía un traje negro, un poco ceñido al cuerpo. Me sonrió a distancia hasta que se acercó. No se atrevió a besarme en la boca, optó por la mejilla.

—Si me vas a dar un beso que sea de verdad —le dije y la tomé de la barbilla para besarla. Me miró sorprendida después de recorrer con mirada ansiosa las mesas a nuestro alrededor.

Se sentó y contemplé complacido cómo su rostro se había ruborizado.

—Aún estoy casada —me dijo en voz baja con cierta vergüenza.

—Separada, y muy pronto divorciada. Además, la gente a nuestro alrededor no nos estaba mirando.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Le tomé la mano bajo el mantel—. Estas hermosa.

—Adulador.

—Sincero.

Esa noche tenía dos objetivos en mente: decirle la verdad sobre las fotos y descubrir qué sentía por mí. Quería saber si esta relación tenía algún futuro.

Después de pedir la cena, charlamos sobre la pasada nevada. Me contó su peripecia para regresar a Nueva York y del nacimiento de su segundo nieto. Su entusiasmo me fascinaba y cada vez que sonreía pensaba que no había algo que me gustara más. ¿Qué tenía esa mujer que me enloquecía? Con ella podía ser yo mismo. Hablar de mi afición por la pesca, al tenis y a los carros de carrera. Podíamos hablar de todo. Era linda, inteligente y una magnífica conversadora. Pensé en nuestra intimidad, que para mí era perfecta. Esa mezcla de timidez, asombro al descubrir cosas nuevas y entrega, me volvían loco.

Cuando finalizamos la cena decidimos caminar por el Parque Central a pesar de que la temperatura había descendido bastante. Nos aseguramos bajo nuestros abrigos y anduvimos tomados de la mano, obvio a insistencias mías.

—Quiero que pases la noche conmigo, Trébol.

Me lanzó una sonrisa tímida.

—Me encantaría, pero mañana me espera un día muy pesado en la floristería.

—Te prometo que solo quiero dormir a tu lado.

—Eres un mentiroso. —Sonrió—. Mañana tengo varios pedidos grandes. Entre ellos, una convención anual.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Mucho.

—En Ibiza me dijiste que tu casi ex es un financiero de Wall Street. Imagino que no tendrás

necesidad de trabajar.

—Me gusta trabajar, Liam. Me mantiene activa e independiente. Hubo muchos años en que me dediqué a criar a mis hijos, pero ahora mi vida son las flores. No me imagino sin ellas. Además, me disfruto mucho mi rol como empresaria, me hace sentir útil.

Nos quedamos en silencio y consideré que ese era el momento indicado para mi ataque de sinceridad.

—Trébol...

—Liam...

—Tú primero —le dije.

—Tengo una duda, ¿por qué después que hicimos el amor en Ibiza me trataste de forma tan indiferente?

Sí, ese era el momento de mi confesión, pero me entró un pánico tremendo. ¿Y si después de decirle la verdad me rechazaba? Estaba casi seguro de que no me perdonaría.

—Tenía miedo —dije.

—¿A qué?

—En ese momento sentí muchas cosas y quería negarme a pensar en que quería volver a verte, en que quería hacerte el amor de nuevo. Tenía miedo. Perdóname por mi comportamiento.

—Ya te he perdonado, Liam, sino no estaría aquí. —Me apretó la mano con fuerza.

Esa noche me despedí con un beso frente a su edificio. Estábamos en el interior de un taxi, yo insistiendo en que fuera conmigo al Roosevelt a pasar la noche y ella negándose con tenacidad. Al final, después de besarla, la dejé ir. También dejé ir la oportunidad de decirle la verdad. La verdad, aunque fuera dolorosa, debió venir de mis labios y no de los de Gerry. Pronto me daría cuenta de mi error.

Trébol

El viernes en la mañana me encontraba en la floristería preparando un pedido. Esa mañana había desayunado con Liam en un café cercano. Como siempre, lo había pasado de manera estupenda a su lado. Quedamos en vernos en la noche para ir a una obra de teatro en Broadway. No conforme con nuestra pasada reunión, Liam no dejaba de enviarme mensajes de textos un poco insinuantes a través del móvil.

El último por poco me ocasiona un infarto cardíaco.

Liam:

Esta noche no aceptaré ninguna excusa para que te quedes conmigo. Tengo planificado algo muy tentador.

Quiero que me ates a la cama mientras te desnudas ante mis ojos.

Tuve que leerlo varias veces. Era un perverso libidinoso y me estaba arrastrando con él. Sonreí y aparté el móvil para dedicarme de lleno al trabajo, aunque un leve cosquilleo me dominaba.

A las diez, Meredith me aviso que mi hijo y mi nuera habían venido a verme. Me extrañó que me visitaran en la floristería.

—Hola, mi amor —dije al verlo atravesar el taller. Cuando intenté darle un beso sentí un poco de frialdad.

—Hola, mamá. —Su tono seco me dejó ver de inmediato que algo no estaba bien—. Tenemos que hablar.

No me gustaba su actitud. Besé a mi nuera. Le tengo gran aprecio a Lenny, aunque debo admitir que aprendí a quererla en el camino. En un principio no era la chica que había soñado para mi hijo, pues tenía un carácter un poco bohemio y liberal, pero con el tiempo se había compenetrado de una forma extraordinaria con Christian. Aprendí a amarla con todas sus extravagancias, su religión politeísta, sus tatuajes y su fijación por los piercings.

—¿Le pasó algo a Alexander? —pregunté por mi nieto. Me angustiaba que el niño hubiera sufrido un percance.

—Él está bien —dijo Christian—. ¿Podemos hablar en tu oficina?

—Sí, claro. —Dejé mis instrumentos de trabajo, me excusé con mis compañeros, me lavé las manos y caminamos a mi oficina.

—Vine por estas fotos. —Christian levantó un sobre y lo dejó sobre mi escritorio.

De inmediato pensé que eran unas fotos de mi nieto, por eso me apuré a verlas. Fue como si el mundo se abriera y yo cayera por un abismo sin fondo. La vergüenza de que mi hijo me viera en una actitud tan liviana, borracha y en los brazos de otro hombre me provocó que un rudo nudo se apoderara de mi garganta. Había varias fotos de mi viaje a Ibiza. Imágenes en donde aparecía acompañada por Liam en unas posturas muy sugerentes. La más que me afectó fue una en donde aparecía en la cama del catamarán bocabajo, con mi torso desnudo de la cintura para arriba, y Liam dormía con su cabeza apoyada a mi espalda. ¿Pero quién las había tomado? Imaginé que la misma persona que nos había fotografiado en las demás ocasiones aprovechó que nos quedamos dormidos. Sospeché de los individuos que nos sirvieron en el catamarán. Su exceso de amabilidad y atención me provocó suspicacia en algún momento, pero jamás imaginé que se prestarían para esto. ¿Pero qué objetivo tenían?

—¿Quién te dio estas fotos? —le pregunté con voz ahogada.

—Papá.

Fue como si me hubieran pegado una fuerte cachetada. ¿Qué pretendía Gerry al destruir mi imagen frente a mi hijo? ¿Cómo era capaz de algo tan bajo?

—Christian, déjame explicarte —le dije e intenté tocarlo, pero volvió a rechazarme.

—Tanto que criticaste y señalaste a papá y caíste en lo mismo. ¡Eres una adúltera!

No hay dolor que se asemeje al rencor y el rechazo de un hijo.

—Mi amor...

—No, madre, no hay justificación. ¿Cómo pudiste hacerle esto a papá? Está destruido.

Siempre existe una doble vara para señalar una infidelidad. Una cosa es si eres hombre y otra muy distinta si eres mujer. Me dejé caer en la butaca tras mi escritorio para escuchar una lluvia de recriminaciones tan criminal que pensé que jamás saldría de mi mente.

—¡Basta ya, Christian! —Escuché a Lenny—. Es suficiente.

—¿Suficiente? ¿Te parece suficiente que le sea infiel a mi padre? Se acostó con otro hombre estando casada.

—¿Acaso no fue lo mismo que hice yo cuando te conocí? —le preguntó Lenny.

Agradecí a la vida que estaba sentada porque sentí un leve mareo. ¿Había escuchado bien? ¿Mi nuera había estado casada previamente y le había sido infiel a su marido con mi hijo? Me quedé callada con un torbellino manifestándose en mi cabeza.

—Lenny, quedamos en que nadie...

—No seas hipócrita, Christian —le espetó—. Vienes aquí a reclamarle a tu madre un comportamiento con el que estuviste de acuerdo. ¡Por favor! —bufó Lenny y levantó sus manos en un gesto de incredulidad—. Tu padre no es un monje y tu madre le ha aguantado todo. Estas tan obcecado por señalar a tu madre que no te das cuenta que todo fue planificado por tu padre, que lo único que le importa es el dinero. ¡Abre los ojos! No juzgues a Trébol por querer un momento de felicidad.

Amé a mi nuera más que nunca. Si las mujeres fuéramos más solidarias unas con otras, este mundo sería casi perfecto. No aplaudí para no dañar el momento. ¡Lenny era mi heroína!

Christian miró a su esposa con un gesto reflexivo, rompió las fotos, tiró al piso los trozos y salió dando un portazo. Me levanté para retenerlo, pero mi nuera me tomó por el brazo.

—Déjalo, Trébol. Necesita un tiempo para reflexionar.

Contemplé a Lenny recoger los pedazos desparramados por la oficina.

—Esto es basura —me dijo al levantar los fragmentos y los tiró al bote.

Gerry

Berenice tardaba demasiado. Cuando me disponía a abandonar la mesa del restaurante, vi a la odiosa vieja atravesar el restaurante. Se detuvo a saludar a un par de conocidos y eso me dio tiempo para ver su atuendo. Siempre utilizaba ropa de los mejores diseñadores y exhibía joyas costosas. Los Bradburry habían sido muy adinerados y a la doña le quedaban muchos millones todavía tras la muerte de su esposo, un magnate de la industria financiera. Pensando en esa enorme fortuna fue que me casé con Trébol y debo admitir que los Bradburry jugaron un papel fundamental en mi escalada en el mundo de Wall Street. Haberme casado con su hija me puso de inmediato en el mapa de los poderosos, pero hoy día ya no necesitaba de su prestigio ni de su dinero. Había logrado abrirme camino y ahora estaba en la cima.

—Buenas tardes —dije, aunque me costaba esfuerzo ser amable con la arpía.

La vieja no contestó. El camarero la ayudó a acomodarse y le colocó una servilleta en el regazo.

—Joven, ¿puede traerme agua? —dijo con sus finos ademanes—. Por favor, que sea embotellada.

El mesero fue a cumplir su orden.

—Gracias por aceptar mi invitación, Berenice. Como siempre, luces muy elegante.

—No te esfuerces tanto, Gerry. Lo único que lamento es tu pésimo gusto —contempló los alrededores—. La calidad de este restaurante es mínima.

Quise torcerle el cuello hasta que sus ojos se volvieran blancos.

—Si te cité aquí, suegra...

—Evitemos la hipocresía, Gerry, y dejemos de lado los títulos —se acomodó las gafas oscuras—. ¿Qué deseas?

—Primero, que tengamos un almuerzo armonioso.

—Yo creía que eras imbécil, pero acabo de confirmarlo. ¿No me escuchaste cuando dije que este lugar es de pésima calidad? No probaría ni el pan, pero si deseas comer basura, disfrutaré mucho verte.

Aspiré todo el aire que mis pulmones me permitieron. Necesitaba calmarme pues de esa reunión dependería la conservación de mi fortuna.

—Estoy preocupado por Trébol.

—Sigues intentando manipularme, Gerry. —Se quitó las gafas y me miró con odio—. ¿Tan preocupado estas que te fuiste con la mujerzuela con la que vives?

—Veronik no tiene la culpa de...

—No, ella es una idiota que abrirá los ojos demasiado tarde. Tan pronto te canses, la desecharás por una más joven. Los treinta duran poco. —Se arrellanó en la silla—. Oye, Gerry, siempre he tenido curiosidad.

—Dime.

—¿Tu afición por las mujeres se debe a que te gustan mucho o a que tu vida sexual es un desastre? Pienso que eso suele sucederles a los hombres que no tienen un buen desempeño sexual.

—Mis aventuras se deben a que tu hija es frígida. —No me quedaría con un insulto más de la vieja. La paciencia no era una de mis virtudes.

Ví que se apoyó de la mesa con sus manos y acercó su rostro rugoso lo más que pudo. Lo que le faltaba era la verruga en la nariz y el gato negro, porque estaba seguro que la escoba la había dejado en la entrada del restaurante.

—Si mi hija es fría en la cama es porque no sabes cómo complacerla. —Volvió a sentarse—. Se casó contigo sin ninguna experiencia sexual, por lo tanto, si es tan mala en la cama, eres el peor de los maestros.

Tuve que tragarme mi orgullo y reconocer que la astuta anciana tenía razón. Siempre había pensado que mi instrumento principal tenía dimensiones muy pequeñas. Sí, debo admitir que no estoy muy bien dotado y que eso no me permite un buen desempeño, por eso busco siempre aumentar mi lista de amantes lo más que puedo. Eso me hace levantar mi hombría, pero no iba a admitirlo frente a mi peor enemiga.

El camarero regresó con la botella de agua y una copa, le sirvió y luego se retiró.

Berenice miró su reloj de pulsera.

—Saqué quince minutos para esta reunión, ni un minuto más —dijo.

—Necesito que convenzas a Trébol de que desista sobre su determinación del cincuenta por ciento.

La vieja me lanzó una sonrisa socarrona. Si no fuera porque la conocía hacía casi treinta años, juraría que era la madre del Padrino. Sí, tenía pinta de mafiosa.

—No puedo hacer lo que me pides. —Absorbió un poco de agua—. Sería ir en contra de los derechos de mi hija. No lo creo justo.

—¿Y si te dijera que sé algo que la puede perjudicar?

Soltó una carcajada.

—Tú fuiste lo más que la perjudicó, Gerry. ¿Existe otra cosa?

Dejó el sobre con las fotos impresas sobre la mesa.

—Estoy dispuesto a revelar esta verdad —dije.

La vieja tomó el sobre y miro el contenido, sin expresión aparente. ¿Acaso no le importaba ver a su hija comportarse como una cualquiera en los brazos de un extraño con cara de payaso?

—En esta se ve muy relajada, ¿verdad? —dijo y me mostró la foto en donde Trébol descansaba con el torso desnudo.

Bufé en mi mente. Lo hacía para fastidiarme.

Había incluido fotos de Trébol frotándose contra Liam en el club, besándose en el puerto y las del catamarán. Las dos primeras gracias al trabajo de mis hombres. Eso en caso de que el inútil de Farrell hubiese fallado.

—¿No dices nada, Berenice? Tu hija me ha estado engañando con este hombre. Fue a Ibiza a acostarse con él.

Ver que el rostro de la vieja seguía sin inmutarse me llenó de rabia.

—Pues no puedo decirte nada porque fui yo quien le pidió que tuviera una aventura. —Casi se me cae la quijada con su confesión. Se me hacía absurdo que la vieja estuviera involucrada en esto —. Tú has tenido suficientes. Era hora de que ella también disfrutara. Además, no puedes reclamar nada, si no me falla la memoria, ¿no eres tú quien vive con su querida?

—Tu hija es una adúltera.

—¿Qué es lo más que te duele, Gerry? ¿Qué te haya sido infiel o que este hombre, que por cierto es extremadamente guapo (Lo miraba como si lo deseara), la haya sabido satisfacer más que tú? —Se miró las uñas en un gesto despreocupado—. Con razón cuando regresó la vi tan cambiada. Estaba radiante. Este hombre debe haberle descubierto cada punto de placer. Cosa que dudo que tú hayas hecho.

Eso me hizo pensar que tal vez el miserable de Farrell sí se había acostado con Trébol. Me llené de más ira y sentí que un intenso calor me quemaba el rostro. Era **MI** mujer hasta que nos divorciáramos. No podía acostarse con otro.

—¿Qué pretendes con esas estúpidas fotos? ¿Confirmarles a todos que eres un cornudo probado?

—Si Trébol se niega a renunciar a su parte de los bienes, se las mostraré a Kathie. Ya lo hice esta mañana con Christian. Sus hijos no le perdonarán su infidelidad.

—Eres tan miserable que me das lástima, Gerry. —Hizo un gesto de asco—. Tu ambición te arrastra a destruir a tu familia.

—Dile a Trébol que tiene veinticuatro horas para decidir, sino se las mostraré a todos nuestros conocidos. —Me levanté de la silla, pues ya no soportaba la mirada irónica de la vieja.

La suerte estaba echada y para conseguir lo que me había propuesto, llegaría a las últimas consecuencias.

Capítulo Dieciocho

Berenice

Se estarán preguntando cómo fui capaz de contenerme frente al infeliz de Gerry. Ni yo misma me explico cómo no le pateé el trasero. Esa lacra ponzoñosa no tenía vergüenza y por sus millones era capaz de mancillar su honor.

Arthur, mi chofer, me condujo de nuevo a *La Fregate*. Esta vez tenía que apereibir a Trébol sobre las intenciones de Gerry, de contarle la verdad a Kathie.

La encontré en su oficina con su rostro lloroso mientras Lenny la consolaba.

—Imagino que ya saben la última hazaña de Gerry —dije cuando entré—. Acaba de mostrarme las fotos.

Trébol no se atrevió a mirarme. Mi hija siempre ha sido un poco mojigata. Eso lo heredó de su padre, eso y su verdadero nombre, porque aún en contra de mi voluntad, la inscribió como Fiona. ¿A quién se le ocurría llamar a una niña tan hermosa de esa forma? Así que desde que tuvo uso de razón la bauticé como Trébol, pese a que Damián, mi difunto esposo, insistió.

—Mamá, perdo... —me iba a decir, pero la acallé con un ademán para que no se martirizara.

—Lo que me preocupa es que cumpla su amenaza de contarle a Kathie —dije—. Debes hablar con ese energúmeno e intentar llegar a un acuerdo.

—¡Lo odio! —dijo Trébol, furiosa. Su declaración fue como música clásica para mis oídos. ¡Por fin se daba cuenta la piraña que tenía por marido!

—Oye, hija. Ese hombre es guapísimo. ¿Dónde lo conociste?

Un nuevo sollozo de Trébol me dejó ver que era preferible no insistir en ese tema.

Lenny le sirvió un poco de agua y le entregó una pastilla. Supuse que era la que controlaba su presión arterial. Sí, ese es el problema con la gente que suprime el coraje, que tienen que beber pastillas para bajar la presión arterial, los triglicéridos, el colesterol y controlar el azúcar.

Por el contrario, en mi caso, digo lo que pienso sin que me importe. Grito cuando entiendo es necesario, me valgo del sarcasmo y si me ajoran mucho, también suelto un impropio de vez en cuando, aunque me tenga que confesar antes de misa. No, no soy de la filosofía de si te dan una cachetada en la mejilla, pon la otra. Todavía no había alcanzado ese nivel, pero no perdía la esperanza. Por ahora, como vivo rodeada de pirañas y alimañas, saco mi bastón para defenderme.

—Tienes que ir a ver a Gerry, Trébol. Como va la cosa, le enseñaré las fotos hasta el gobernador de la ciudad —insistí.

Lenny me miró. Esta chica me gustaba porque era la contraparte de mi nieto. Él, muy estirado, hombre de negocios, guapo y caballero; ella, salvaje, vampiresa y ecléctica. Sospechaba que tenían una vida sexual algo exótica, por eso siempre veía a Christian sonriente y feliz.

Gerry

Mi primer ataque no surtió efecto. Lo supe cuando Christian me llamó para decirme miserable y me pidió que no lo buscara nunca más. Aparentemente, acababa de reclamarle a su madre, pero Trébol, como siempre, con gran astucia, se lo echó en un bolsillo.

Por otro lado, la vieja arpía había tomado el asunto de forma liviana, así que eso tampoco había tenido resultado. La última en mi lista era Kathie, por eso me dirigí a su casa a las afueras de la ciudad. No entiendo por qué vive en un lugar tan apartado. Todo el camino fui maldiciendo. Con cada minuto que perdía en esa visita también perdía dinero, pero esta gestión requería de mi total atención si no quería que Trébol se saliera con la suya.

La casa de Kathie era algo insípida. Tenía un césped frontal de lo más cursi y un árbol de roble en estado decadente. No entendía por qué mi hija rechazaba mi ayuda. Obvio, el orgullo del alcornoque de su marido tenía todo que ver.

Mi chofer me dejó frente a la estructura. Caminé hasta la puerta en donde me recibió un perro que de inmediato puso sus asquerosas patas en mi traje de diez mil dólares. Lo espanté con mi bastón. Odiaba a esos sucios y apestosos animales.

Toqué el timbre varias veces hasta que el rostro de Lydia, la mujer que había sido nuestra ama de llave y niñera de nuestros hijos por varias décadas, apareció. Hizo una mueca de disgusto que yo contesté con mi típica sonrisa mordaz.

—Quiero hablar con Kathie —demandé.

—Espere aquí —dijo y me cerró la puerta en las narices. Todos estaban en mi contra. En esta historia Trébol era la buena y yo era el diablo, con cuernos y todo incluido. (Eviten los comentarios y las burlas).

¿De cuándo acá tenía que esperar como un cualquiera tras una puerta? Golpeé con mi bastón con insistencia hasta que el hermoso rostro de mi hija menor se asomó.

—Hola, cariño. —Traté de ser cariñoso.

—¿Qué quieres? —preguntó con tono seco, más bien árido.

—¿No invitas a papá a entrar a tu casa? —Sonreía con simpatía.

—No, no invito a papá a entrar a mi casa.

Cargaba a su pequeño hijo en brazos. Quise acariciar la cabecita de mi nieto, pero no me lo permitió.

—¿A qué has venido, Gerry?

«¿Cuándo dejé de ser el héroe de esta niña?», pensé.

—Necesito que hablemos de un asunto delicado, Kathie.

—¿Qué asunto?

—No puedo tratar el tema aquí. Es algo delicado, como te dije.

Al fin me permitió entrar, aunque se mostraba recelosa. En el interior contemplé todo con detenimiento. La casa era pequeña. Bueno, en comparación con mi nuevo apartamento de Manhattan que ocupaba cinco pisos, la casa era como una caja de cerillas. La decoración era infame y de mal gusto. El olor a algo dulce proveniente del honor de la cocina me confirmó que mi hija se había convertido en una ama de casa común.

Juro que quise convertirla en una dama de sociedad, casarla con un hombre poderoso de gran fortuna, pero Kathie se encaprichó con el desaborido de Anthony. Malditas clases de buceo. Fue allí

que coincidieron. Mi hija se encandiló con el tipo porque era místico aventura personificado. Cuando no estaba esquiando en Vermont, andaba de safari en África, y ella se convirtió en su acompañante incondicional. Obvio, todas esas acciones aplaudidas por su madre.

—Muy linda tu casa, Kathie. —¡Qué comentario más hipócrita! A veces me sorprendo por mi diplomacia.

—No mientas, por favor —dijo, y le entregó el niño a Lydia, quien desapareció por el pasillo para dejarnos a solas.

—Kathie, vine porque me preocupa mucho tu madre.

—¿Qué tiene mi madre? —Se alarmó.

—No, hija no es lo que estás pensando. Trébol está bien de salud. —Me dolían un poco las piernas, pero por nada del mundo me sentaría en aquellos muebles repletos de pelos de perro—. Hace unas semanas descubrí que me engaña.

Mi hija soltó una carcajada cargada de incredulidad y resopló.

—Te estás volviendo loco, Gerry. Mi madre no es como tú.

«*It's the show time!*», pensé. Abrí el chaleco de mi traje y extraje un sobre.

—Aquí están las pruebas. —Me faltaron las lágrimas.

Kathie observó las fotos con su rostro atónito. Las repasó una y otra vez. Me gustó el efecto que le causaron.

—Me ha estado engañando con este tipo, sabrá Dios desde cuándo.

—No sé qué decirte, Gerry. —Examinó al detalle la que exhibía a Trébol borracha bailando en el club—. Jamás había visto a mi madre de esta forma. Bueno... Imagino que ahora que te fuiste de la casa y están a punto de divorciarse, haya conocido a este hombre. Total, ustedes están separados.

—Kathie, tú madre jamás me había sido infiel.

Me sonrió, pero no me agradó su expresión. ¿Acaso ella sabía otras cosas que yo ignoraba?

—Por lo general las mujeres suelen ser muy discretas con este tipo de cosas, papá. —Le impartió una entonación de mofa a la palabra “papá”. No sé para qué me mostraste estas fotos.

—Tienes que hablar con tu madre y convencerla de que renuncie al cincuenta por ciento de la fortuna —dije, desesperado. Mi última oportunidad se me estaba esfumando.

Kathie negó con la cabeza.

—¿Cómo que no, Kathie? Sabes que he trabajado por ese dinero.

—Si no te hubieras casado con mi madre jamás lo hubieras logrado. Ella ha sido clave para alcanzar todo lo que tienes. No creas que no sé tu historia. —¡Oh, Dios! Era el fin—. Tu origen humilde. ¿No fue tu padre el mecánico del barrio donde te criaste? Estudiaste finanzas gracias a una beca estatal y conociste a mi abuelo, quien te dio trabajo en su empresa cuando te graduaste. Mi madre dice que eras muy guapo y como una idiota se enamoró de ti. Algo muy beneficioso. Todo salió como anillo al dedo. Pasaste de ser la Cenicienta del cuento, a la princesa del castillo. Fíjate papá, siempre he pensado que podrías escribir una autobiografía que se llame: “De los barrios bajos de Harlem al alto Manhattan”.

—¡Me estas faltando el respeto! —le grité, indignado.

—¡Te estoy diciendo la verdad! Respecto a las fotos, si fuera tú, las destruiría y aceptaría entregarle a mamá el cincuenta de todo con tal de que sea discreta. Imagínate, ¿qué pensaría el club

de magnates selectos al que perteneces si se enteran? Serías la comidilla de tus amigos, Gerry.

Se estaba burlando sin piedad. Me mantuve callado, le arrebaté las fotos con ira y salí de aquella cueva inmunda de inmediato. Tenía que buscar otra estrategia.

Y¡BINGO!... El horrible rostro de Farrell me vino a la mente.

Trébol

Hacía un rato que mi madre y mi nuera habían abandonado mi oficina. Ahora, podría analizar la situación con cabeza fría. En ese momento sonó mi móvil. Era una llamada de Kathie. Aspiré fuerte e intenté calmarme. No iba a rehuir de mi responsabilidad, por eso decidí contestar.

—Hola, Kathie.

—Mamá, ¿estás bien? —Su tono de angustia me conmovió.

—Sí.

—Gerry vino a verme para enseñarme unas fotos de tu viaje a Ibiza.

Guardé silencio a la vez que me masajeara el cuello.

—Perdóname, cariño. Fue un momento...

—Papá y tú están a punto de divorciarse. Además, aún eres joven. Creo que no está mal que conozcas a otras personas.

—Kathie, lo que pasa es que...

—No te llamé para reclamarte. Solo para alertarte. Creo que piensa enseñárselas a otras personas. Incluso a Christian.

—Ya se las mostró antes que a ti.

Kathie suspiró.

—Y el señor inmaculado, ¿cómo lo tomó? —preguntó, en referencia a su hermano.

—Mal —le dije con tristeza.

—Tranquila, madre. Yo hablaré con él —me dijo—. Dice Anthony que te sigue queriendo porque eres la mejor suegra que tiene.

—Soy la única —dije, sonriente—. Dile que también lo quiero. ¿Y Jonathan? —pregunté por mi nieto.

—¡Bello! Ayer se volteó —dijo, entusiasmada—. No lo podíamos creer.

—Ya mismo habrá que sacarle el carné de conducir —dije.

Esa conversación tan grata con mi hija despistó mi tristeza y la culpa tan grande que sentía. Sin embargo, no disipó mi rabia por la idiotez de Gerry.

Gerry

Trébol invadió mi oficina como un vendaval esa misma tarde. Tuve que interrumpir la reunión que sostenía con el grupo gerencial de mi empresa financiera cuando, a pesar de que mi secretaria intentó contenerla en la recepción, logró acceso a mi oficina.

—¿Qué demonios te pasa? —le dije. Ví cómo desparramó las fotos sobre mi escritorio y caminó

hacia mí para pegarme una ruda cachetada.

—¿Cómo pudiste, Gerry? —gritó, histérica.

—Eso debería preguntarte yo a ti —le reclamé a la vez que me acariciaba el rostro para disminuir el dolor—. ¿Cómo pudiste serme infiel, Fiona? —La llamé de esa forma, que tanto odiaba, para sacarla de quicio.

Se quedó en silencio. La culpa que reflejaba en su rostro me agradó. Sería más fácil convencerla.

—¿Por qué me mandaste a seguir?

Le sonreí. Todavía no sabía que todo se trató de una trampa.

—Porque siempre he sospechado que en esos viajes del club de menopáusicas lo que buscan son aventuras con otros hombres. Llevas veinticinco años en este juego, ¿verdad?

—Jamás te fui infiel en ninguno de esos viajes.

Se veía indignada.

—¿Y esta foto? —le pregunté sobre la imagen donde exhibía su torso desnudo y al idiota de Farrell durmiendo sobre su espalda. Me aliviaba saber que todo fue puro teatro—. ¡Dime! Atrévete a negar que te acostaste con este hombre. —Empezaba el momento de la actuación magistral del primer actor Gerry Rhys-Meyers. ¡Suban el telón!—. ¿Quién es este hombre? —le señalé a Liam—. ¿Es tu amante? ¿Llevas tiempo con él?

—No es mi amante.

—Mira como bailaban, Trébol. ¿Te acostaste con él?

Ese era el momento de confirmar que Farrell no había sido capaz de ponerle un dedo encima, pero para mi sorpresa, **MÍ** mujer (Vean que le di fuerza al posesivo mí) guardó silencio y me dio la espalda. Algo no andaba bien en todo esto.

—Fiona...

—Sí, me acosté con él.

Juro que se me cayó el mundo. Ningún hombre está preparado para escuchar algo tan extremo. Me derrumbé en mi butaca y me quedé en silencio acariciando mi mentón en un gesto reflexivo. El miserable de Liam Farrell había completado el acto. Le había puesto sus asquerosas manos encima a mi mujer, no solo sus manos, sino su maldita decadencia. ¡Mataría a ese canalla por traidor!

—Puedo perdonarte, Trébol —dije al rato, después que recapitulé sobre lo que estaba en juego. Podría manejar mi orgullo herido y mi dignidad ultrajada. Los más de cincuenta millones de dólares valían más que eso—. Una aventura en un viaje es algo sin mayor trascendencia. Quedará entre nosotros.

Su silencio no me gustó.

—Liam no es una aventura, Gerry. —Me desafió con la mirada—. Estamos enamorados.

Tuve que aflojarme la corbata y desabrocharme el primer botón de la camisa. El infeliz la había enloquecido. Lo mataría con mis propias manos hasta disfrutar cómo perdía su último aliento de vida. Entonces, decidí un cambio de estrategia que me permitiera herir a Trébol, desilusionarla, y de paso quitar del medio a Farrell para siempre.

—Quiero que escuches algo —le dije con tono sosegado—. Liam Farrell es un farsante. —Me miró sorprendida. Sabía que Trébol era fácilmente manipulable—. Ese hombre fue contratado por

mí.

Me agradó que su rostro resplandeciente ahora mostrara incredulidad y miedo.

—Farrell me debía mucho dinero y yo necesitaba esas fotos para convencerte de que renuncies a los bienes. —Me acomodé en mi butaca ejecutiva mientras disfrutaba ver cómo su envalentonamiento iba mermando—. Él accedió a viajar a Ibiza, fingir para conquistarte y tomar las fotos.

—¡Es mentira! —me gritó con sus ojos llenos de lágrimas y con sus puños cerrados—. Lo haces porque te duele en tu egoísmo que otro hombre se haya enamorado de mí.

Solté una carcajada socarrona.

—¡Por Dios, Trébol! Liam Farrell es un mujeriego empedernido. Se ha acostado con casi la mitad de las modelos de la ciudad. No sé cómo se acostó contigo, si al hombre le gustan las jovencitas. ¿Dijiste la verdad sobre eso de que se acostaron? —Solté otra carcajada nerviosa. Todavía aguardaba la esperanza de que Trébol hubiera mentido sobre el acto sexual con Farrell. Ella no era ese tipo de mujer que se entregaba en una aventura—. Creo que lo dijiste para fastidiarme.

Vi que se limpió el rostro y se acercó.

—Quiero saberlo todo —reclamó, agitada. Dio un manotazo en el escritorio, que me sobresaltó. Nunca la había visto tan encabritada, ni tan siquiera cuando abandoné el apartamento—. Hasta el más mínimo detalle de lo que planificaste junto a Liam.

Le dije toda la verdad y como soy tan maquiavélico (Imagínenme con cuernitos por malvado, NO por cornudo), le añadí algunos pedacitos para asegurarme de romperle el corazón y así sacar de circulación a Farrell.

Al final le entregué mi pañuelo de seda y me puse en cuclillas frente a ella, que ahora ocupaba mi butaca.

—Firma la renuncia de los bienes, Trébol, y nadie sabrá de este desliz. —Incluso permitió que le acariciara la mano con cariño.

(¡Ay sí!, ya sé lo que están pensando, pero a esta mujer la quiero, a mi manera, pero la quiero... Es la madre de mis hijos, pero no me gusta que se interponga entre el dinero y yo. La quiero, pero más quiero mi fortuna. Es mía, yo la he trabajado, me refiero a mi fortuna).

Me retiró la mano de forma repulsiva.

—Trébol, firma y no te hagas más daño. —Me levanté cuando ella también se incorporó.

—Quiero la mitad de la fortuna, Gerry. Más ahora, que acabo de confirmar lo vil que eres.

—Le mostraré las fotos a nuestros conocidos.

—Deberías pagar la página central del Times, a todo color, para que las publiques, Gerry. —A pesar de todo se estaba riendo—. Quedarás oficialmente como un cornudo. Multimillonario y cornudo.

Con perplejidad, la observé caminar hasta la puerta con un aire de dignidad que me sorprendió y desde allí me dijo:

—Gracias por pagar por los únicos y mejores orgasmos de mi vida.

Tiró la puerta. Me quedé allí, en medio de mi despacho, en el piso cincuenta y tres, en el pleno corazón financiero de Manhattan, sin saber reaccionar, sintiéndome más pequeño que una hormiga, y SÍ, con un par de cuernos, que me empezaban a pesar.

—**M**adre, te llamo para que no te preocupes —dije a través de mi móvil—. Esta noche me quedaré en el departamento de Silvia.

—¿Y cómo te cambiarás de ropa?

—Tranquila, acá tengo el resto de mis cosas en la maleta.

—¿Estás bien?

Guardé silencio.

—Es bueno que en este momento compartas con tus amigas. Nos vemos mañana.

Berenice era una madre muy comprensiva y sabia. Era cierto, después de tamaña desilusión, solo con la compañía de mis amigas me sentiría reconfortada. Estábamos frente a la computadora para integrar a Logan en el asunto.

—Ese Liam me daba mala espina —dijo Logan a través de Skype—. Trébol, te voy a confesar algo que no te va a gustar.

Cerré los ojos. De todo lo que descubrí ese día, ¿había algo peor?

—No le confieses que viste a Liam con dos mujeres. —Bromeó Helena—. Eso no, por favor.

—¡Cállate, Helena! —dijo Silvia—. Deja que Logan hable.

—Antes de que Liam dejara Ibiza fui a reclamarle y le pegué un buen bofetón. Eso pa' que respete. —Me gustaba su acento boricua y me sacó una carcajada.

—Es un descarado —dijo Silvia con sus finos ademanes—. No conforme con lo mal que se ha comportado, va hoy a tu oficina y te dice que te ha echado de menos. ¡Está loco!

—¿Y quién quita que sea cierto? —preguntó Helena—. Yo no lo dudaría. Los hombres son muy brutos.

—Menos Steven —dijimos todas a la vez en referencia el prometido de Helena y soltamos un suspiro para fastidiarla.

—Amigas, tengo que desconectarme. Hoy tengo el restaurante lleno —dijo Logan—, pero saben que las quiero mucho. Y tú, Trébol, fuerza amiga. Castígalo con el látigo del desprecio, como decimos en Puerto Rico. Las quiero.

Se cortó la comunicación y Silvia apagó la computadora. Yo me senté en el sofá con la boca hecha un puchero. Hubiese querido llorar, pero ya estaba harta de la situación e indignada con tantas mentiras, así que me contuve. Helena me entregó una copa de vino y se dejó caer a mi lado.

—Creo que tendrás que olvidarte de Liam, amiga.

—¿Olvidarse? —preguntó Silvia y se sentó en una butaca cercana con un tazón de café—. Que lo entierre bajo tierra. ¡Qué descaró! Nos engañó a todas.

—Va a ser difícil —admití con el hilito de voz que me quedaba—. No voy a negar que me gusta mucho y que no puedo dejar de pensar en él.

Helena resopló.

—Esto está más difícil de lo que creía. ¿Estás enamorada de Liam?

Me quedé en silencio por varios segundos y después contesté:

—Creo que sí.

Silvia soltó un suspiro de hastío.

—Al menos ahora lo odio. —Golpeé el cojín que reposaba en mi regazo—. Quisiera reclamarle.

—Sí, y de paso rebajarte —dijo Silvia—. Para nada, amiga. Esta situación tienes que tratarla con dignidad. Incluso evita encontrarte con él y en caso de que te busque, cosa que seguramente hará pues es hombre, intenta ser muy discreta con tus emociones.

—Pienso que deberías jugar con él —comentó Helena—. Como está tan loco y desquiciado por tener sexo contigo, llévalo hasta la cúspide y déjalo allí, que se resuelva solito.

De esta reunión saldría bipolar porque una me recomendaba dignidad e indiferencia y la otra que me comportara como una vampiresa y lo castigara. Tenía un espagueti mental.

Por lo menos antes de la medianoche ya me había quedado dormida gracias al vino y al cansancio de los días pasados. Tuve la fuerza de voluntad para no leer los cuarenta y tres mensajes de texto ni contestar las veintiséis llamadas del traidor.

El asunto fue que soñé con él, con sus caricias y sus besos. Estábamos en una playa en medio de la noche, amándonos. Maldito Liam Farrell ni en mis sueños me dejaba en paz.

Liam

Estuve insistiendo en que Trébol me contestara el teléfono o los mensajes durante todo el fin de semana. Su actitud me dejaba ver que la guerra de Armagedón se había desatado, y yo llevaría la peor parte. Buscaba estrategias de defensas que me ayudaran a reparar el desastre.

El lunes llegué a la oficina más temprano que mi propia secretaria y me puse al día, pues necesitaba estar libre justo a las diez. Tuve que atender una junta de emergencia con el departamento de ingeniería estructural. Reunión en que mi atención fue mínima debido a que mis pensamientos recurrían a Trébol más de lo que hubiese deseado mientras miraba el móvil con frecuencia. Lo prendí y lo apagué por si acaso, comprobé que recibiera llamadas y me aseguré de que tuviera la señal en su máxima potencia.

(¿A ustedes no les ha sucedido?) El amor vuelve a uno medio idiota. El gerente de operaciones de la empresa me miraba con curiosidad, pero al menos no cruzó la línea profesional y se mantuvo a raya. Tan pronto se acabó la inoportuna reunión, salí disparado para buscar a Trébol. Le exigiría una explicación del por qué no me había contestado en todo ese tiempo.

Para mi alivio, Meredith, la dependiente, me dijo que le avisaría de mi visita.

—Señor, Farrell, Trébol dice que no puede atenderlo, que vuelva en diez años. —La joven pecosa me hizo señas de que me acercara para indicarme algo en voz baja—. Hoy no es un buen día para que hable con ella. Está súper cabreada.

—Hazme un favor y dile que no me moveré hasta que salga y me atienda —dije, determinado a acampar allí si era necesario. Ese es el problema de las obsesiones, son extremas.

La joven volvió a la parte de atrás y regresó con una actitud de desgano que me advirtió que Trébol estaba atrincherada en la oficina.

—No quiere, señor Farrell.

Aspiré profundamente para calmar mi ansiedad.

—¡Trébol! —grité—. ¡Trébol! —Esa vez grité más fuerte—. Necesito que hablemos.

Hice un escándalo tal que no le quedó más remedio que asomarse. Estaba bella. Llevaba un vestido de color gris, que dejaba ver sus piernas y se le pegaba a sus pechos. Sí, me he vuelto un aficionado a esa parte de su anatomía. Las palabras que quería pronunciarle se me desvanecieron en la boca. Quería abrazarla y comérmela a besos. ¡La necesitaba!

—¿Por qué no contestas mis llamadas y mis textos? —reclamé con un tono necio, que me costó que me cruzara el rostro con dos cachetadas y un empujón.

—¡Miserable! —Trébol estaba como desquiciada y no dejaba de pegarme—. ¡Mentiroso! ¡Patán!

Me dijo otras palabras más hirientes, pero son impublicables. Nos quedaremos con estas. Intenté contenerla, pero la rabia la tenía tan ciega, que no había fuerza que la detuviera.

Sus tres empleados tuvieron que intervenir para que no me dejara allí, en medio de la entrada, mal herido.

—Hablemos, Trébol —dije—. No es lo que estás pensando.

¿Por qué todos los hombres decimos eso cuando somos descubierto en una pifia? (Amigos, eso está trillado. No funciona. Debemos cambiar el discursito barato).

De nuevo intenté tocarla, pero vi en su rostro que estaba a punto de escupirme. Bueno... eso creí, aunque también pienso que su ira era tanta que tal vez quería morderme. Juro que si las circunstancias hubiesen sido otras con gusto le habría permitido clavar sus colmillos en mi cuello.

—No tengo nada que hablar contigo, infeliz, y no quiero verte en lo que me resta de vida —gritó. Sus empleados intentaron llevársela, pero ella seguía con los insultos. Estaba iracunda—. ¡Ojalá y te mueras, canalla!

Hubo un momento que, por un leve descuido de sus empleados, logró zafarse y me alcanzó. Me pegó con sus puños cerrados en el pecho.

—¿Cómo pudiste, Liam Farrell? ¿Cómo pudiste? —Bramaba. Volvieron a contenerla y esta vez lograron llevársela.

Era tan ilógico lo que acababa de ocurrir que me quedé inmóvil unos segundos, intentando analizar la situación. Gerry le había contado su parte de la historia. Elemental, con todos los detalles a su favor. Me alisé un poco la camisa y me acomodé la corbata. Estaba todo perdido. Trébol me odiaba. Como siempre sucedía con las cosas que amaba, la había embarrado con mis mentiras y mi mala vida.

Salí del hotel, vencido.

Liam

En la tarde, a insistencia de mi hija, Sofía, y de mi segunda ex esposa, Cloé, fuimos a cenar a un nuevo restaurante. No soy amante de la comida japonesa, pero con tal de complacerlas, hice el sacrificio.

Me sentía como en una película de espionaje cuando los espías eran interrogados al ser descubierto. Tuve que repetir el mismo libreto de: “todo está bien”, “son ideas tuyas”, “no he estado más feliz en toda mi vida”, una y otra vez.

Me gustaba que Sofía y Cloé fueran amigas, pese a que Carla, mi primera esposa y madre de

Sofía, era enemiga número uno de mi segunda mujer. Cloé era una empresaria muy exitosa en el mundo editorial. Una mujer hermosa e inteligente de cincuenta y un años. La pobre había quedado viuda de su segundo marido recientemente y estaba en medio de ese episodio doloroso intentando recomponerse, pero era fuerte. Estaba seguro de que lo lograría. La observé hablar con mi hija con su característico entusiasmo y traté de recordar por qué habíamos terminado si ella era casi perfecta. «Sí, Liam, pero tú eras un inmaduro de lo peor», me dije. Era cierto, no supe valorarla. Al menos conservaba su valiosa y sincera amistad.

Ellas decidieron del menú por mí y comimos en silencio hasta que levanté la vista y vi entrar al diablo. El tipo caminó hasta donde estábamos y se detuvo a mi lado con su perfecta sonrisa.

—Liam Farrell... ¡Qué tiempo sin vernos! —dijo Gerry como si fuéramos grandes amigos.

Intenté disimular frente a las mujeres que mejor me conocían.

—Hola, Gerry —carraspeé un poco—. Aquí cenando con mi hija y una de mis mejores amigas.

El diablo les dio la mano.

—¿Me puedes regalar cinco minutos, Farrell? —me preguntó.

—No podrá ser. Estoy cenando. Tal vez otro día.

—Tiene que ser ahora —me susurró al oído.

Tiré la servilleta sobre la mesa con ira y me levanté.

—Denme unos minutos. —Quise decirle a mi hija que si no regresaba en un tiempo prudente llamara la policía, pero prefería no asustarla.

Salí al exterior y caminé hacia la camioneta.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —le pregunté.

—El GPS de tu móvil es muy buen localizador. —Me abrió la puerta de la camioneta con falsa amabilidad—. Las cosas están complicadas para ti, Farrell.

Me mantuve en silencio cuando me encontré en el interior.

—Me mentiste y te acostaste con Trébol —Me agarró por el cuello para asfixiarme, pero esta vez me defendí. Intenté meter mis dedos en sus ojos y comenzamos a luchar en el reducido espacio.

Logré dominarlo después de un par de puñetazos, pero cuando lo tenía casi asfixiado uno de sus hombres abrió la puerta y de inmediato sentí el frío de la punta de su pistola sobre mi sien.

Lo solté con desprecio.

—Voy a matarte, Farrell. Como te vuelvas a acercar a Trébol, acabaré contigo —me gritó cegado por el odio. Vi que de la comisura de sus labios salía un hilito de sangre.

El gorila me sacó de la camioneta con un solo movimiento y me tiró en la acera como si fuera una bolsa de basura. Vi cómo la camioneta arrancó a toda velocidad y se perdía al final de la calle. Sofía y Cloé acudieron a rescatarme.

—Nada está bien, papá —dijo mi hija a la vez que me ayudaba a incorporarme—. Lo sabía.

Capítulo Diecinueve

Trébol

Al día siguiente era martes y antes de dirigirme al trabajo, me reuní con Silvia para acompañarla a su cita con el oncólogo. El médico le había practicado una serie de exámenes, debido a que en los últimos días no se había sentido bien. Me preocupaba que desde que regresamos del viaje se veía muy desmejorada.

En el interior del taxi que nos llevaría al Hospital Presbiteriano, Silvia no dejaba sostener mi mano con gran ansiedad. Estaba fría, y de reojo vi que le temblaba el labio inferior. Quise hacerme la fuerte, pero la verdad por dentro temblaba de terror también. Temía que el cáncer hubiese reaparecido, pero le mostré mi mejor sonrisa e intenté que estuviera en paz.

—Trébol, si vuelve el cáncer...

—No volverá. Estas sana —le palmeé el dorso de la mano para tranquilizarla—. Son exámenes de rutina, Silvia.

Después de esperar por casi dos horas para que el médico la atendiera, pasamos a su oficina. Un hombre vestido con una bata blanca y una media sonrisa, nos recibió.

—¿Qué queda usted de la paciente? —me preguntó tan pronto nos acomodamos en sendas butacas frente a su escritorio.

—Trébol es como mi hermana —intervino Silvia—. Puede decirme lo que sea frente a ella, doctor.

El médico se acomodó los espejuelos y leyó el expediente médico. Levantó su mirada y tan pronto vi su ceño fruncido, supe que lo que estaba a punto de revelar no era bueno.

—Señora Aldrich, el estudio reflejó que el cáncer ha reaparecido —dijo con voz serena.

Mi amiga me clavó las uñas en el brazo. Tuve la misma sensación de cuando estábamos por aterrizar la noche que volvimos a Nueva York en medio de la nevada.

—Esta vez los estudios indican que se ha propagado —continuó.

Ese diagnóstico llevaba una carga emocional y mental demasiado grande. Quise estallar en llanto y abrazar a Silvia, pero me contuve lo mejor que pude, aunque mis lágrimas me traicionaron.

—Ha afectado su hígado, sus pulmones y los huesos —indicó el hombre—. El pronóstico es muy reservado. Con un tratamiento agresivo de radioterapia y quimioterapia podríamos alargar su vida por aproximadamente seis meses.

—No voy a someterme a ningún tratamiento, doctor —dijo mi amiga con voz trémula. La observé, aturdida.

—Silvia... —le iba a decir para que reflexionara.

—Renuncio a todo tipo de tratamiento.

—Señora Aldrich, debería pensarlo mejor —intervino el galeno.

—No tengo nada que pensar. No me voy a someter de nuevo a la tortura de la quimio para que se me caiga el pelo y me den vómitos, ni tampoco me someteré a la radio para quemarme por dentro.

Eso ya lo hice una vez. ¡No más! —Estalló en llanto—. ¡Estoy cansada!

La abracé tan fuerte como pude. El médico me hizo señas de que saldría de la oficina para dejarnos solas. Nos quedamos allí abrazadas por un largo rato hasta que poco a poco se tranquilizó.

—Nadie que no haya pasado por este proceso sabe lo duro que es —dijo, aún refugiada en mis brazos.

Enjuagué sus lágrimas con un pañuelito desechable que tomé del escritorio del doctor. Imaginé que estaban allí porque este tipo de diagnóstico era muy común.

—Te apoyaré en lo que decidas, Silvia —le dije—. Y estaré contigo en todo momento.

Se sosegó un poco y soltó una risita irónica.

—La vida es sarcástica, ¿no crees, Trébol? Yo que siempre he vigilado todo lo que como, que soy tan estricta en tantas cosas, que quiero controlarlo todo, que tengo tanto dinero que a veces no sé qué hacer con él, y me moriré a los cincuenta y cuatro años sin poder evitarlo.

—No digas eso. Has sido una excelente madre, has trabajado incansablemente con fundaciones que necesitaban de ese dinero, has sido generosa y has sido la mejor amiga que nadie pueda tener. Eres una gran mujer, Silvia.

—Me voy a morir. No nos engañemos. Tú muy bien lo sabes.

¿Qué decir en un momento tan triste y amargo?

—Silvia, escúchame. —La miré a los ojos—. Lucharemos.

—Ya no quiero luchar, Trébol. —Chascó la lengua en un gesto de cansancio.

—Piensa en tu hijo...

—Ya es un hombre hecho y derecho. Tendrá que enfrentarlo.

Tocaron a la puerta y el doctor entró, esta vez con una tarjeta informativa en su mano. Se la extendió a Silvia.

—Es la información de un centro holístico que se especializa en personas con su condición, pero de manera natural —le indicó—. Creo que sería bueno que lo visitara. Puede ser una alternativa para paliar los síntomas, señora Aldrich.

—Gracias, doctor.

Cuando estas frente a una persona que amas y sabes que el cáncer te la quiere arrebatar y lleva ventaja, te sobrecoge un sentimiento tan frustrante y aplastador que te cuesta concentrarte en la realidad, porque lo que buscas en tu mente son las respuestas a todos esos por qué.

Liam

Los días pasaron rápido, demasiado rápido. Hacía una semana que cada tarde llegaba a los alrededores de *La Fregata* y me ocultaba en cualquier rincón para verla salir de su trabajo. (Sí, ya sé, soy patético, pero era la única manera de ahogar mi sed por ella).

Fue de esta manera que supe que se había teñido el cabello de un color más rojizo y que se lo había cortado un poco. Se veía tan bella, que en varias ocasiones estuve a punto de aparecerme en medio de la floristería, aunque lo que recibiera fuera su doloroso rechazo. ¿Hasta cuándo soportaría esta tortura?

Ese día era miércoles, cerca de las cinco de la tarde y esperaba a que saliera, escondido detrás

de unos árboles cercanos. (Esto es asecho, ¿verdad?)

Apareció del brazo de un hombre calvo, algo apuesto, ¿para qué negarlo? Le sonreía como solo ella sabe hacerlo. Cuando llegaron a un auto oscuro, el hombre le abrió la puerta y le acarició el pelo. En ese instante, Trébol, coqueta, demasiado coqueta para mi gusto, le tiró un beso, que el tipo fingió atrapar en el aire. ¿Quién era ese infeliz?

Unos incontrolables celos me dominaron. Quise salir de mi escondite y reclamarle: “Ey, tú, gordinflón. Esa mujer es mía”. Luego le propinaría un par de puñetazos, y con suerte llamarían a la policía y terminaría arrestado. «¡Brillante, Liam!», pensé con ironía.

Sin embargo, vi que el auto arrancaba y el hombre regresaba al interior del hotel. Fue en ese instante que decidí que lo arriesgaría todo. Si quería a esa mujer conmigo, era mejor apurar los pasos antes de que otro me la arrebatara.

Trébol

Esa noche, después de cenar con mi madre y ver juntas nuestra serie favorita, me fui a la cama. Una vez más, a dar vueltas hasta el amanecer con el pensamiento de Liam Farrell ardiendo en mi cabeza. Decidí husmear en el Facebook un rato para ver si me daba un poco de sueño.

En ese momento entró un nuevo mensaje a mi móvil. Me extrañó el remitente, pues hacía más de una semana que Liam había dejado de insistir.

Liam:

Hola ♥.

No sabes cuánto te he extrañado.

Tras de mentiroso y traidor, era un experto manipulador, tanto que me envió una foto suya tendido en su cama, con el torso desnudo, vistiendo un sexy y ajustado bóxer de seda negra. Se me hizo la boca agua cuando vi esa sonrisa tan sensual, sus atractivos ojos azules y sus hoyuelos. Me imaginé pasar mis manos por su pecho y luego...

No, no y no... Liam es un TRAIADOR.

Liam:

Me gustaría que estuvieras aquí

Trébol:

No quiero hablar contigo.

Liam:

No estamos hablando, nos estamos escribiendo.

Trébol:

Muy gracioso.

Liam:
Te extraño.
Quiero que hablemos.

Trébol:
No.

Liam:
Quiero que tengas mi parte de la historia.
No es justo que le des todo el crédito a Gerry.

Trébol:
No quiero escuchar la versión de un mentiroso.

Liam:
Ya escuchaste a un manipulador que te convenció.
Deja que te cuente cómo realmente sucedió todo y por qué.

Trébol:
No, Liam.

Liam:
Mañana a las diez de la mañana iré a la floristería.

Trébol:
No estaré.

Liam:
Te esperaré hasta que llegues.

Trébol:
Eres muy insistente.

Liam:
Me dicen Liam, el insistente.

Trébol:
En todo caso, Liam, el mentiroso.

Liam:

Quisiera que estuvieras aquí en mi cama.

Ni te imaginas lo que tengo en mente.

El hombre sabía dónde atacarme. Mi mente se fue tan lejos y tan rápido que terminé pensando en cosas inimaginables. Definitivo, Liam Farrell me había pervertido.

Trébol:

Buenas noches, Liam.

Ya me voy a dormir.

Liam:

Hasta mañana a las diez.

♥ ♥ ♥ ♥ ♥ ♥

Trébol:

Adiós.

No lo voy a negar, me emocionaba su insistencia y su ingenio para lograr que le diera mi atención. Me quedé como una tonta mirando el mensaje y su foto. ¿De dónde había salido ese irlandés que me estaba volviendo loca? Loca no, trastornada.

Acaricié su foto en la pantalla, la guardé entre mis archivos para recrearme a mi antojo y apagué el móvil. Otra noche más en que la sonrisa descarada de Liam se coló en mis sueños.

Liam

Como si se tratara de un ritual, al día siguiente muy temprano me preparé con mis mejores galas. Agradecía que el día anterior me hubiese recortado el cabello, ahora lucía acicalado y bello. (Sí, dije bello, ¿cuál es el problema?)

Reconfirmé que me hubiese puesto suficiente loción para después de afeitarse, pues quería que cuando Trébol me acariciara el rostro, después de perdonarme, lo sintiera como nalguita de bebé.

Perfumé todas mis partes esenciales, dientes limpios, ojos sin lagañas, aliento fresco, los mejores calzoncillos, zapatos lustrosos y traje planchado. Me acomodé la corbata para que quedara perfecta, me puse mi reloj de pulsera, volví a repasarme el cabello y las cejas, y me sonreí al espejo. Sí, era bello. Me tiré un beso.

Bueno... varios estudios señalan que uno tiene que amarse para mantener la autoestima alta, así que yo me adoraba. Imité unas cuantas posturas, levanté una de mis cejas, guiñé un ojo y me convencí de que Trébol no se iba a resistir a mis encantos.

—Listo para la batalla, Liam. —Lancé unos pasos de boxeo, tiré unos cuantos “upper” y “jab”, y alcé mis manos para que me entregaran el cinturón de campeón.

Hoy me arrastraría como las culebras, me humillaría ante ella, pero algo tenía que conseguir de esa mujer.

—Cerebro, ¿qué haremos hoy? —imité la voz de mis caricaturas favoritas—. Lo mismo de todos los días, Pinky. ¡Tratar de conquistar el mundo! ¿Y qué hará Liam? ¡Conquistará a Trébol!

Aplaudí. (Sí, estoy loco. ¿Acaso ustedes no hablan con ustedes mismos, se miran doscientas veces al espejo antes de salir, se tiran besos y se guiñan un ojo? ¿No? Pues deben comenzar a hacerlo para que mejore su salud mental).

Capítulo Veinte

Trébol

Tomé un taxi hasta *La Fregata* para evitar caminar desde la estación del tren hasta el hotel. Recordé todas las veces que Gerry insistió en que tuviera un chofer, pero me gustaba ser libre y en la ciudad de Nueva York la transportación era muy buena.

Esa mañana me había esmerado en mi arreglo personal, pese a que me sentía desilusionada de Liam. Sin embargo, si me iba a reunir con él, aunque fuera medio minuto, para mí era importante lucir bien. De esa manera trataba de justificar que me hubiese estrenado un vestido de Channel y que hubiese resaltado cada detalle en mi maquillaje. Me sentía hermosa y renovada, y cuando entré a la floristería uno de mis clientes me lo confirmó.

—Trébol, luces espectacular —me dijo Salomón Clark, un rico abogado, cliente asiduo, puesto que tenía la costumbre de enviarle un arreglo a su esposa todos los jueves.

—Gracias —le estreché su mano extendida.

—Si no estuviera casado, te pediría matrimonio.

Me dio mucha gracia la mueca en el rostro de Meredith, como queriendo decir: “Sí, Salomón, todos te creemos”. Después que me despedí de él, entré al taller donde sostuve una reunión informal con los empleados para finiquitar algunos detalles del trabajo que estaríamos realizando en el salón Luxury Royal con motivo de la gala benéfica al día siguiente. El evento requería de una coordinación precisa.

—Trébol, llegó el señor Farrell —me avisó Meredith.

Miré el reloj y vi que faltaban diez para las diez, así que me hice esperar. La verdad fue que me encerré en mi oficina a ensayar la indiferencia con la que lo pensaba tratar. Me repetía: “Tienes que ser fuerte. No besos en el cuello, no caricias en el pecho y mucho menos acercamientos de ningún tipo. Distancia, sobre todo, Trébol. Distancia”.

Sí, ¿pero cuántos kilómetros de distancia necesitaría para no rendirme?

Liam

Si había alguien que sabía cómo torturarme y reducirme, se llamaba Trébol. Tuve que esperarla por varios minutos, que se me hicieron interminables. Daba vueltas de un lado para otro en la parte frontal de la floristería. Para ese momento me había paseado entre las rosas, las gardenias y los lirios cala. Si esa mujer tardaba un minuto más era capaz de confeccionar un ramo con tal de distraer mi mente.

Muy tarde me percaté de que me observaba desde el mostrador. ¿Habría notado mi ansiedad? Le sonreí de forma natural, pero ella se limitó a darle unas cuantas indicaciones a Meredith. Tomó el abrigo del perchero y me dijo:

—Vamos.

—¿A dónde?

—Sígueme.

Su proceder me entusiasmaba. Parecía muy decidida. Me encandilé con el vaivén de sus caderas y pensé que en otras circunstancias le hubiese pegado en el trasero. Intenté calmar mis pensamientos lujuriosos.

Caminamos por el vestíbulo del hotel hacia los elevadores. No podía ser lo que pensaba. ¡Irábamos a una suite! Con suerte, Trébol me ataría a la cama con mi corbata y me castigaría por el resto del día. Mi suerte duró poco, pues apareció el gordinflón del día anterior con su enorme sonrisa y su cabeza calva. El tipo se acercó a ella, la abrazó por la cintura y le plantó un beso en la mejilla. Todo eso en mis narices.

—Hola, cariño. ¿Cómo estas hoy? —le preguntó, meloso—. Quise llamarte anoche, pero llegué muy tarde.

—No importa. En realidad, me acosté temprano.

No dejaba de abrazarla por la cintura y admirarla.

—¿Almorzamos? —preguntó mi competencia.

¿En mis narices? ¿La estaba invitando en MIS narices? «Sobre mi cadáver, viejo», pensé.

—Te aviso, Harry —le contestó Trébol.

¡Ah, claro!, era el abuelo de Harry Potter. Trébol se volteó a mirarme.

—Mira Harry, él es un amigo, Liam Farrell —al fin nos presentaba. Le estreché la mano con la intención de triturarle los dedos y de paso marcar MI territorio—. Liam, él es mi hermano mayor, Harry.

Soy un idiota. Sí, sí, lo soy. ¿Cómo no se me ocurrió? Era tarde para volverle a darle la mano como un hombre civilizado.

—Es el dueño de *La Fregata* —añadió Trébol.

—Tiene usted un excelente hotel —dije para suavizar mi comportamiento primitivo.

—Encantado, señor Farrell. —Entonces el tipo me miró y frunció el ceño—. ¡Oh, claro que nos conocemos! Eres el dueño de la firma de arquitectura Farrell.

Siempre que alguien me reconocía por mi trabajo brotaba de mí una increíble humildad. Sí, sobre todo humildad.

—Sí, ese soy yo.

—Me gustaría que vinieras a almorzar y de paso pudiéramos hablar —dijo Harry a la vez que me entregaba una de sus tarjetas de negocio—. Tengo en mente una remodelación ambiciosa para el hotel... ¿Y quién mejor que tu firma?

Trébol me dirigió una mirada de admiración y eso me llenó de gran optimismo. Si ese día conseguía un buen prospecto y el perdón de esa mujer, conquistaría el mundo.

—Perfecto. —Le extendí una de mis tarjetas—. Te llamó el lunes para la cita.

—Estupendo. —Esta vez el saludo fue cordial.

—Pasaré esta tarde por tu apartamento, Trébol —dijo Harry—. No he visto a mamá desde que regresé de viaje.

—Te espero.

Se dieron un beso de despedida y el hombre continuó su camino. Trébol llamó el elevador y tan pronto las puertas se abrieron, entramos.

—¿A dónde me llevas? —pregunté con mi voz seductora. Ella estaba muy cercana a la salida y yo recostado en el fondo.

—No es lo que estás pensando.

—Y según tú, ¿qué es lo que pienso?

—En sexo todo el tiempo.

Hice un movimiento rápido y arriesgado, y la empujé hasta una de las paredes del elevador.

—Solo cuando te tengo cerca. —Intenté mordisquearle el cuello, pero mostró una resistencia tenaz—. Trébol, te necesito.

—Solo te daré la oportunidad de que hablemos.

—Quiero todo.

—No te mereces nada.

Para acallarla, le comí la boca, pero de pronto se volvió fría, como si mis besos no le provocaran ninguna sensación.

—Trébol... —dije con mi frente contra la suya.

—Hablares, Liam. Esa es la oportunidad que puedo ofrecerte.

El ascensor llegó al último piso y de allí me condujo hacia la azotea por las escaleras. Juro que tuve malísimas intenciones en aquellas escaleras tan solitarias y oscuras, pero no quería presionarla. Tal como ella había dicho, hablaríamos primero.

El frío me golpeó de inmediato cuando salimos a la azotea, empero llevaba mi abrigo. La ayudé con el suyo.

—¿Por qué tenemos que hablar en este lugar? —le pregunté—. ¿Qué pretendes? ¿Qué muramos de frío? —le pregunté

Si la tenía a ella en mis brazos no moriría de frío, el problema era que mi “súpermingo” no funcionaría en una temperatura tan extrema. Ahora entendía, Trébol había escogido ese lugar para que no intentara nada más allá de una simple conversación.

—Aquí nadie nos interrumpirá.

El viento despeinaba su cabello y el frío le hacía tiritar los labios.

—Soy toda oídos, Farrell.

—Preferiría que fueras toda corazón, Trébol.

—¿Podrías comportarte como un adulto maduro?

Sonó a mi madre. La pobre siempre había querido corregirme las debilidades del carácter.

—Necesito que sepas que... —Me iba acercando despacio—. Si accedí a lo que Gerry me pidió fue porque le debía mucho dinero.

—¿Es cierto que tienes problemas con el juego? —preguntó, directa.

—Sí, pero desde que regresé del viaje estoy visitando un especialista. —Saqué del interior de mi traje la evidencia de mis visitas médicas—. No quiero volver a jugar. La primera semana de mi regreso lo intenté dos veces, pero ya no es lo mismo.

—Me alegra saber que buscaste ayuda, Liam. —Sonrió. ¡Yes! Punto a mi favor.

—En un principio le dije a Gerry que no. Era muy vergonzoso lo que me pedía, pero me

amenazó.

—¿Gerry hizo eso?

—Tu marido es muy peligroso y despiadado —le diría todo—. Yo estaba hospedándome en Atlantic City y él entró a mi habitación. Cuando me negué, le dio instrucciones a sus guardaespaldas para que me lanzaran del piso nueve.

Ver su rostro patidifuso y desencajado, me animó.

—No tuve otra alternativa que aceptar. —Me acerqué más y le tomé la mano—. Entonces, en Ibiza te vi de lejos cuando llegaste, pero no sabía que se trataba de la mujer de Gerry. Te encontré muy atractiva. Tus piernas me fascinaron y tus ojos. Luego descubrí que se trataba de la misma mujer. Te divisé en el club, y cuando bailamos y te pegaste a mi cuerpo, tu perfume, no pude Trébol. Me gustaste de inmediato, aunque me negué a creerlo. Fue tu marido quien ordenó a sus gorilas golpearme y me dio un plazo de veinticuatro horas para las fotos.

—¿Por qué no me lo dijiste? Pudimos haber buscado una solución.

Bufé.

—Tu marido me hubiera matado en las Baleares.

—Gerry no es capaz...

Le sonreí con ironía.

—Después de todo lo que ha hecho... Lo que te ha hecho, ¿lo dudas? —le pregunté y su silencio me confirmó que al menos comenzaba a reflexionar sobre el verdadero Gerry—. Trébol, necesito que me perdones, por favor.

—Gerry dijo que no te gustaban las viejas.

—No eres vieja.

—Me refiero a que te gustan las jovencitas, no las mujeres de mi edad.

—Hasta que te conocí pensé que esas chicas le impartían juventud a mi vida, pero tú me has hecho vivir de nuevo, Trébol.

—Liam, me siento muy confundida con todo lo que ha pasado. Me enfrento a un divorcio muy contencioso, en el que cualquier descuido de mi parte hará que Gerry gane. No puedo concentrarme en otra cosa.

—Quiero que estemos juntos, que salgamos a cenar, que hagamos el amor.

—No me estás entendiendo, Liam. No puedo. Lo que pides es imposible.

—¿No me has perdonado?

Me lanzó una mueca que pretendió intuyera como una sonrisa.

—Te perdono, Liam Farrell, pero no te quiero en mi vida.

¡Plop! No me desmayé para no mancillar mi hombría.

—Una cosa es el perdón y otra la confianza, y tú has demostrado que no eres un hombre confiable. —Hizo una pausa para observar la lontananza—. Gerry ha sido el peor hombre. —Bajó la mirada en un gesto triste—. Un manipulador, egoísta y ambicioso. Si terminara contigo —me miró a los ojos—, un hombre mujeriego, aventurero y mentiroso, le estaría gritando a mi propia vida que no he aprendido la lección. —Poco a poco soltó mi mano como le hizo Rose a Jack en Titanic. Me fui de rodillas al piso. (Lo dije, me arrastraría como las culebras)—. No, Liam, levántate.

Intentó ayudarme para que me incorporara, pero me abracé a sus piernas.

—Quiero que me perdones. —Le supliqué.

—Estas perdonado.

—Hagamos el amor, Trébol, por favor.

—No, Liam, esto no se reduce a sexo. Lo siento. Debo regresar.

En medio del cruel viento y del implacable frío, de rodillas y acabado, me abandonó sin piedad. Ahora sí todo estaba perdido, y allí mismo me di por vencido. No la buscaría más. Le diría adiós, aunque me costara.

Trébol

No pude regresar al trabajo, así que salí a encontrarme con Helena en su apartamento. Cuando llegué, me guio hasta su baño, en donde me esperaba una deliciosa bañera con agua caliente.

—Vengo, ya —me dijo—. Necesitas relajarte.

Me dejó a sola para que me desnudara y espero el tiempo oportuno para regresar con dos copas y una botella de vino, y para mi grata sorpresa, acompañada de Silvia. Son mis cómplices y con su compañía derramé las últimas lágrimas por Liam Farrell. Juré que no más.

Capítulo Veintiuno

Liam

Sofía, mi hija, me había pedido que la acompañara a una gala benéfica, así que ese viernes por la noche saqué fuerzas de donde no tenía y me vestí de etiqueta. Pasé a recogerla a las siete y media, y nos dirigimos al salón Luxury Royal.

Me encandilé mirándola. Se parecía mucho a su madre cuando joven, por eso la consideraba muy hermosa. Tenía una gran preocupación, que después de que culminara su carrera como neurocirujana, consiguiera un buen compañero de vida. Ella siempre me aseguraba que no tenía tiempo para eso. Por esa razón me había pedido que la acompañara al evento, y yo, orgulloso padre, la llevaba del brazo. Era mi niña hermosa.

Al llegar nos encontramos con varios conocidos. Allí estaban los ricos y poderosos de la ciudad. Si digo la verdad, ese tipo de ambiente nunca me ha llamado la atención, pero son mis clientes y por mi negocio debía procurar mantener buenas relaciones.

Entonces, cuando entramos al salón la vi a lo lejos. Pensé que me estaba volviendo loco como resultado de mi obsesión por ella. Últimamente la veía en cualquier rincón, pero no, era ella, charlando de forma amena al lado del bufet con un tipo.

Mantuve el brazo de Sofía aferrado al mío. Me pavoneé entre los invitados con la intención de que me viera, hasta que al fin advirtió mi presencia. Le hice un chiste tonto a mi hija en el oído para provocar su risa y vi los ojos azules de Trébol clavarse en nosotros. Le lancé una sonrisita mordaz para sacarla de quicio.

Quería saber hasta dónde había dicho la verdad de que no me quería en su vida.

Trébol

Allí estaba el más mentiroso de todos, del brazo de una chiquilla que podría ser su hija. «¿No le da vergüenza ser un viejo verde?», pensé. Desvié mi vista para prestarle toda mi atención a George, un viejo compañero de la escuela. Me desviví en atenciones con el hombre con el único propósito de que Liam se diera cuenta.

—Trébol, ¿me disculpas? —dijo George—. Debo saludar a unos amigos.

Tras su partida, fingí que miraba la oferta del bufet, pero en realidad no le apartaba la mirada de reojo a Liam y a su acompañante. Soltaba carcajadas sonoras, hacía anécdotas con el grupo de conocidos y la jovencita le aplaudía todos sus estúpidos chistecitos. Me cansé de torturarme y me entregué a uno de mis grandes placeres, la comida. Continué husmeando, buscando lo menos calorías que tenía, pero me llené el plato con cosas deliciosas, que al final me harían engordar.

—Todo se ve delicioso. —Tras de mí estaba el hombre de voz atronadora.

Su colonia impregnó el espacio. Intenté mantener mis nervios bajo control, pero por dentro

temblaba. ¡Qué difícil era fingir indiferencia!

—Sí, el bufé tiene una buena variedad —dije.

—No sabías que eras invitada a esta gala.

—La presidenta de la fundación organizadora es una buena amiga.

—Yo vine porque hoy homenajean a mi acompañante —dijo.

—¿La joven?

—Sí, es hermosa, ¿no crees?

—Sí. —Quise morderme la lengua para no ir más allá con un comentario que me delatara, pero no pude—. Puede ser tu hija. ¿No te da vergüenza?

No, Liam Farrell, no conocía esa palabra. Lo supe cuando vi su rostro relajado con una sonrisa de orgullo. ¿Cómo pude estar tan ciega en Ibiza para hacerme una imagen de él tan distinta?

—Ahí viene tu acompañante —me dijo con tono seco. Para ese momento su sonrisa había desaparecido.

George se acercó sonriente y le estrechó la mano.

—Buenas noches. George Adams, mucho gusto.

—Liam Farrell. Encantado.

Liam no lo perdió de vista. Me pareció advertir una actitud amenazante de su parte.

—Regresaré a la mesa —anuncié y George posó su mano en mi cintura para acompañarme.

—Encantado —dijo Liam y se quedó en el bufé.

Cuando llegamos a la mesa George me comentó al oído:

—No puede disimular que está loco por ti.

—¿Qué dices?

—Me apretó la mano como si quisiera triturarme los dedos. Eso lo hacen los hombres para marcar territorio. Lo sé, aunque soy gay.

Sonreí. Siempre me había parecido que George era un tipo encantador. Con los años no había dejado su simpatía y sencillez, a pesar de que en ese momento ocupaba el puesto de Secretario de Salud del estado.

—Son ideas tuyas, Georges.

—Es guapísimo, Trébol. Eres muy afortunada.

Helena, que también estaba como invitada en la gala, regresó a la mesa con su adorado amor, el ordinario multimillonario, Steven.

—Liam Farrell está aquí —me dijo mi amiga, indignada—. Anda con una jovencita.

—Sí, lo vi.

Comimos en silencio hasta que comenzaron los mensajes de la ocasión. Todavía me carcomía que Liam anduviera con una chica tan joven y hermosa. Se veían tan compenetrados, que me resultaba doloroso darme cuenta de su engaño.

Después de algunos saludos demasiado largos, el moderador anunció el mensaje de la noche.

—Este año la fundación dedica este evento a una joven estudiante que se ha destacado en sus estudios y que en aproximadamente seis meses culmina su carrera como neurocirujana. Es un gran honor dejar con ustedes a Sofía Farrell.

Escuchar ese apellido y ver a la joven desplazarse por las mesas del brazo de Liam fue como

una cachetada. No quise mirarlo, pero al final no pude evitarlo. Sí, definitivamente, inferí que era su hija. La escoltó hasta el podio y la chica inició su mensaje con una gracia digna de una Farrell. Él la esperó al pie de la tarima mientras la contemplaba con admiración.

—Buenas noches a todos. Para mí es un honor participar de este evento y quiero dedicar este logro a mi amado padre, Liam Farrell. —Sentí que me hundía en mi asiento de la vergüenza. ¿Por qué la tierra no se abría y me tragaba de una buena vez?

Liam me miró a distancia como diciendo: “¿Por qué no confías en mí?”

—Es su hija, Trébol —me mencionó Helena al oído.

Liam

La orquesta comenzó a tocar y después de bailar un par de piezas con Sofía, le pedí que me disculpara. Había visto pasar a Trébol hacia la salida. La encontré en el vestíbulo del salón hablando a través de su móvil.

—Está bien, mamá —decía—. Gracias por avisar. Qué la pases bien.

Colgó la llamada y se tropezó conmigo.

—Últimamente nos encontramos en todas partes. —Soltó una risita nerviosa.

—Yo quisiera que nos encontráramos en otro lugar —dije con un tono insinuador que la puso muy ansiosa.

Es terrible cuando te gastas un juramento a ti mismo. Me había prometido que no la buscaría más, pero era inútil. De improviso, la tomé de la mano y la llevé casi a rastras a los jardines posteriores del edificio. Aquella construcción me la conocía como la palma de mi mano, pues la había diseñado.

—¿A dónde me llevas?

—A enseñarte una nueva especie de flor —dije.

—Liam, ¿estás loco?

—¿Todavía lo preguntas?

Cuando llegamos a la parte más apartada y oscura, no le di tregua y la comencé a besar. Esta vez su resistencia fue menos extrema y pasó sus brazos alrededor de mi cuello para aferrarse a mí.

—Mira cómo estoy. —Tomé su mano y sin ningún pudor la paseé por mi dureza—. Libérame de esto, por favor.

—Liam... —su voz apagada me dejó saber que su necesidad era igual a la mía—. Aquí no podemos.

¿Por qué será que los lugares peligrosos nos ponen más locos? Comencé a subirle el vestido.

—Siento mucho que pierdas tus bragas, Trébol, pero no puedo esperar. —Halé con fuerza y cuando sentí que se rompían, solté un grito triunfante, y luego las guardé en mi bolsillo.

—Liam, alguien puede venir.

—Nadie viene a esta hora por aquí. Relájate, cariño. Los dos lo deseamos.

Me detuve cuando escuché a alguien carraspear a mis espaldas y rogué que no fuera Sofía. Volteé mi cabeza despacio hasta que me encontré con la cara regordeta del guardia de seguridad. Mi instinto de preservación me hizo cubrir a Trébol con mi enorme cuerpo pues uno de sus pechos

estaba al descubierto.

—No pueden estar aquí —dijo el joven, quien con mucho interés hacía malabares para mirar.

—Danos unos minutos, por favor —le dije. Necesitaba ayudar a Trébol. El guardia se fue, sin apartar su mirada, hasta que se perdió por el pasillo. Quise sacarle el dedo del medio por voyerista.

—Te dije que no era buena idea. —Trébol alisó su cabello después de cubrir su pecho—. No puedo regresar ahí adentro sin mis bragas.

—Están rota —le dije.

—Dámelas para botarlas.

—Son mi regalo de Navidad atrasado.

—Eres un cochino, Liam.

—Las mujeres nunca entenderán la psiquis de los hombres.

—¿Qué harás con ellas?

—¿Realmente quieres que te diga que haré con ellas? —asintió—. Las apostaré entre mis amigos. —Me dio un manotazo en el hombro—. Somos parte del club de las pantaletas.

—¡Liam Farrell! —gritó y volví a abrazarla.

—Será excitante saber que te paseas por el salón sin tus bragas.

—¡Necio!

Caminamos tomados de la mano hasta el final del pasillo, pero antes de entrar, lancé mi última carta.

—Necesitamos terminar lo que comenzamos —dije.

—Ya recuperé la cordura.

—Te espero hoy en el Roosevelt, habitación 507, a la medianoche, sino llegas, renunciaré a ti para siempre. Y esta vez voy en serio, Trébol. —Le di un ligero beso en los labios y caminé al interior del salón para reencontrarme con mi hija.

Capítulo Veintidós

Trébol

Los nervios me estaban traicionando de tan solo pensar hacia dónde me dirigía. Acababa de abandonar la gala como la Cenicienta. Iban a ser las once y media de la noche y si no llegaba a la habitación 507 antes de las doce, mi príncipe “Voz Atronadora” buscaría a otra para ponerle la zapatilla de cristal.

Me vi tentada a ajorar al taxista, que para ese momento parecía un vulgar turista por toda la 57. Tal vez hubiera sido preferible alquilar una calesa. «Cálmate, Trébol. Estas muy desesperada», me dije.

El taxista me dejó frente al hotel. Subí, pese a que los nervios me abrumaban. A esa hora no había un solo hueso que no me temblara. Cuando el ascensor llegó al quinto piso comencé a arrepentirme. Liam no se merecía ninguna oportunidad, pero ansiaba estar con él, aún por encima de mi orgullo.

Toqué a la puerta y el hombre más apuesto del mundo me recibió con una sonrisa. Sabía dónde atacarme, pues llevaba el mismo bóxer de satín negro que tanto me había gustado. No me dio tregua y comenzó a besarme como un desquiciado. De lo poco que pude ver en nuestra caminata hacia la cama, divisé varias velas encendidas en puntos claves y un lecho repleto de pétalos de rosas.

Era emocionante saber que el hombre se había tomado toda esa molestia para sorprenderme.

—La habitación está hermosa.

—No más que tú, Trébol.

Me besaba con hambre, con un profundo desespero que me hacía alucinar. Hicimos el amor, pero esta vez fuimos despacio, reconociendo cada punto de nuestros cuerpos. Debo admitir que hubo cosas nuevas y sorprendentes que me ligaron más a este hombre.

Luego, dormimos abrazados. Por la mañana me desperté por los sonoros ronquidos de Liam, parecía que un oso había invadido la habitación. Me mantuve a su lado contemplándolo. Se veía tan relajado que no pude evitar pasar mi mano por su pecho. Un frío temor me recorrió cuando pensé que me estaba enamorando de ese hombre. No quería sufrir, pero con Liam no estaba segura de que todo fuera miel y rosas. Todavía no podía confiar totalmente en él.

Mi móvil vibró sobre la mesa de noche un par de veces. Estiré la mano y me extrañó que fuera una llamada de mi hijo, Christian, a esa hora. ¿Le habría ocurrido algo a Alexander?

—Cariño... —escuchar su llanto me puso en alerta.

—Papá tuvo un accidente de auto y está muy grave. El médico dice que no asegura que sobreviva.

Por unos segundos se me nubló la mente, pero intenté mantener la calma.

—¿En qué hospital está?

—En el Jefferson.

—Tranquilo, Christian. Voy para allá.

Me levanté de inmediato para buscar mi vestido. Tendría que pasar antes por mi apartamento para cambiarme, pues la noche anterior el príncipe “Voz Atronadora” me había dejado sin bragas.

—Cariño, ¿qué haces? —me preguntó Liam desde la cama con voz ronca por el adormecimiento—. Vuelve a la cama.

—Mi hijo, Christian, acaba de llamarme. Gerry tuvo un accidente y está grave.

Liam se sentó en la cama y se pasó la mano por su rostro.

—Espera, te acompaño —dijo.

—No, ¿cómo se te ocurre que llegemos juntos al hospital? Allí está mi familia.

—Es una excelente oportunidad para que sepan que tienes una nueva relación.

Entré en el baño para asearme.

—¿Estás loco? —Liam fue tras de mí para tomar una ducha juntos—. Aún soy una mujer casada.

Me miró con su rostro hosco.

—Eso debiste pensarlo anoche, antes de venir hasta aquí.

En un principio me quedé petrificada, pero después de procesar lo que había dicho, lo enfrenté.

—Sí, tienes razón, Liam. Soy una adúltera que se revuelca con un tipo común en una habitación de hotel.

—No quise decir eso, Trébol. ¡Entiéndeme! Corres al lado de Gerry después de todo lo que te ha hecho.

—Mi hijo me necesita.

—¡Ya no eres su esposa!

Le dirigí una mirada sarcástica.

—Mi lugar es con mi familia, Liam.

Intentó retenerme cuando finalicé de vestirme, pero fui más rápida que él. Tomé mi bolso y salí de la habitación.

—¡Trébol! —Oí que gritó desde la puerta, pero corrí por el pasillo hasta el ascensor y desaparecí.

Liam

Volví a la ducha para reclamarme por mi estupidez. Hablaron los celos y esta vez llegué demasiado lejos. La había tratado como una cualquiera cuando ella no se lo merecía. Todo el tiempo utilicé mis estrategias de seducción para que viniera hasta aquí. Entonces, ¿qué derecho tenía de reclamarle lo que yo también tanto deseaba?

Me molestaba su actitud ante la gravedad del accidente. No entendía cómo podía importarle un hombre que puso en jaque su dignidad de mujer, tanto como para correr como una loca e ir a su lado. No lo entendía. (¡Y ustedes no me juzguen porque la amo demasiado y no la quiero compartir con ese tipejo!).

Salí de la ducha e intenté comunicarme a su móvil, pero después de tres intentos fallidos, me di cuenta de que era inútil, por eso opté por enviarle un mensaje de texto.

Liam:

Lo siento. Soy un imbécil.

Te amo demasiado como para pensar eso de ti.

Espero que todo salga bien con Gerry.

Sabes que cuentas conmigo.

¡Besos!

No recibí respuesta. Pensé que era mejor darle su espacio y así lo hice, no volví a intentar comunicarme durante el resto del día.

Trébol

Abracé a mi hijo tan pronto lo encontré en el pasillo de la clínica. Acababa de ir a mi apartamento para cambiarme y, aunque vi las tres llamadas de Liam y un mensaje de texto muy emotivo, decidí no contestarle. Realmente estaba ofendida por la manera en que me había tratado.

Me convencí de que mi lugar en ese momento era con mi familia, apoyando a mis hijos.

—Cariño, todo va a estar bien. Papá es fuerte —le dije Christian.

—No sé.

—Ya mismo se levanta a dar órdenes y arreglarnos la vida. Ya sabes cómo es.

Después de consolarlo un rato, decidí entrar a la unidad de cuidados intensivos. Antes de acercarme, las enfermeras me indicaron que tenía que llevar bata, guantes y mascarillas para proteger a Gerry. En ese momento entendí que su estado era más grave de lo que supuse.

—Está conectado a un respirador artificial y tiene golpes contundentes —me advirtió la enfermera.

Respiré hondo y traté de pensar que nada de lo que viera allí adentro me descompondría, pero uno nunca se termina de preparar para ver a un pariente en las condiciones en que quedó Gerry.

Yacía sobre una cama conectado a varios aparatos. Observé los monitores con atención y me le acerqué despacio. Tenía la cabeza vendada, el labio inferior mostraba un enorme cardenal, al igual que el pecho. Al parecer el cinturón de seguridad le había dejado un hematoma en el cuello. En realidad, se veía muy mal.

¡Cómo había amado aquel hombre al que ahora me parecía tan ajeno! ¿En qué momento el poder y el dinero lo echaron a perder?

Recordé que nuestros primeros años de casados fueron como si viviéramos un idilio. Gerry siempre fue ambicioso, pero cuando cumplió los cuarenta años entró en una carrera desenfrenada por destacarse como el mejor. Eso lo llevó a abandonar a la familia y a meterse de lleno en su trabajo. Su empresa le dejó tanto dinero que se sintió dueño del mundo. Comenzó a coleccionar casas, autos, restaurantes, otros negocios, bellas mujeres, y me fue abandonando. Y allí, reposando en esa cama, estaba el resultado de una vida sin control.

Puse mi mano en su pecho. Necesitaba tocarlo y de paso dejarle saber que estaba allí, en solidaridad por su situación. Me le acerqué para besarle la mano con cariño. Gerry no era mi enemigo, mis enemigos eran su avaricia y ambición.

Al rato escuché gritos provenientes del pasillo y salí de inmediato para ver qué pasaba.

Encontré a Veronik, la querida de Gerry, en medio de exigencias históricas para que la dejaran entrar. Las enfermeras intentaban explicarle mientras Christian buscaba contenerla, pero la mujer demandaba y gritaba como una niña en medio de un berrinche. Todo un espectáculo en medio de la sala de espera.

—Veronik, debes calmarte —le dije con voz sosegada.

—¡Déjame! ¡Si él muere no sé qué será de mi vida!

Demasiado melodrama para una mujer que llevaba menos de un año de conocerlo. No era que dudara de su amor, pero Gerry no era el típico hombre que uno pudiera amar fácilmente, y como ya he mencionado, no era el mejor amante. ¿Qué le había visto una mujer de treinta años a un hombre de sesenta y dos? Imaginé que la billetera.

Christian daba vueltas para calmar la ira que lo consumía. Verlo así me dio mucha tristeza. Admiraba el autocontrol de mi hijo, pues fue él uno de los más afectados cuando su padre dejó nuestro apartamento para irse tras Veronik.

En ese momento apareció el médico con un expediente en la mano.

—¿Se encuentra entre ustedes la esposa del señor Rhys-Meyers?

—Sí —dijimos Veronik y yo a la vez.

El médico nos miró sin entender.

—Esposa, legalmente —precisó.

—Soy yo, doctor —dije.

Veronik hizo un puchero y se dejó caer en una butaca cercana, con fastidio.

—Necesito que hablemos, señora Rhys-Meyers —dijo el galeno.

Caminamos por el pasillo para apartarnos del resto.

—El señor Rhys-Meyers se encuentra en una situación muy delicada. Los exámenes arrojaron que debido a los golpes en su cabeza tiene un sangrado craneal y hay que operarlo de inmediato, pero hay un gran riesgo de que muera durante la cirugía o que quede con daño cerebral. Esas lesiones pueden afectar su capacidad del habla y de movimiento.

Sentí gran dolor. No deseaba que algo así le sucediera a Gerry, a pesar de todo el daño que me había hecho. Intenté pensar como él, ser práctica con la decisión.

—¿Qué recomienda usted, doctor? —le pregunté.

—Es preferible operar para detener la hemorragia.

—¿Y cuándo será la operación?

—De inmediato. El neurocirujano está esperando que lo llamemos para presentarse.

Bajé la mirada. Aún no estaba completamente convencida de mi decisión.

—Señora...

—Está bien, doctor. Opérela.

Después de firmar algunos documentos con mis manos trémulas y el llanto ahogado en mi garganta, vi que el médico se dirigió a cuidados intensivos y regresé a la sala de espera arrastrando mis pasos, así como arrastraba mi tristeza.

Esta vez Christian y Veronik se enfrentaban en una tremenda discusión.

—Lo que no puedes soportar es que tu padre me haya preferido a mí y no a tu madre —decía la mujer con actitud desafiante.

—Mire señora, respétese un poquito —le dijo Christian.

Vi a mi hijo abandonar la sala.

—Te aconsejo que dejes el escándalo, Veronik —le dije sin casi abrir la boca. Ya me tenía harta con su actitud.

—Tú quieres verlo muerto —me espetó con profundo odio—. Te conviene que muera para quedarte con todo.

—Hay cosas que no voy a explicarte —le dije y me le acerqué con actitud retadora—. Primero porque no las entenderías y segundo porque con ese hombre tuve una vida. Deberías agradecer que todavía, por encima de todo, te dejo estar a su lado. —Buscaba intimidarla—. Si me fastidias mucho, pediré que no te permitan verlo. —Un aire soberbio me poseyó, cosa muy rara en mí—. Recuerda siempre nuestros roles, tú eres la amante y yo la esposa. Que no se te olvide nunca que la señora Rhys-Meyers, soy yo.

Salí para contener mi furia. No eran celos, era un asunto de dignidad, de veintiocho años que no se borran de un plumazo.

Liam

Pasé a recoger a mi hija, Sofía, al mediodía. Había olvidado que ese sábado tenía un compromiso de visitar a mi madre y permanecer en su casa el fin de semana. Era lo mejor que podía hacer en ese momento, pues sentía que el ambiente me ahogaba y necesitaba salir de la ciudad de inmediato. Me costaba pensar que Trébol estaba a pocos bloques de mí, mientras yo me consumía en mi propia miseria, por bruto.

Volví a insistir a su móvil. Le rogué que me llamara, pero al ver su actitud, desistí. A esas alturas sentía que Trébol jugaba con mis controles y que ya estaba bastante grandecito para andar de Romeo detrás de su trasero.

—Papá, quiero preguntarte algo —me dijo Sofía cuando alcanzamos la 95, en ruta hacia New Heaven.

Bajé el radio del auto para escucharla.

—¿Por qué ese hombre fue al restaurante el otro día y te pegó?

Suspiré para ganar tiempo y encontrar una respuesta adecuada, pero a último momento pensé que lo mejor era decirle toda la verdad. Después de todo Sofía tenía plena confianza en mí y yo debía aprender a confiar en ella.

—Mira, Sofía, hace aproximadamente un mes que ese tipo me pidió un favor un poco descabellado, pero no me pude negar porque le debía mucho dinero.

Me miró confundida. Ya comenzaba a arrepentirme por mi ataque de sinceridad.

—¿Y por qué le debías dinero?

—La verdad es que he tenido problemas con las apuestas —dije con cierta amargura.

La mirada de mi hija se fue transformando.

—¡Papá,...

—Ya busqué ayuda y me estoy tratando con un especialista. Desde que estoy visitando su consulta me he alejado de los casinos y he aprendido a calmar la ansiedad. —Continuaban las

mentiras. Para nada se había acabado la ansiedad. Ahora el objeto de mi estrés era otro—. Él me pidió que sedujera a su esposa.

—¿Qué? —sacó un grito que por poco me explota el tímpano derecho—. ¿Sedujiste a su mujer?

Asentí, pero esta vez fijé mi vista en la carretera. No quería ver el rostro desencajado y avergonzado de mi hija. Hubo un largo silencio. «Para, Liam. Tu hija no comprenderá», me dijo esa vocecita que llamamos consciencia.

—Me enamoré de esa mujer.

A ese ritmo Sofía terminaría ingresada en un hospital psiquiátrico. Demasiada información para digerirla en tan poco tiempo. La pobre estaba petrificada en su asiento con la mirada lejana. De vez en cuando se alisaba el cabello y jugaba con el cinturón de seguridad. —Si ese hombre planificó todo, ¿por qué entonces te reclama?

—Porque no pensó que su mujer y yo nos enamoraríamos. —Tragué hondo—. Pero lo de Trébol y yo no funcionará.

Sofía se volteó a mirarme de nuevo, esta vez con una expresión de asombro y furia.

—¿Por qué piensas eso?

—Ella no quiere perdonarme por lo que hice.

—¿Qué hiciste, papá? —el tono de mi hija esta vez fue como si estuviera cansada de mis metidas de pata. ¿Por qué será? Crea fama y acuéstate a dormir.

—Le tomé unas fotos comprometedoras. Ese fue el acuerdo con el marido para que me perdonara la deuda. Se están divorciando y él quiere tener esas pruebas para chantajearla y quedarse con todos los bienes.

Otro silencio aún más largo.

—No puedo creer que hicieras eso, papá. —Su tono incrédulo me partió el corazón. Los padres no estamos preparados para defraudar a nuestros hijos. Se supone que seamos su ejemplo, no su vergüenza.

—Estaba muy desesperado. El hombre había amenazado con matarme y ya ves lo peligroso que es.

—¿Por eso fuiste a Ibiza?

Asentí y me reacomodé en el asiento. Conducir dos horas en un expreso no era una faena que me hiciera saltar de alegría. Vaya, ¿por qué mi madre se había empeñado en vivir tan lejos?

Creo que Sofía dio por terminado el tema o decidió aplicarme un voto de silencio indefinido, pues durante el resto del viaje permaneció en un mutismo muy doloroso para mí.

Capítulo Veintitrés

Liam

—¡Oh, Liam! Te ves muy desmejorado.

Cuando tu madre te da ese saludo después de un mes sin verte es seguro que pareces un zombi como los de la serie *Walking Dead*. Y tenía razón, el asunto de Trébol me estaba consumiendo. Había perdido unos cuantos kilos, pero tampoco era para tanto. Seguía siendo bello. (No acepto comentarios).

Mi madre me miraba con espanto mientras me acariciaba el rostro con cariño. (Les diré algo, si soy un fanfarrón se lo debo a ella. Demasiadas veces me dijo que era un niño hermoso y que ninguna niña se resistiría a mis encantadores ojos azules, así que terminé por creerle, aunque no aprobaba mis cuatro divorcios y las otras relaciones realengas).

—Madre, en cambio tú te ves fabulosa —le dije y le besé la frente.

Carlota Farrell era una irlandesa pura. Con sus cabellos rojos y enortijados, y sus ojos azules como el cielo de mediodía. En sus años mozos fue una de las mujeres más hermosas de su pueblo y con su belleza logró conquistar a mi padre, un rabioso irlandés que ella domó, convirtiéndolo en un sumiso gatito. Todavía sus ochenta y tres años no habían opacado su carácter ni su fuerza interior.

Sofía la abrazó tan pronto se encontraron.

—¿Cómo te fue en la gala, niña? —le preguntó a mi hija.

—Muy bien, abuela. Recibí un reconocimiento del Secretario de Salud del estado.

—¡Cómo me hubiera gustado compartir ese momento! —dijo Carlota—. Estoy muy orgullosa de ti.

De inmediato nos dirigió al comedor de la casa. Nos esperaba la mesa servida y un rico olor a estofado y arroz. Tan pronto me senté, me colocó la servilleta de tela como un babero. Esa era su costumbre, así que la dejé ser feliz, aunque me sentía un poco ridículo.

Almorzamos en medio de una conversación muy amena. En todo ese tiempo Sofía no me dirigió la palabra, solo hablaba con su abuela, y al finalizar se excusó para acomodar su equipaje y descansar un rato.

A petición de mi madre fui con ella al balcón. La tarde estaba bastante fresca y se notaba que el invierno iba cediendo paso a la primavera. Nos sentamos en sendas butacas para mirar el panorama.

—¿Y Nelson se ha comunicado? —pregunté por mi hermano mayor.

—Estuvo la semana pasada por acá. Dice que el invierno en Boston fue pesado.

—La nevada por poco desaparece Nueva York.

—Fue terrible —Carlota encendió un cigarrillo.

Desde que tengo uso de razón suele fumar después de cada comida. Según ella, la nicotina la ayuda con la digestión. Me extendió la cajetilla, pero no caí en su trampa. Siempre hacía el gesto para ver si aceptaba. En mi adolescencia me aventuré a aceptar un cigarrillo de su parte y en vez del pitillo, me dio un tremendo bofetón. En aquella ocasión me dijo: “Jamás debes fumar”. Me confundía

su filosofía. Según ella, el cigarrillo era bueno para su digestión, pero para mí y para mi hermano, Nelson, era un diabólico veneno. El punto es que desde ese día no tuve deseos de fumar.

Recordé también que, como ferviente presbiteriana, nos exigió que jamás se lo contáramos al reverendo Shelby. Decía que, si eso llegaba a suceder, Papa Noel no visitaría nunca más nuestro estafalario apartamento en Queens.

—¿Mandaste a podar el árbol de Sauce? —comenté.

—Sí, se estaba apoderando de todo el jardín. Ya estaba ahogando mi rosal. —Inhaló el humo de su cigarrillo con fuerza—. Liam, ¿qué sucede contigo, hijo? Te conozco muy bien. No dejaste de mirar tu móvil en todo el almuerzo y te noté intranquilo. ¿Qué te traes?

No hay otra mujer que me mire de forma directa y me descifre como lo hace Carlota. A veces pensaba que tenía la vista tan aguda como la de un águila y que tenía la extraordinaria capacidad para penetrar hasta en lo más recóndito de mi mente. ¡No, no, no, ahí no! Había pensamientos perversos en esa parte oscura, pensamientos que me avergonzaría que mi madre supiera. Intenté poner mi mente en blanco por si las moscas.

—Tienes un lío de faldas... Bueno ahora pueden ser faldas o pantalones. —Soltó una sonrisita irónica—. Se trata de una mujer.

—¡Ay, mamá! Ideas tuyas.

—Eres muy buen mentiroso, pero a mamá no la puedes engañar, y lo sabes. —Sonrió—. ¿De qué se trata?

—Mucho trabajo en la empresa.

Mi madre bufó.

—Liam, se te olvida que la última vez tuve que prestarte dinero para cumplir con uno de tus contratos. Esa empresa está a punto de que la liquiden.

—Hace un mes que retomé las riendas y he visto resultados. Logramos dos contratos nuevos —dije con orgullo.

—¡Ah!, pues esa mujer te ha hecho ver el mundo diferente. Debo al menos agradecerle que te haya inyectado algo de optimismo.

—¿Por qué piensas que es una mujer?

—No creo que a estas alturas te gusten los hombres, ¿o sí? —Ya saben de quien heredé mi forma de ser—. Tu mirada triste te delata. Andas como alma en pena. ¿Te enamoraste?

Guardé silencio.

—No hay problema, hijo.

—Sí, hay problema, madre.

—Porque quieres. El amor no debe ser un problema.

—No sé si ella siente lo mismo —dije al rato.

—Solo tienes una manera de saberlo.

La miré sin entender.

—Pregúntaselo. Es elemental, Liam. Los hombres entran en agonía sin razón. —Volvió a inhalar su cigarrillo de manera despreocupada—. Tan fácil que es preguntarle a una mujer, ¿me amas o no?

—¿Tú crees que es fácil? Tememos al rechazo.

—Al final si te quedas con la duda sufrirás más. ¿No crees? Las certezas te dan la oportunidad

de buscar otros horizontes, las dudas te estancan en el mismo lugar.

Me quedé pensando en la psicología femenina de mi madre. A veces no le prestamos atención a lo que dicen los ancianos, pero ellos nos llevan muchos años de ventaja. Bien dice el dicho: “Más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

Trébol

El domingo acompañé a Kathie a ver a su padre. Me agradó su disposición para el perdón, aunque sé que su marido fue clave para su cambio de actitud. Llegamos al hospital cerca del mediodía y para nuestra desgracia Veronik se nos había adelantado.

Los médicos habían colocado a Gerry en una habitación privada. La mujer nos miró con rabia cuando nos vio entrar. Optamos por ignorarla hasta que comenzó con sus comentarios punzantes.

—No sé qué hacen aquí. Gerry no las necesita —dijo.

Le dirigí una mirada fría para que optara por el silencio.

—Kathie, puedes guardar tus lágrimas hipócritas —añadió.

Ciega de ira, la tomé del brazo y la saqué de la habitación pese a que se resistía.

—Te dije que aprovecharas la oportunidad que te daba —le espeté casi sin mover los labios cuando llegamos al pasillo—, pero eres tan necia, que insistes.

—No soporto que ahora vengan a llorarlo.

—Idiota, ¿no te das cuenta que esa niña es su hija? —(Sí, sé que me extralimité en el insulto, pero esta tipa, sí, tipa es el calificativo que le corresponde, me sacó de mis casillas).

—No tienes derecho a insultarme. Le diré a Gerry la manera en que me han tratado.

—Sí, eres idiota. —Me convencí—. Es mejor que te vayas y no hagas esfuerzos en regresar porque no te permitirán acceso.

—Te duele que me prefiera —presumió.

Sonreí con un sarcasmo que no había utilizado antes.

—Veronik, Gerry te ha utilizado. En materia de mujeres eres su más reciente adquisición, pero jamás la única, ni mucho menos la última.

En eso apareció Helena. Al ver la escena me miró sin entender. Veronik se marchó ante nuestras miradas atónitas.

—¿Qué le hiciste, Trébol? —me preguntó mi amiga.

—Ponerla en su sitio.

—¿Cómo está Gerry?

—Recuperándose poco a poco.

—El diablo nunca muere —soltó una risita—. Silvia quería venir, pero le dije que con su condición no era conveniente que visitara el hospital.

—Es preferible.

Entramos a la habitación en silencio y nos encontramos a Kathie recostada sobre el pecho de su padre. Fue una escena muy emotiva para mí. Recordé que cuando era bebé dormía recostada del pecho de su padre. No se quedaba dormida hasta que Gerry llegaba en las noches y la mecía en su pecho.

Helena y yo nos miramos. Seguro, tenía el mismo pensamiento. El amor de un padre y una hija tiene un misticismo único, unos dicen que deriva del sexo opuesto, yo prefiero pensar que deriva del corazón. La imagen de mi difunto padre vino a mi mente y no pude evitar que se me humedecieran los ojos.

Liam

Regresé a la ciudad el lunes por la mañana. Después de dejar a Sofía en su apartamento, conduje hasta el Roosevelt, hice el registro y fui a prepararme. Esa mañana tenía que atender varios asuntos en la oficina y al mediodía tenía el almuerzo de negocios con Harry, el hermano de Trébol, para dialogar sobre la remodelación de su hotel. Me sentía muy optimista con el asunto de la empresa, pese a que mi contador no perdía oportunidad de mostrarme los espantosos números rojos.

La verdad es que mis diez años de casinos y mujeres me habían llevado a asumir muchas deudas que ahora tenía que afrontar. Después de afeitarme, me observé en el espejo. Sí, tal como había dicho mi madre al despedirnos, el brillo de mis ojos se había apagado. Estoy peor cada día.

Tomé la chaqueta de mi traje, el abrigo, mi maletín y salí a cumplir mi faceta de ejecutivo.

La mañana estuvo bastante tranquila, salvo algunos correos electrónicos y un par de contratos, a las diez de la mañana sentí que tenía todo bajo control. Entonces insistí en tirarme al lodo, con la suerte de que esta vez Trébol me respondió.

—Dime —su tono seco me dejó ver que todavía andaba cabreada.

—Hola, solo te llamo para saber cómo está Gerry.

—Para tu mala suerte, aún no ha muerto.

Trébol no se caracterizaba por ser irónica, por eso me sorprendió mucho su actitud, tanto que miré mi móvil, extrañado.

—Intenté llamarte varias veces durante el fin de semana.

—He estado ocupada con mi familia. Ellos son mi prioridad.

Tragué hondo. O sea, Liam, tú estás primero en la lista de sus prioridades, pero de atrás hacia adelante.

—Quiero verte.

—Estoy muy ocupada. Ya te dije, me ocupo de mi familia y de mi aún esposo como una buena mujer casada.

—Trébol, me arrepiento de lo que te dije.

—¡Mentiras! Dejaste ver lo que piensas de mí.

—Pienso que eres una mujer maravillosa.

—Sí, que pierde la cabeza con dos palabras de un idiota, corre hasta su hotel y se acuesta con él. Un tipo que se prestó para arruinar su reputación.

—Quiero verte —insistí—. Hoy almorzaré con tu hermano en *La Fregata*. Cuando salga puedo pasar por la floristería y hablar...

—No tengo tiempo, Liam. Que pases lindo día.

Cortó la comunicación de forma tan abrupta que me indignó su actitud de mujer ofendida. ¡Ya le había pedido disculpas! ¡Al diablo con Trébol!

Trébol

Me reuní con las chicas en un *bistro* entre la 55 y Park Avenue. Era un lugar muy acogedor, decorado con motivos franceses. Un amable camarero me escoltó hasta la mesa en donde me esperaba mi dúo favorito. Me dio lástima ver el deterioro que Silvia había sufrido en tan solo una semana desde su nuevo diagnóstico. Le besé las mejillas y tomé asiento.

—No te ves muy bien —dijo Silvia después de que ordenamos el almuerzo. ¡Qué ironía! Era ella quien decía que no me veía bien.

—Vivo bajo la nube de la calamidad —dije, pero no quise añadir más, puesto que sentía que mis problemas eran una nimiedad si los comparaba con lo que Silvia estaba pasando.

—¿Qué pasó con Farrell? —preguntó Helena con fastidio a la vez que se acomodaba y sonreía a la pantalla de su móvil para tomarse un selfie—. Steven me pidió una foto.

Silvia y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco. Helena se había convertido en una melosa de lo peor.

—Acabo de discutir con él —les conté todos los detalles de lo acontecido durante esos días.

—No lo busques más, Trébol —dijo Silvia.

—Creo que si lo quieres debes darle una oportunidad —indicó Helena.

Nuevamente estaba en un punto neutro. Como no se ponían de acuerdo, me confundían más. El resto del almuerzo la pasamos planeando el fin de semana. Ese viernes era el cumpleaños de Silvia y planificamos visitar un club que inauguraba esa noche. Me daba mucha ilusión que Logan hubiese decidido viajar desde París. Así que decidimos hacer un pijama *party* después de salir del club. Necesitaba despejarme un poco.

Esa tarde, cuando salí del trabajo fui a ver a Gerry. Me alegró ver que ya estaba reaccionando y aunque no podía hablar, emitía sonidos y se comunicaba con los ojos.

Llegué al apartamento faltando un cuarto para las ocho de la noche. Encontré a mi madre en la salita informal disfrutando de su telenovela favorita. Dejé mis tacones en un rincón y caminé a la cocina después de saludarla. Me siguió para hablarme de mi hermano, mis hijos y mis nietos.

—Te ves cansada, Trébol —dijo al notar mi desgano—. ¿Cómo te va con tu enamorado? No has tenido oportunidad de contarme.

—Ya no me va —dije y me senté en uno de los taburetes de la encimera.

A insistencias de mi madre le expliqué algunos detalles de cómo estaba mi relación con Farrell.

—Y me imagino que te darás por vencida —dijo.

—Me ha ofendido.

—¿Y si vas hoy al Roosevelt y hablas con él?

—Sería rebajarme.

—Sorpréndelo, Trébol.

—Mamá el piensa cosas muy feas de mí.

—Los hombres enloquecen por las mujeres osadas, hija. Olvida lo que te dijo. Seguro habló consumido por los celos. ¿No te das cuenta? No soporta la idea de que todavía sientas algo por el inútil de Gerry. —Berenice se quedó unos cuantos segundos en silencio—. ¿Qué sientes por Liam?

Dejé mi sándwich en el plato y suspiré.

—Me gusta mucho. Es ingenioso y loco. Hace cosas que me divierten y me encanta estar con él, pero no me gusta que sea tan mentiroso.

—Bueno, si me dejo llevar por el brillo de tus ojos y el entusiasmo al descubrir lo que sientes, debo advertirte que estás enamorada, pero tienes mucho miedo.

—Me engañó y encima de eso me dice esa barbaridad de que debí pensar en que era una mujer casada antes de ir a su habitación. Me hizo sentir como una mujerzuela.

—Te pidió disculpas. —Hizo una pausa—. No esperes mucha lucidez de un hombre. Ellos abren la boca y después activan el cerebro. Así son. Si por cada estupidez que dijo tu padre yo me hubiese dado por vencida, hubiera terminado con nuestro matrimonio al primer mes.

—Además, ahora está el asunto de Gerry. No voy a pedirle el divorcio en el estado en que se encuentra. Sería cruel. —Hice una pausa—. No, no puedo ir al Roosevelt a rebajarme.

—Lo de Gerry es una situación pasajera, Trébol. Vive o se muere.

—¡Mamá!

—Si vive, te divorcias. Si se muere, quedas viuda. Una cosa o la otra, ya puedes sacar a Gerry de la ecuación. Él es un cero a la izquierda. Además, ¿crees que, si la del accidente hubieses sido tú, él hubiese dejado a su amante para regresar a tu lado? ¡Por favor!

Sabía que Berenice tenía razón, pero su manera de decir las cosas me escandalizaba.

—Sería muy egoísta si lo dejo ahora.

—Creo que te castigas demasiado, Trébol. Te preocupas mucho por los demás y te olvidas de tu propia felicidad. No te corresponde cargar con un hombre que no se preocupó por ti. Gerry tiene lo que ha cultivado. Tan pronto pueda mover su mano derecha, solicita que firme el divorcio. Esa situación es insalvable. Y respecto a Farrell, ve a buscarlo y trata de entenderlo. Está celoso de tu marido.

Me besó la frente, me deseó buenas noches y se fue a ver su telenovela. Llevaba ese aire aristocrático que la distinguía y un semblante de paz inquebrantable. Le pedí a Dios que me la dejara por muchos años más, y con ese pensamiento tan emotivo, terminé mi comida.

Capítulo Veinticuatro

Liam

Estaba afeitándome cuando tocaron a la puerta con insistencia. Había mandado a pedir servicio a la habitación para mí y para Cloé, mi ex esposa, que me había venido a visitar a última hora. Sospechaba que la pobre se sentía muy sola, así que nos hacíamos compañía.

Me até una toalla a la cintura y salí a atender. Por poco me desmayó cuando me encontré con Trébol apoyada en el marco de la puerta. Parecía una mujer fatal, con un vestido negro muy ajustado, que demarcaba su figura de manera MUY singular. La falda le llegaba mucho más arriba de la rodilla y sus pronunciados pechos parecían a punto de salirse del vestido. Unos zapatos de agujeta de casi veinte centímetros completaban su ajuar, y unos labios rojos y carnosos me dejaron saber que venía con muy malas intenciones. ¿Vendría a domar a este lindo gatito?

Tragué hondo cuando contemplé aquel banquete.

—Parece que llegué en buen momento —dijo con voz sexy y una sonrisita maliciosa.

Me atrapó la toalla de forma juguetona y entró en la habitación. Vi que su semblante cambió de inmediato. ¡Maldición! ¿Cómo a mi segunda ex esposa se le ocurrió la brillante idea de quedarse dormida en mi cama?

—No es lo que crees. —Me interpuse entre Trébol y la puerta al ver su intención de abandonar la habitación.

Cloé se despertó y se sentó en la cama con cara adormecida, pero tan pronto vio la situación, se espabiló.

—¡Déjame salir, Liam! —me gritó Trébol a la vez que me empujaba.

—No hasta que me dejes explicarte —le dije.

—¿Explicarme qué? ¿Que ya tienes una nueva conquista para tu interminable lista?

Cloé se levantó de la cama y tomó su bolso.

—No sé quién eres —dijo Cloé—, pero si te funciona mi explicación, soy la segunda ex esposa de Liam y una de sus mejores amigas. Aquí no ha pasado nada, solo que me quedé dormida mientras él se bañaba.

Vi que Trébol comenzó a golpear el piso con su pie izquierdo de forma intermitente en un gesto de impaciencia e ira.

—Ya se me cayeron los dientes cuando pequeña —dijo Trébol—. Déjame salir, Farrell.

—Creo que mejor me voy yo. Ustedes tienen mucho de qué hablar —dijo Cloé y caminó hacia mí. Me dio un beso en la mejilla—. Te veo después, grandote. Creo que no te dará la noche para arreglar este lío. ¡Suerte!

La dejé pasar para que se marchara, pero volví a tapar el acceso a la salida con mi morrocotudo cuerpo.

—Ya no tiene caso, Liam —dijo Trébol tan pronto Cloé desapareció—. Haz con tu vida lo que quieras.

—Cloé te dijo la verdad. Fue mi segunda esposa y hace muchos años somos buenos amigos. Acaba de enviudar y se siente sola.

—¡Ah, sí! Y viene a tu habitación para que la consueles. Sí, es que también te dicen Liam, el consolador.

Me encantaba saberla consumida por los celos. Era un signo de que no le era indiferente.

—Me imagino que la dejaste dormida en tu cama después de satisfacerla y te fuiste a bañar. Sí, me acuerda algo. Fue lo mismo que ocurrió en Ibiza, lo único que a mí me hiciste una sección de fotos.

—Serías tremenda guionista, Trébol. En vez de ser tú quien reclame, debería ser yo quien te exija por no contestar mis llamadas y mis mensajes por andar detrás de tu marido.

—¡Déjame pasar! —Me empujó, pero resistí con fuerza.

Forcejamos un poco, pero con astucia logró escabullirse tras morderme una de mis tetillas. Corrió hasta alcanzar la puerta y acceder al pasillo. Fui tras ella sin percatarme que una simple toalla de hotel era lo único que tapaba mis partes privadas. Trébol optó por las escaleras. Bajar cinco pisos en tacones de agujetas de veinte centímetros la convirtió en mi heroína. Yo apenas podía respirar cuando llegamos al vestíbulo. La alcancé frente a las puertas del elevador y la asee del brazo con fuerza hasta que se estrelló en mi pecho.

—¡Vamos hablar! —le grité. Volvimos a forcejear hasta que la atrapé en mis brazos.

—¡Suéltame!

Demás está decir que mi facha de nudista causó gran revuelo entre los otros huéspedes, que miraban la escena entre el asombro y la risa.

—¿A qué viniste entonces?

—A comprobar lo falso y mentiroso que eres.

En ese momento sentí que las gotas de mi cabello mojado me recorrían la cara. Imagino lo sexy que me veía. Rogaba para que la toalla no se me cayera.

—Estamos haciendo un espectáculo —le dije sin casi mover mis labios.

La solté cuando vi que el gerente del hotel caminaba hacia nosotros. La contemplé salir con prisa. No me agradó la mirada que le dieron un par de hombres, pero debía comprender que estaba muy sexy y hermosa.

—Señor, Farrell, ¿todo bien? —me preguntó el gerente.

—Sí, Isaac —le dije mientras llamaba el ascensor—. Disculpa por las fachas, pero era un asunto de emergencia. —Le lancé una sonrisa idiota para despistarlo. No quería ser expulsado del Roosevelt, pues me brindaban una excelente tarifa y un estupendo servicio.

Cuando llegué a la habitación me dejé caer de espaldas en la cama.

—Liam Farrell, tienes tan mala suerte que compras todos los números de la lotería y suspenden el sorteo ese día —me dije.

Trébol

—**P**odemos escribir un libro que se titule: “Las aventuras de Farrell” —dijo Logan.

Al día siguiente estábamos las cuatro en el salón de belleza del afamado estilista, Rubén Blasini.

Nos preparábamos para esa noche celebrar la despedida de soltera de Helena en el recién estrenado club The Roof.

Me había convencido de que necesitaba otro cambio de look. Con este sería el segundo en menos de un mes. (¿Por qué las mujeres optamos por cambiar nuestra apariencia cuando estamos estresadas? No tengo una respuesta, pero así somos).

—¿Y dices que estaba en toalla en el vestíbulo del hotel? —Silvia estaba escandalizada con el asunto.

—Sí, todo un espectáculo —dije.

En ese momento esperábamos porque el tinte surtiera efecto sobre nuestras canas mientras nos hacían la pedicura.

—No me extraña que un día salga desnudo por toda la ciudad gritando tu nombre, Trébol. — Helena ojeaba una revista de novia.

Últimamente lo único que hacía giraba en torno a su matrimonio con Steven. Pensar que fui la causante de esa unión y de que ahora anduviera como una descerebrada con el asunto, no me complacía porque su comportamiento se había tornado obsesivo y fastidioso, y ya comenzaba a hartarme.

—¿Quién le va a creer que estaba en su habitación de hotel con su ex y que no hicieron nada? — dijo Logan—. ¡Es un maldito!

—¿Podemos cambiar de tema? —pregunté con fastidio.

—Bueno pues hablemos de estos vestidos —dijo Helena mientras nos mostraba las fotos de la revista.

—¡No! —gritamos a la vez y Helena nos observó molesta.

—No comprenden mi ilusión.

—No, nena, eso paso de ilusión a obsesión —dijo Logan.

—Ustedes no entienden. Estoy enamorada.

Silvia, Logan y yo nos miramos y después estallamos en risas.

Liam

Ese viernes en la noche, después de lamerme las heridas y de lamentarme por lo sucedido, decidí dar una vuelta. Los antiguos compañeros de la universidad me habían invitado a nuestro encuentro anual.

Había quedado con Becky, una pelirroja pechugona, con la que había salido hacía algún tiempo. Esta chica me gustaba mucho porque era divertida y eso me haría olvidar a Trébol, aunque fuera unas horas. Pasé por ella a las diez de la noche y nos dirigimos al club The Roof. Al primer diálogo con la despampanante mujer ya me había arrepentido de mi impertinente decisión. Prefería que mantuviera la boca cerrada y se limitara a sonreír.

Trébol

Llegamos al club como a las once, pese a que Logan me presionó para que avanzara. La fila para entrar estaba imposible, pero gracias a las conexiones de Logan logramos entrar por el área VIP.

Nos encontramos con Silvia y Helena unos minutos más tarde, tras superar el mar de gente. Habían reservado un área cercana a la barra. Sería una despedida de soltera un poco atípica, pues mi amiga nos había prohibido contratar un stripper profesional por consideración a su amado Steven. ¿Cuándo se había transformado en una puritana? Le di un beso y le entregué una cajita dorada que mi madre me ayudó a conseguir.

—No te atrevas a abrirlo —le dije al oído y me sonrió.

—¿No me digas que me conseguiste un amiguito dorado?

—Dale las gracias a mi madre. Todavía no me revela el secreto de dónde los consigue.

Nos acomodamos en un sofá tapizado en terciopelo. Después de unos minutos Logan pagó por los servicios de un camarero privado, así estaríamos atendidas todo el tiempo. Recordé mi peripecia en el club de Ibiza y de pronto unos ojos azules invadieron mi mente.

—¿Me acompañan al baño? —Nos pidió Logan.

No traten de entender la psicología femenina de “vamos en manada al baño”. Revelaré algo, en el baño nos ponemos al día con los últimos acontecimientos, además, nos reforzamos unas a otras, nos maquillamos y peinamos. Incluso, increíble, pero he visto secciones de belleza con secador incluido. Es allí donde se llevan a cabo secciones de autoayuda y de yoga para el manejo de la ira. El baño es como una especie de templo femenino, más cuando está limpio y oloroso.

Las cuatro fuimos casi en tropel. De camino sentí un codazo de Logan en mis costillas que me dejó sin aire. Con sus labios me hizo señas de que mirara hacia la pista. Y allí estaba el más mentiroso de todos los hombres bailando de manera muy sensual con una despampanante pelirroja, que debería ser la prima hermana de las Kardashian, tanto por su trasero respingón como por su vestimenta ordinaria y llamativa. La mujer frotaba su trasero contra él sin ningún pudor y Liam sonreía satisfecho.

Me quedé petrificada, pero gracias a que Helena me tomó del brazo con fuerza, logré llegar al baño. En un principio no nos atrevimos a emitir comentario alguno. Tratábamos de calmar la rabia que nos consumía.

—¿Y va a seguir? —dijo Logan e imaginé, por su tono, que debía ser una expresión boricua—. ¡La lista es larga!

—¡Es increíble el descaro del idiota de Farrell! —Silvia se aventuró primero.

—¿Viste la pelirroja? —dijo Helena mientras se miraba al espejo—. Creo que también es paciente del doctor Chong. Tiene un cuerpazo de bisturí.

—Deberíamos entre todas darle una pela a los dos —añadió Logan —Arrastrarlos por la pista.

—La chica no pasa de los treinta —añadió Helena.

—Poco le faltó para tener sexo en la pista —indicó Silvia—. ¡Qué desvergonzados!

—Tal vez ya estaban en esa —dijo Logan a la vez que entraba en un cubículo más privado para satisfacer sus necesidades fisiológicas.

Mi mente no me permitía balbucear ni tan siquiera un par de palabras. El comportamiento libidinoso de Liam Farrell iba en escalada. Un gran dolor me invadió, aunque traté de repelerlo.

Cuando finalizamos nuestro ritual, salimos en ruta a nuestro lugar. Rogaba que Liam no advirtiera mi presencia, pero esta vez la pelirroja y él bebían rodeados por un grupo de amigos que se les había unido en la barra. Agradecía que para ese momento estuviera de espaldas a nosotras.

A medianoche, excepto Silvia, nos fuimos a la pista con unos amigos de Helena que se nos unieron. Tocaban música electrónica que, aunque no era mi favorita, me dispuse a bailar al ritmo que exigía. Después de una hora de brincos y movimientos, me convencí de que ya era suficiente para quemar las calorías ingeridas en la cena, por eso regresé al sofá para acompañar a Silvia. Logan y Helena permanecieron en la pista un rato más.

De regreso, en medio de la semi oscuridad, me desorienté un poco y terminé cerca de los baños. Allí estaba “Míster Mentira” con su pelirroja. Esperaban para entrar al lavabo. Intenté pasar por desapercibida, pero mi esfuerzo no dio resultado.

—¡Trébol! —su voz atronadora a mis espaldas me tensó.

Me volteé con una sonrisa fingida. La pelirroja parecía un pulpo con sus tentáculos alrededor de Liam. Quise arrastrarla por los cabellos por todo el club, pero sería un escándalo de proporciones apocalípticas, satisfactorio para mí, pero muy dañino para mi imagen. Ya los tragos me estaban llevando a tener pensamientos violentos.

—Hola, Liam —dije, lo más natural posible.

—Te presento a Becky —me dijo el canalla con una enorme sonrisa.

—Encantada —dijo la chica sin sospechar lo que sucedía entre el traidor y yo.

—Igualmente.

En ese momento surgió la oportunidad de que Becky entrara al lavabo, chance que Liam aprovechó para torturarme.

—Qué casualidad encontrarnos aquí —me dijo.

—Una desgracia.

Me miró los labios.

—¿Hoy no estas cuidando a tu amado esposo?

—Te veo luego, Liam. —Iba a seguir mi camino, pero el hombre me aseó del brazo con fuerza hasta que quedé a centímetros de su rostro.

Vi sus ojos y juro que me estremecí. «Tienes que odiarlo. No mires sus labios. Son una trampa», pensé.

—¿Qué quieres, Liam?

Vi su intención de besarme, pero me resistí. Jamás me dejaría besar tras presenciar su pasada escena con la pelirroja.

—Trébol. —Además, estaba un poco ebrio, por eso usaba un tono almibarado.

—¡Vete al diablo, Farrell! —Logré soltarme—. No quiero volver a verte.

Con una seguridad extraordinaria atravesé el salón y llegué al sofá al lado de mi amiga.

—¿Todo bien? —me preguntó Silvia.

—Sí, todo perfecto.

Por el resto de la noche no lo volví a ver. Dejamos el club casi a las tres de la madrugada y nos fuimos a casa de Silvia a disfrutar de nuestro pijama *party*. Para ser sincera, a las cuatro de la madrugada, después de asearnos y acomodarnos, comenzamos una fiesta de otro tipo. Sí, una fiesta

de ronquidos. ¿Estábamos viejas? (Sé lo que están pensando, pero dejen que pasen de los cincuenta, y después hablamos).

Mensaje de texto de Liam:

(4:15 a.m.)

Estoy borracho.

Llamada perdida de Liam:

(4:16 a.m.)

Mensaje texto de Liam:

(4:18 a.m.)

Muy borracho.

Mensaje texto de Liam:

(4:18 a.m.)

Intenté acostarme con la pelorroja, pero no pude.

Mi “súpermingo” no me funcionó.

Es solo contigo que se convierte en un guerrero.

Llamada perdida de Liam:

(4:20 a.m.)

Llamada perdida de Liam:

(4:22 a.m.)

Llamada perdida de Liam:

(4:25 a.m.)

Mensaje texto de Liam:

(4:28 a.m.)

¿Dónde diablo estas?

¡Contesta el maldito móvil!

Mensaje texto de Liam:

(4:33 a.m.)

Iré a tu apartamento.

Me encontré con este desastre cuando desperté a las ocho de la mañana. Lo llamé de inmediato, temí que hubiese cometido una locura. ¡Bingo!

—Mamá, ¿qué haces con el teléfono de Liam?

—El pobre vino de madrugada e hizo un escándalo que por poco le cuesta que le llamen a la policía, pero le dije al guardia de seguridad que lo dejara entrar. Pobrecito, solo pedía verte. No dejaba de decir tu nombre.

Berenice había perdido la mente.

—Le preparé algo de comer y se quedó dormido en el cuarto de visitas. Pobre hombre, Trébol. Está destruido.

Miré mi móvil, boquiabierto. Liam se había echado en un bolsillo a mi madre, tal y como se había echado mis pantaletas, sin ninguna dificultad.

—Voy para allá —dije, decidida.

—Como deseas.

Colgué la llamada y fui a arreglarme. Liam Farrell me iba a escuchar. Ya estaba bueno de tantas locuras.

Liam

Abrí los ojos en una habitación que me era extraña. Intenté recordar cómo llegué hasta allí, pero mi memoria no me daba para tanto. ¡Oh, Dios! El whisky me había provocado amnesia. Escuché que tocaban a la puerta y me senté en el borde de la cama con un tremendo dolor de cabeza.

—Adelante. —El rostro de la señora que entró a la habitación con una bandeja repleta de desayuno se me hacía familiar. Sí, era la madre de Trébol. ¿Qué diablos hacía allí? Se trataba de una maldita pesadilla, estaba seguro.

—Buenos días, Liam. Espero que hayas amanecido bien. Trébol llamó hace unos minutos y me apuré a traerte algo de comer porque ya viene de camino. Te aconsejo que huyas por las escaleras de emergencia.

—Gracias por su amabilidad. —Me tragué primero todo el café y después devoré las tostadas y culminé con el jugo de naranja—. ¿Está molesta?

—Sí, hijo, muy molesta.

—No quiere ni verme.

—Pues no. —La señora sonrió—. Consejo gratuito, Liam, no hagas caso de lo que diga. ¿La quieres?

Esa conversación se me hacía un poco extraña.

—Mucho. —Fui sincero—. A veces pienso que demasiado, pero ella está muy metida en su rol de mujer casada.

La anciana soltó una carcajada.

—La culpa, hijo, la culpa. Piensa que le ha fallado al troglodita infeliz de su marido, pero creo que ella también siente mucho por ti.

—No confía en mí. —Me levanté de la cama y dejé la bandeja en una mesa cercana.

—Dale tiempo, pero no le des tregua. Convéncela, Liam, de quién eres en realidad, pero por favor mantén a las mujeres lejos de ti.

Sonreía de forma amable.

—Tienes que ganarte su confianza.

En eso escuchamos la puerta.

—Corre por el pasillo hasta que llegues a la cocina, ahí hay una puerta que te conducirá al corredor y al final, las escaleras —me decía la mujer mientras me empujaba al exterior de la habitación.

Conseguí salir de allí ileso y me refugié en el Roosevelt.

Trébol

—**¿D**ónde está Liam, mamá?

—El pobre acaba de irse. Está tan avergonzado que me dijo que se iría a su casa.

—No tiene casa. Vive en un hotel. ¡Mira si es mentiroso!

Berenice se metió a la cocina en una actitud sospechosa.

—Te dejaste embaucar por él, Berenice. ¡No lo puedo creer!

Mi madre me sonrió de forma irónica.

—¿Crees que soy fácil de embaucar? Lo que pasa es que veo el panorama completo y lo que veo es que has sido muy dura con él.

—¿No te contó que anoche estaba en un club con una pelirroja bailando de manera insinuante?

—Bueno, Trébol, pero ¿qué quieres? Tú lo rechazas, le dices que no confías en él, corres al lado de Gerry como la mujer abnegada ¿y quieres que Liam te aplauda? No hagas que se cansé de ti. Te ama. Nadie que no ame a una mujer se atreve hacer el ridículo que hizo anoche en el vestíbulo del edificio —sentenció mi madre y salió rumbo a su habitación.

Capítulo Veinticinco

Trébol

Tres semanas más tarde mi vida era un desastroso caos. Para empezar, no supe de Liam en todo ese tiempo, pues después del episodio en el cual había invadido mi apartamento, tuvimos una discusión por mensajes de texto y me mandó al diablo.

Sí, tenía que admitirlo, me hacía mucha falta, y sí quería verlo, y si quería que me hiciera el amor, aunque mi orgullo no me permitiera gritarlo a viva voz. Con el objetivo de calmar mis ansias me inicié en clases de yoga, aeróbicos, tomé un curso de repostería para hacer cup cakes y hasta me fui a aprender la técnica del bonsái.

Gerry había salido del hospital, hacía dos semanas. En ese momento me pidió, casi rogando, que lo dejara permanecer en nuestro apartamento por un tiempo en lo que se recuperaba. Por humanidad y misericordia, acepté. Bueno por humanidad y por... boba. Debo admitir que su presencia en casa alteró todo el orden, aunque Lydia, nuestra ama de llave, había regresado para ayudarme con la carga.

Mi madre andaba el día y la noche encabritada con el hombre, que no dejaba de reclamar ser el dueño y señor de todo. Tanto hartaba a Berenice esa situación que un día amenazó con irse, sin embargo, logré calmarla.

Ese día era miércoles por la mañana, e iba tarde a mi cita con el dentista, cuando Gerry me detuvo en la sala. Caminaba, casi a rastra con su andador y con un tanque de oxígeno.

—Trébol —dijo con dificultad ya que había perdido toda la movilidad de su lado izquierdo—. Quiero que hablemos.

Suspiré para calmarme.

—Gerry, voy tarde para una cita. —Miré mi reloj.

—Serán cinco minutos.

—Está bien. —Me acomodé en el sofá. Intentaba actuar con paciencia.

—Ayer estuve en el Dianamic Ederly Home visitando a mis amigos, Ed y Tom. Es un sitio muy bueno. Los dormitorios son amplios y lujosos, y los alimentos los prepara un excelente chef. —Hizo una pausa—. Llené la solicitud de ingreso.

Obvio esa noticia me hacía muy feliz, pero no quería que se sintiera rechazado. Su condición física, tan deplorable, no me permitía ser cruel.

—No tienes por qué ingresar a una casa asilo, Gerry. Puedes mudarte a tu propio apartamento con la ayuda de enfermeros particulares.

También, hacía dos semanas que Veronik, su amante, había desaparecido. Tan pronto vio que Gerry no se recuperaría, tomó un avión hacia California para regresar con su familia.

—¿En un apartamento solo? Me aburriré como una ostra —se quejó—. Prefiero estar rodeado de algunos de mis amigos. En ese lugar hay juegos de mesa, billar, piscina y unas enfermeras... ¡Uf! —Sonrió con malicia y yo le devolví el gesto. Su apariencia era la de un anciano de ochenta años—.

No creas que después del accidente me han dejado de gustar las mujeres.

—Eso lo sé, Gerry.

—Allí creo que estaré mejor.

—Pues si piensas que es preferible, te apoyo en tu decisión. —Me levanté para irme.

—Trébol, ¿crees que mañana, antes de irme a la casa asilo, podemos ir a ver a mi abogado?

—¿Para qué, Gerry? —le pregunté desde la puerta. Ahí volvía el fastidioso tema de la división de bienes. Me había prometido que, si continuaba con su insistencia, le dejaría mi parte.

—Quiero que firmemos el divorcio y quiero darte tu parte. También firmaré un poder para que Christian administre todos mis negocios.

No contesté de inmediato. No entendía del todo la actitud de Gerry, pero imaginaba que su condición de salud lo había hecho reflexionar.

—Está bien, Gerry.

—Trébol, ¿y cómo vas con Liam?

Me detuve antes de abrir la puerta. Volteé para enfrentarlo. Esa pregunta me tomó por sorpresa.

—No hay un asunto con el señor Farrell.

—Liam no es un hombre malo, lo que pasa es que ha tenido muy mala suerte con sus decisiones. Es buen tipo, un poco imbécil, pero...

No quería escuchar nada más, por eso me dirigí a la puerta.

—Perdóname, Trebol —me dijo—. Perdóname por no saberte amar como te merecías.

Me volteé para verlo emprender camino apoyado en su andador, con su caminar lento y cansado. Vino a mi mente el primer día que lo vi en la empresa de mi padre. Tenía treinta y dos años recién cumplidos. Me pareció el hombre más guapo del mundo y desde que comenzó a cortejarme no hice otra cosa que desear vivir mi vida junto a él. Pensaba que solo la muerte nos separaría y ahí estábamos, en esto nos había convertido la vida.

Me limpié las lágrimas, respiré profundo para botar el golpe y salí a mi cita. En vez de ir al dentista, debí de visitar al cardiólogo, pues esa última conversación me había atrofiado el corazón.

Liam

Había pasado casi un mes y no sabía nada de ella, y aunque el pensamiento persistía, me iba acostumbrando a la idea de que vivíamos en la misma ciudad, pero no teníamos que coincidir ni estar juntos para sobrevivir. Bien dice la reflexión: “Si amas algo déjalo libre, si vuelve a ti es tuyo, sino nunca lo fue”. Para ese momento me había convertido en un asiduo lector de Pablo Neruda con sus “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”, y de algunas escritoras de romántica. (Sí, de esas novelas que venden en Amazon. Ahora leo romántica, ¿y qué? ¿Ustedes no? Se lo pierden).

Ese día era sábado y me reuní con mi hijo Erick para ir a pescar por un fin de semana a Fisher Island. Necesitaba de esa escapada, mucho más ahora que el trabajo se me había multiplicado últimamente.

Tomamos la 495 en dirección a Los Hampton y de ahí Erick alquilaría una avioneta para llegar a la isla. Mi hijo era un estupendo piloto, pese a que no se dedicaba a ello. Recordé que hacía un año habíamos viajado a Alaska y que también alquilamos una avioneta para observar algunas partes

indómitas de ese estado. Un viaje que nos permitió conocernos mejor.

—¿Y cómo va tu asunto? —me preguntó mientras conducía.

Hacía unas semanas que le había contado mi situación con Trébol. Necesitaba de una referencia masculina que me diera su punto de vista.

—Sigue igual. No la he vuelto a ver.

—¡Ah! Pues eso significa que ya te olvidaste de ella.

Erick era muy astuto y ese comentario me sonó a trampa. Mire a lo lejos.

—No dejo de pensar en ella.

—Sigues enamorado, papá.

Me mantuve en silencio.

—Búscala.

—No funcionará. Digamos que tenemos diferencias de cómo ver la vida.

—Yo también tengo diferencias con mi mujer. No es que seamos clones de nuestras parejas. Es que en medio de esas diferencias podamos vivir juntos.

—Digamos que soy muy malo para las relaciones.

—Mejor digamos que va siendo hora de pensar si queremos vivir la vida en solitario o con una pareja —me dijo—. Creo que con ella a tu lado serías más feliz.

No tenía duda de eso, pero Trébol no confiaba en mí. Creo que a esas alturas ni yo mismo confiaba.

Cambié la conversación hacia el tema de la pesca y de esa manera conseguí que Erick no siguiera torturándome. No podía entender cómo mi hijo a veces resolvía sus asuntos con mayor madurez que yo.

Sí, algo me fallaba en el cerebro. ¿No era Freud el que decía que a veces ciertas experiencias nos afectaban el afecto? Solo tenía que identificar esas experiencias. Tal vez debería pensar en una regresión que acabara con esos fantasmas. ¡Uy, no! Temía saber quién fui en otra vida. Me aterraba que me dijeran que fui una cucaracha, por ejemplo.

Trébol

A final de mes y con motivo de la boda de Helena, viajamos a Los Hampton. Ella y Silvia se habían adelantado en el avión privado de Steven, mientras Logan y yo optamos en viajar por carretera. Llevábamos varias sorpresas que, con seguridad, la curiosidad de la novia hubiese arruinado.

Logan conducía por la interestatal 495 cuando la camioneta en que viajábamos comenzó a hacer un ruido extraño. Después de unos minutos, se escuchó una explosión y la camioneta comenzó a dar bandazos de un lado a otro.

El pánico no nos permitió reaccionar de inmediato hasta que logramos estacionar la camioneta en el carril de emergencia. Tras pasar el susto, nos bajamos para revisar la llanta. Quedó hecha trizas.

—Tendremos que cambiarla —dijo Logan a la vez que se rascaba la cabeza.

—Creo que el servicio de alquiler tiene asistencia en la carretera —dije.

—Llegarán en dos horas —me dijo—. Mejor hagamos el intento, si no funciona, llamamos.

Después de abrir la portezuela trasera nos dimos a la tarea de sacar la llanta de repuesto que se encontraba en un compartimiento bastante incómodo en la parte inferior.

—Esto lo hacen a prueba de mujeres. —Me quejé.

Después de veinte minutos no logramos nada, pero unos buenos samaritanos se detuvieron a ayudarnos. ¿Creen en la predestinación? Pues allí, ante mis ojos atónitos, estaba mi predestinación con su típica sonrisa fanfarrona. Vi que lo acompañaba un joven, que presumí era su hijo porque eran como dos gotas de agua. Logan iba a hacer un comentario irónico, pero le hice señas de que se mantuviera callada, pues en ese momento necesitábamos la fuerza y la maña de Liam.

—Tan grande que es este país y venimos a encontrarnos aquí —me dijo y extendió su mano como si se tratara de saludar a una extraña. Le devolví el gesto con igual frialdad.

—Hola, Liam.

Logan le dirigió un corto saludo, estaba atenta al desenlace de nuestro encuentro.

—Él es mi hijo, Erick —El joven nos saludó con un tímido ademán.

—Ella es Trébol y su amiga, Logan.

Erick sonrió de una manera muy particular al escuchar mi nombre por eso me convencí de que su padre algo le había contado sobre nosotros.

Con mucho esfuerzo lograron sacar la llanta de repuesto, pero se percataron que también estaba desinflada. Ambos se llevaron el neumático y noté que cuchicheaban detrás de la camioneta de Erick. Imaginé que chismoseaban de mí.

—Bueno, papá... ve a reparar el neumático —dijo Erick y se acomodó en la valla que dividía el carril de emergencia y las áreas verdes.

—¿Vienes, Trébol? —me preguntó Liam con una sonrisa tramposa.

—No, prefiero darte el dinero para la reparación. —Me encaminé al interior de la camioneta para buscar el efectivo en mi bolso.

—¿Tienes miedo? —La pregunta de Liam a centímetros de mi oído me puso la piel de gallina. ¿Qué pretendía con ese gesto de seducción?—. Piensas que intentaré algo.

—De ti podría esperar cualquier cosa.

Le extendí el efectivo.

—No sabía que eras tan miedosa.

Caminé para reunirme con Erick y Logan en la parte posterior de la camioneta.

—Ve con Liam —dijo Logan. ¿Qué pretendía al dejarme en manos enemigas?—. Prefiero esperar por si aparece asistencia en la carretera.

Hice un mohín de disgusto.

—Yo acompaño a Logan —dijo Erick, resuelto.

Presentí que todos estaban en contubernio para que acompañara a Farrell.

—Demuéstrame que no eres tan miedosa. —Volvió hablarme al oído.

Sí, soy una mujer de retos. Estaba decidida a demostrarle a Liam Farrell que él ya no despertaba en mí ni un mal pensamiento y de paso dejarle claro que no me importaba ni un poquito.

Después de que Liam verificó en el GPS de su móvil la existencia de un garaje a diez kilómetros, nos marchamos.

—¿Y hacia dónde iban, si se puede saber? —preguntó él, a la vez que se acomodaba en el asiento

y se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Vamos a Los Hampton para la boda de Helena.

—¿Se casa? —dijo, sorprendido.

Asentí. No quería entablar una conversación con él. Mi mente solo recordaba el episodio con la pelirroja en el club.

—Sí, se casa.

Nos quedamos en silencio viendo el panorama.

—Te queda muy bien el corte de cabello —me dijo al dirigirme una mirada de reojo. Era mi tercer cambio de estilo. A ese ritmo terminaría por hacer un catálogo.

—Gracias.

—Creo que todo te queda bien.

Me sonrojé un poco. No quería que comenzara con su verborrea de conquistador.

—¿Y cómo van tus cosas? ¿Tus terapias? —le pregunté.

—Ya estoy más adelantado en el tratamiento. Ingresé a un grupo de apoyo de jugadores compulsivos. Mi empresa se va levantando poco a poco. El mes que viene comienzo con la remodelación de *La Fregata*. Así que nos veremos más a menudo. Todo va marchando.

—Me alegro. ¿Y cómo vas con la pelirroja?

¿Por qué tuve que preguntar eso? Merecía que me abofeteara a mí misma.

—No voy bien ni con la pelirroja, ni con la morena y mucho menos con la rubia, que tanto me gusta —dijo, mirándome con deseo—. Así están las cosas.

—No te creo. Eres un conquistador.

—¿Qué tengo que hacer para que me veas tal cual soy? —dijo al rato.

—Te vi tal cual eres en el club con la pelirroja y antes con tu ex. No necesito nada más para convencerme.

Sonrió y quise cruzarle el rostro con dos buenos puñetazos.

—Cloé es mi ex desde hace veinte años. No estoy interesado en ella a nivel ni romántico ni sexual. Es mi amiga y la aprecio. Ese tema está concluido. En cuanto a la pelirroja del club, me arrepiento por esa imprudencia.

—Todo lo pagas con tu arrepentimiento. Metes la pata, te arrepientes y hay que perdonarte. Vuelves y metes la pata, pides disculpa y hay que perdonarte.

—¿Sabes en lo que pensaba cuando íbamos a tener intimidad?

—No seas grosero, Liam —le advertí.

—En que eras tú. En tus besos, en tu cuerpo. No pude hacer nada con esa mujer ni con ninguna otra. —No reparó en acercar su enorme mano a mi muslo, y juro que con solo ese gesto se me encendió todo el cuerpo—. Estoy enamorado de ti, pero no sé cómo manejarlo

Me pareció sincero porque yo me sentía igual, pero jamás lo admitiría.

—Liam, somos incompatibles. —Intenté retirarle la mano, pero se mantuvo firme en que permaneciera allí.

—Todas las parejas lo son, Trébol. —Me acarició de forma insinuante. Sus caricias eran el peor martirio para mi orgullo.

—No quiero otro manipulador y mentiroso en mi vida —Tartamudeé—. Cuando busque una

pareja quiero un hombre sincero, que pueda mirar a la cara sin temor a que me engañe.

Los minutos siguientes nos mantuvimos en silencio, él sin apartar su mano de mi pierna y yo quemándome por dentro. ¿Qué pretendía?

Cuando llegamos al garaje para que repararan el neumático ya comenzaba a oscurecer. Esperé a Liam en el interior de la camioneta y vi que hablaba por teléfono. ¿Con quién hablaría? Regresó sin la llanta.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Asistencia en la carretera fue a auxiliar a Logan. La llanta no tiene remedio. —Salimos del lugar, pero noté que no tomamos la misma dirección.

—Liam, creo que era hacia la derecha.

—Tienes razón —dijo. Lo miré confundida—. Trébol, aparte de irte con las chicas una vez al año de vacaciones, ¿has hecho alguna locura?

—¿Y por qué me preguntas eso?

—Porque hoy haremos la mejor de todas —dijo y me sonrió maliciosamente.

—Farrell, ¿a dónde vamos?

—A ser felices.

—Regresa. Tengo que estar en Los Hampton para la boda de mi amiga. —Comenzaba a ponerme histérica.

—Te prometo que mañana a primera hora estaremos en Los Hampton, esta noche es nuestra.

—Tu hijo y Logan nos esperan...

—Mi hijo consiguió que su esposa lo recoja. Logan continuó su camino a Los Hampton. Esos asuntos ya están resueltos.

No podía creer que ese hombre hubiese hecho todo aquello para obligarme a estar con él.

—Eres mía. —Aprovechó que estábamos detenidos en un semáforo y me besó en la oreja de una manera muy insinuante—. A mi merced, totalmente.

Frotó sus manos con malicia.

—Estás demente.

—Por tenerte, lo que sea, Trébol.

Terminamos en la habitación de un motel de tercera clase. Fue excitante. Nunca había hecho el amor en un lugar tan... tan estrafalario. Cuando terminamos, Liam me invitó a comer y fue así que acabamos en un restaurancito a la orilla de la carretera atendido por un grupo de jovencitas muy sexys, que vestían una ropa un poco ligera. Estaba atestado de camioneros y viajeros. Las únicas mujeres, exceptuando a las camareras, éramos una chica y yo.

—No siempre te llevaré a los mejores restaurantes. Tienes que tener cultura, Trébol.

No lo voy a negar, estaba un poco escandalizada. Si mi madre supiera que estaba en un antro como aquel, tal vez se alarmaría. Pensé en Gerry, en que jamás me hubiese llevado a un sitio así. Sin embargo, debo admitir que la hamburguesa grasienta que me comí fue la mejor de toda mi vida, junto a la cerveza de barril. De regreso a la camioneta, Liam me sonrió.

—¿Te gustó?

—Toda una experiencia. —Dije. Me golpeó el trasero y me ayudó a subir a la camioneta—. Si me dejo llevar por ti, acabaré como una vaca.

—Serás la vaca más sexy del mundo. —Me agarró uno de mis pechos—. ¿Te he dicho que me vuelves loco? Regresemos a ese motel de mala muerte.

—Prometiste que después de que yo jugara con tu “súpermingo”, me llevarías a Los Hampton. Lo juraste, y ya hice mi parte.

—Sabes que soy un mentiroso. —Me guiñó un ojo.

Capítulo Veintiséis

Liam

Trébol se quedó dormida durante el camino. Faltaba como media hora para llegar a Los Hampton y comenzaba a amanecer. Me sentía pleno porque la noche anterior había sido una locura total. (¿Sabes lo mejor de todo? Qué Trébol me seguía en mis chifladuras).

Después de salir del antro de las hamburguesas, nos detuvimos en un bar para tomar algunas cervezas, le enseñé a jugar billar y bailamos un poco de música country. Nos reímos como dos locos. A las cuatro de la mañana, después de dormir un par de hora en el estacionamiento del local, emprendimos camino.

—Liam, ¿dónde estamos? —preguntó Trébol, tras soltar un bostezo.

—En Manhattan. —Quería verle la cara.

—¿Qué?! —gritó, histérica—. Te dije que es la boda de Helena...

—Tranquila, cariño. —Intenté apaciguarla—. Falta muy poco para que lleguemos. —Me fijé en su cuello—. Dime que el traje que usarás no tiene escote.

—Sí, tiene.

—Pues tendrás que ponerte maquillaje para ocultar mis marcas.

Se miró en el espejo retrovisor con su rostro asombrado.

—¡Eres un salvaje!

—Fíjate, no te oí quejarte. Por el contrario, pedías más y yo solo te complacía.

—¡Patán!

Sonreí con malicia. Me gustaba esa mujer. Quería vivir con ella, amanecer con ella, hacer el amor con ella, envejecer con ella y morir junto a ella. La amaba.

Cuando llegamos, nos despedimos frente a una hermosa mansión. La abracé por la cintura al lado de la camioneta.

—Gracias por todo —me dijo, sonriente.

—¿Cuándo volvemos a repetir? —le pregunté al oído—. Conozco sitios más excitantes aún.

Me dio un manotazo en el hombro.

—Eres tremendo.

—¿En la cama o fuera de ella?

—Farrell, ¿cuándo tomarás algo en serio?

Puse mi rostro hosco y la miré a los ojos. Esta vez iba en serio.

—Te amo, Trébol.

Lo que vi en sus ojos fue un profundo miedo y muchas dudas, pero no me importó. Ella tendría que enfrentar sus fantasmas.

—Liam, yo... —Bajó la cabeza para ocultar su mirada y la tomé del mentón para que me enfrentara.

—Solo quería que lo supieras, no que me respondieras. —La besé despacio y le dije al oído—: No te atrevas a bailar con ningún desconocido durante la boda. Soy muy celoso. —Le sonreí— ¡Qué disfrutes!

—Te llamo —me dijo antes de entrar a la casa y allí me quedé observando a la mujer que me había robado el corazón.

¿Futuro? No quería pensar en el futuro si el presente se presentaba tan prometedor. «La confianza se gana un día a la vez, Farrell», pensé.

Trébol

Helena estaba hermosa con su vestido de boda. Había optado por un modelo sirena con una cola larga y una mantilla española, que le daba un aspecto muy elegante. Logan, Silvia y yo estábamos en su habitación ayudándola a manejar los nervios.

—¡Oh, Dios! —decía al mirarse al espejo con una expresión de alegría—. No puedo creerlo, chicas. ¡Me caso!

Soltamos un grito y nos abrazamos. Después de una sección de fotos con nuestros móviles, llegó el fotógrafo oficial y tuvimos que abandonar la habitación.

Tal y como Liam había advertido, entre Logan y Silvia tuvieron que ayudarme a cubrir el tremendo cardenal de mi cuello.

—Espero que no se note —mencionó Silvia con un gesto de reproche—. La próxima vez dile al salvaje que sea prudente con el lugar en dónde deja sus marcas.

La observé de forma minuciosa porque estaba a centímetros de mí. Desde su reciente diagnóstico, había desmejorado mucho su aspecto, pero aún conservaba la gracia y los ademanes de mujer cívica.

—Nena, olvídate de eso —dijo Logan—. Que nadie te quite lo bailao. —Ahí regresaban sus refranes.

Antes de salir a la ceremonia, me miré al espejo. No me agradó mi aspecto, pues como resultado de un sorteo, que sospechaba fue una trampa, tuve que llevar un vestido de color marfil, un peinado de trenzado virginal y un maquillaje digno de una jovencita. Hice una mueca y me convencí de que debía amar mucho a Helena para lucir algo tan cursi.

A las diez de la mañana comenzó la ceremonia. Me acomodé en el altar junto a mis amigas.

—El calor está de madre —se quejó Logan.

—Sí, siento que el sudor se me escurre por la espalda —dije.

—Espero que no tarde mucho —añadió Silvia.

Entonces, la vi caminar sonriente hacia al altar del brazo de su hermano mayor. No puedo describir la alegría que me embargó al saber que su vida desenfrenada, en busca del hombre ideal, había llegado a su fin. En ese momento fijé mi mirada en Steven. Parecía un pavo real vestido de blanco. La miraba orgulloso. Sí, se veía que estaba loco por ella.

Gracias al cielo que el sacerdote no se extendió demasiado, y después de los votos matrimoniales y de confirmar que nadie se oponía a la unión, los declaró marido y mujer.

La celebración tuvo varios momentos emotivos, entre ellos el lanzamiento del ramo de novia. A

petición de mis amigas me vi obligada a participar y para mi “fortuna” el arreglo terminó en mis manos. Por primera vez vi jovencitas que le huyeron al ramo como el diablo a la cruz. ¿Nadie quería casarse ya?

Según la creencia, se suponía que fuera la próxima en la lista, pero no creía que llegara a tanto con Don Fanfarrón. En todo caso conviviríamos. Era de esperar que, si había fracasado cuatro veces, no se arriesgaría a una quinta.

Observé el ramo, pero no albergué ninguna ilusión.

Liam

Regresé a Manhattan con una alegría que desde hacía mucho no sentía. Una nueva ilusión, que se llamaba Trébol. Después de entregarle a mi hijo su camioneta, me fui a descansar a mi habitación de hotel. Necesitaba recuperar fuerzas. Con la intensidad de esa mujer en poco tiempo acabaría en un hospital con un desgaste físico.

Esa noche, después de cenar, recibí un mensaje.

Trébol:

#pensandoenti.

Junto al mensaje me envió varias fotos de la boda. Al final, me agradó mucho una foto suya con un beso muy sensual. ¿Qué pretendía esa mujer? ¿Qué me desvelara? Sí, la había pervertido. Sonreí divertido.

Liam:

Si me sigues enviando esas fotos tan sensuales tendré que irte a raptar a Los Hampton.

#desesperado

Trébol:

#desajustado

Liam:

Me vuelves loco.

Trébol:

Te veo mañana.

Liam:

Te amo.

Tal como imaginaba, no contestó. Necesitaba ser paciente para que descubriera sus sentimientos. Me recosté en mi cama para leer algunas noticias de deporte en el móvil hasta que me quedé

dormido.

Trébol

Una semana después, vivía un idilio con Liam. Dormía más en el Roosevelt que en mi propio apartamento. Me sentía dichosa y tan feliz, que a veces me daba miedo pensar que aquello pudiera acabar. En ese tiempo descubrí tantas cosas de ese hombre, que me compenetré mucho más a él.

Ese día era viernes, acababa de iniciar mi faena en la floristería cuando me llamó el hijo de Silvia para decirme que la habían ingresado de emergencia al hospital. De inmediato fui a verla y ese ese fin de semana permanecí a su lado.

—Trébol, recuerda lo que te dije. Mi abogado tiene el documento firmado para que te hagas cargo de la fundación —me había dicho—. Quiero que se construyan los pozos en Nigeria, y que la escuela y el hospital de Nicaragua se finalice.

No pude evitar las lágrimas.

—Claro, Silvia. Sabes que lo haré.

—No dejen de reunirse una vez al año, no importa que ya yo no esté. Y quiero que en algún momento vayan a Gullfoss en Islandia y lo sobrevuelen a mi nombre. ¿Me lo prometes?

—Por supuesto —dije con mi voz ahogada.

—Me hubiera gustado tanto poder ir.

El domingo, cerca del mediodía, regresé a la clínica. Me preocupaba el hecho de que esa madrugada el doctor había decidido ingresar a Silvia en cuidados intensivos.

Tuve un pésimo presentimiento al llegar. Vi a Logan y a Silvia abrazadas llorando en el pasillo. Solté la mano de Liam y corrí con mis amigas.

—Acaba de morir —me dijo Logan a la vez que nos abrazábamos.

—¡No! No puede ser —me lamenté por no haber podido estar esos minutos finales junto a ella.

—El médico dice que no sufrió —dijo Helena—. Es tan triste, Trébol.

Las tres nos abrazamos. Después de intentar consolarnos, vi que Liam me esperaba recostado en una pared con mi bolso en la mano. Me miró con tristeza.

—Cariño, lo siento mucho —me dijo. Su abrazo fue un gran alivio.

Los siguientes días fueron muy duros. Participamos del sepelio de Silvia en Green Wood. Odio los cementerios. Tienen ese aire tétrico y aplastante de tristeza y muerte. Desde la pérdida de mi padre no visitaba un lugar tan luctuoso.

Pensé que el dolor no nos abandonaría jamás, pues Silvia era como nuestra consciencia. El balance perfecto dentro de nuestro grupo. Me convencí con pesar de que, lo que habíamos denominado como El Club de Trébol, jamás volvería a ser igual.

Capítulo Veintisiete

Liam

—¡Salud! —Alcé mi copa para brindar con Trébol.

Habían pasado casi dos meses desde el doloroso episodio de la muerte de Silvia. Esa noche, con motivo de su divorcio de Gerry, la invité al exclusivo restaurante italiano, Morini. Teníamos que celebrar que ese día por la mañana se había roto el último vínculo que la ataba a ese maldito.

Tras pedir el mejor vino de la cava, brindé por nosotros. Trébol estaba hermosa. Sonreía feliz; libre y feliz.

—Me siento extraña —me dijo—. Soy oficialmente soltera.

Nos sonreímos. Bueno... eso de que estaba soltera no me agradó mucho porque suponía la posibilidad de que surgieran nuevas ofertas.

El camarero nos sirvió el primer plato, nos preguntó si necesitábamos algo más, y ante nuestra negativa, se retiró.

—Esta noche, cuando te haga el amor, lo podré hacer con libertad —le dije y le besé la mano de una manera muy sensual.

—Siempre has sido libre, Liam.

—No has visto todo lo perverso que puedo llegar a ser.

Sonrió nerviosa. Me fascinaba que, aunque ya teníamos más confianza, todavía consiguiera inquietarla. La cena estaba deliciosa y después del postre me envalentoné. Era ahora o nunca.

Además, necesitaba sacarla del mercado de inmediato antes de que otro se me adelantara, por eso aparté la silla, me levanté y puse una rodilla en el piso. (¡Sí! Es lo que están pensando). Saqué un pequeño estuche que había guardado en mi bolsillo y le mostré un hermoso brillante. (OJO: Dije brillante, no zirconia). Me costó una pequeña fortuna. Agradecía que mi empresa comenzaba a dejar dividendos.

Ella tapó su rostro con las manos, una clara señal de que no lo podía creer. En ese momento habíamos captado la atención de los demás comensales y el conjunto de violín que contraté comenzó a tocar *Eternal Love*.

—¿Quieres ser la señora Farrell? —le pregunté con mi típica sonrisa que tanto la enloquecía.

Su rostro estaba bañado en lágrimas. Una señal que no me decía mucho, tal vez eran de emoción o quizás de tristeza porque me iba a romper el corazón al negarse a ser la quinta señora Farrell.

—Sí, Liam. —Mi alma se sosegó al escuchar esas dos palabras—. Acepto.

Pocas veces en la vida se puede estar tan loco de amor como yo estaba por esta mujer. Con frecuencia me preguntaba qué tenía en particular. (Sí, lo admito, supo domar a este lindo gatito. ¡Miauuu!)

La abracé con fuerza y la besé sin pudor frente a todos.

—Te amo, Liam —me dijo al oído y sentí que me derrumbaría. ¡Al fin había decidido confesar lo que tanto yo anhelaba!

—Ahora eres mi prometida. ¡Qué poco te duró la soltería! —me mofé.

Me lanzó una sonrisa coqueta y esa noche cuando hicimos el amor vi todas las constelaciones, se alinearon los planetas, conocí nuevas galaxias, más allá de la Vía Láctea, y por poco nos invaden los marcianos.

Trébol

Ahora entendía la emoción de Helena. Llevaba tres semanas intentando planificar una boda familiar que tendría lugar en un mes. Había escogido como escenario la intimidad de uno de los salones de *La Fregata* porque quería una celebración íntima y familiar, sin mucho aspaviento, pero cuando mi madre y mi hija se enteraron, me dieron una lista de invitados que contenía los nombres de la mitad del “*Jet Set*” de Nueva York. Me parece haber visto hasta el nombre del alcalde de la ciudad.

Intenté que, al menos, mi madre recapacitara, pero lo único que me respondió fue que, si era un asunto de dinero, ella pagaría los gastos. ¡Qué fenómeno! Fue así que terminé aceptando que cambiara el lugar de la recepción a la zona sur del Parque Central, pues conocía al gerente del hotel JW Marriott Essex House.

Al igual, contrató a uno de los mejores chefs de la ciudad por recomendación de mi amiga Logan, utilizó los recursos de mi floristería para la decoración y pagó para que uno de los reverendos más conocidos de la zona nos casara.

—Sabes que cuando te casaste con Gerry, su madre, que en paz descansa, no me permitió participar de los preparativos de la boda —me dijo Berenice un día—. Todo quedó de tan mal gusto que me dio vergüenza, por eso he querido participar esta vez, Trébol.

—Está bien, madre. —Error, fue como darle carta blanca para que hiciese lo que le diera la gana, obvio, con el consejo y consentimiento de mi hija.

En todo ese tiempo pocas veces pude compartir con Liam. Lo notaba algo distante, como si estuviera disgustado. Imaginaba que eran los nervios por la boda.

Esa mañana llegué a la floristería para hacer un escogido de las flores de mi ramo de novia.

—Trébol —interrumpió Meredith—. Hay una joven afuera que pidió hablar contigo.

—¿Quién es?

—Dijo que se llamaba Pamela. —Ese nombre no me decía nada, pero de todas formas decidí atenderla. A veces se daba el caso de clientas que me habían visto en alguna presentación y querían mi ayuda de forma personal.

La vi de espalda, embelesada con unos lirios calas que acababan de llegar. Era rubia y alta, con la figura de una modelo profesional.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —le pregunté.

—¿Usted es Trébol? —me preguntó cuando se volteó y asentí con actitud melindrosa.

— Soy Pamela Bayly, la cuarta esposa de Liam Farrell. —Extendió su mano a manera de saludo y de forma automática le contesté, sin embargo, un fuerte recelo me sobrecogió. ¿Qué quería esa mujer?—. Necesito que hablemos en privado.

La invité a mi oficina y después que nos acomodamos me dijo:

—Tenga —me extendió unos documentos. Vi que era una prueba de embarazo—. Hace dos días le comuniqué a Liam que estoy embarazada y obvio, él es el padre.

¡No lo podía creer! Aquella noticia nubló mi entendimiento y un leve temblor se apoderó de mis manos. Recordé que hacía dos días exactamente que notaba a Liam más distante. Sí, era por ese asunto que apenas me había llamado, y yo pensando que era el asunto de la boda. Leí el papel de nuevo. Esa chica estaba embarazada de Liam.

—Siento mucho que estés pasando por esta situación —dijo—, pero Liam jamás ha dejado de buscarme. No planifiqué quedar embarazada, pero no me protegí ni el tampoco.

Era suficiente. No necesitaba escuchar nada más.

—Mi ilusión es que mi hijo se críe dentro de un matrimonio estable —comenzó a llorar, casi a hiperventilaba cuando me acerqué.

Le ofrecí un pañuelo desechable. Sí, la chica se mostraba mal emocionalmente, pero noté que tenía una extraña manera de llorar porque no le salían lágrimas. Imaginé que, al estar tan flaca, también estaba deshidratada.

—No quiero criar a mi hijo sola —dijo con voz quebrantada—. Liam tiene que cumplir con su obligación.

Aunque me partiera el alma no permitiría que Liam abandonara su responsabilidad.

Trébol

Me senté en uno de los bancos del Parque Central para contemplar diferentes estampas, desde un perro que recibía clases de obediencia hasta unas ancianas que participaban de una clase de yoga. Desde que había dejado la floristería, tras el bombazo de Pamela, no había querido contestar el móvil. Para ese momento me había llamado mi madre, Liam, Christian, Kathie, Harry, Helena, Logan y hasta mi coordinador de bodas. Solo faltaba la llamada de Putin, el presidente de Rusia.

No sé si era la enorme tristeza que tenía, pero de pronto el cielo se tornó gris. Caminé sin rumbo mientras acariciaba mi sortija de compromiso. ¿Por qué era tan difícil alcanzar la felicidad? Si todo estaba bien, ¿por qué Liam me engañaba de esa forma? ¡Un hijo! Esto había llegado demasiado lejos.

Liam

Era la octava vez que le marcaba a Trébol. Seguramente estaba como las pasadas dos semanas, ofuscada con la bendita boda, tanto que se había olvidado de las necesidades particulares de mi “súpermingo”. El pasado martes, cuando nos despertamos, intenté hacer un acercamiento, pero ella hablaba de todas las cosas que faltaban.

Mientras yo le acariciaba los pechos, ella hablaba del acomodo de los invitados según las mesas y cuando llegué a su vientre, desvariaba sobre los diferentes platos del bufé. ¿Por qué las mujeres le dan tanta importancia a una estúpida boda?! Tanto, que nos abandonan. Los hombres pasamos a un décimo plano. Primero, el vestido, segundo, la torta, tercero, el lugar... La lista era interminable, y

ya tenía cincuenta y cinco años para tanto aguante.

La quería a ella, llana y sencillamente. Vivir a su lado en una casita confortable y cálida; diseñada por mí, donde cada noche, después de cenar, viéramos nuestra serie favorita; hiciéramos el amor dentro de lo que nuestras fuerzas nos permitieran; tener un jardín frontal y un huerto en el patio; un pequeño perro y de paso una amplia pecera. ¡Eso era todo lo que pedía! (¡¿Creen que es mucho?!)

Estaba acostado en mi cama en la habitación del Roosevelt contemplando el techo y reflexionando sobre mi desdichada situación cuando sentí que la puerta se abrió. No había solicitado servicio al cuarto, además los chicos sabían las reglas, primero tocar. Era ella y esta vez su rostro desencajado y triste, en combinación con sus ojos hinchados, me dejaron ver que el asunto era grave.

Se dejó caer en una de las butacas.

—¿Qué pasó? —En un principio pensé que el vestido se había prendido en fuego o que las invitaciones no estarían a tiempo.

—Estoy cansada, Liam.

—Claro, cariño. Llevas dos semanas... —Intenté acariciarle el cabello, pero poco faltó para que me ladrara.

Se levantó como un resorte y me lanzó la sortija de compromiso en la cara, que para ese momento debería ser un monumento. No entendía qué demonios le pasaba. ¡Sí, era la bendita menopausia!

—¡Estoy harta de tus mentiras! —Me dio el primer manotazo en el pecho, pero al segundo logré evitarlo, tomándola por las muñecas.

—¿Estás loca?

—Pamela fue hoy a la floristería y me contó todo.

—¿Pamela?

Juro que de primera intención no supe a quién se refería.

—No, te hagas, Farrell. Tu cuarta esposa.

¿Mi cuarta esposa había aparecido? ¿Y para qué había ido a ver a Trébol? Si mal no recordaba, Pamela estaba en Miami buscando fortuna como modelo. ¿Qué diablos hacía en Nueva York?

—Me dijo lo de ustedes.

No entendía por qué Trébol estaba de esa forma, si yo mismo le expliqué los detalles de mis cuatro relaciones y de lo mal que me había ido con Pamela.

—Me presentó evidencia.

—¿Evidencia de qué?

—¡De que la embarazaste!

—¿Embarazada? ¿Cuándo? —O sea, ¿había un hijo mío realengo por el mundo?

—No te hagas el imbécil. El resultado dice que tiene dos semanas de embarazo.

—¿Y yo que tengo que ver en todo esto?

—¡Es tuyo!

—No veo a Pamela hace cuatro años, Trébol. ¡Cuatro años! A menos que la haya embarazado por telepatía o por Internet, no veo cómo pude embarazarla.

—Me mostró evidencia de textos que le habías enviado.

Me llevé las manos a la cabeza. Era un mal sueño toda aquella maraña y Trébol, una vez más, desconfiaba de mí.

—Esta vez necesito que confíes en mí —le dije, pero su rostro me dijo todo lo contrario.

—No, por brindarte mi confianza me has engañado todo el tiempo.

Me senté en la orilla de la cama. En la vida hay un momento en el cual tenemos que tomar decisiones, aunque resulten dolorosas y yo estaba a punto de elegir la más cruel de todas.

—Trébol, no habrá boda. —Me levanté, tomé mi cazadora de cuero y mi billetera—. No puedo casarme con una mujer que no confía en mí.

Caminé hasta la puerta.

—¡Liam! —escuché que me gritaba, pero no me detuve.

Trébol

—**H**ija, ¿qué te pasa? —me dijo mi madre cuando atravesé la puerta de mi apartamento.

—Se cancela la boda —dije y tiré mi bolso sobre el sofá, de mala manera. En eso vi que Lenny, mi nuera, salía desde la cocina con Alexander en brazos.

Ver a mi nieto me provocó una alegría instantánea. Era un niño de tres años, muy cariñoso, así que cuando lo cargué, me llenó de besos.

—Abu, no lloles —me dijo en su lenguaje infantil y le sonreí entre lágrimas—. Nene, te quele mucho. ¿Abu, enferma?

Sí, me dolía el corazón.

—No, cariño. Ahora que te vi abuela estará feliz. —Lo abracé de nuevo.

—Ale, deja a abu que no se siente bien —dijo Lenny mientras lo tomaba de mis brazos—. Siento mucho escuchar lo de la boda.

Después de explicarle a mi madre y a mi nuera lo que sucedió, me retiré a mi habitación. Necesitaba poner mi mente en blanco. Intenté dar con Liam, pero fue imposible.

Gerry

Se equivocaron si pensaron que era mi fin en esta historia. ¡Ingenuos! Claro, no los culpo, su corazón es muy limpio para albergar un mal pensamiento. Sí, claro.

Después de ver mi espectacular actuación con mi andador y mi tanque de oxígeno, imagino que pensaron, se fastidió el diablo. ¡Qué poco les duró su celebración! ¿Cuándo han visto que cuatro vientos de huracán acaben con la maldad? ¿Acaso pensaron que me refugiaría en la casa asilo como un viejito tierno a vivir mis últimos años de vida mientras Liam Farrell se acuesta con **MI** mujer?

No me conocen. Mi primera estrategia fue firmar el bendito divorcio. Claro, esa transacción me costó nada más y nada menos que diecinueve millones de dólares, pero logré enternecer a Trébol, al punto que cada semana venía a verme en la casa asilo. Casi siempre hablábamos en el jardín, yo fingía un deterioro brutal y ella me observaba con sus ojitos llenos de compasión. Me juraba que no estaba saliendo con el bueno para nada de Farrell, pero mis hombres, (Sí, aún tengo varios demonios que trabajan para mí), me habían traído nueva evidencia de ella compartiendo con ese infeliz en un motel de tercera categoría, cercano a la 495. Ese tipo no tiene clase, pero peor estaba Trébol. ¿Cómo dejaba que la llevara a un lugar tan asqueroso? ¡Sí, estaba loca por ese mequetrefe! Luego, me enteré

que fueron a comer en un sitio conocido como “El rey de las hamburguesas”. No podía imaginar lo ruín del lugar. No entendía como Trébol había caído tan bajo. La lista de fechorías era larga, incluyendo a Farrell saliendo de un *sexshop*. Trébol se revolcaba con ese malnacido en una habitación del Roosevelt, un día sí y otro también. Parecía que estaban de luna de miel. De todo eso tenía constancia.

¿Y creen que este diablito se quedaría tan tranquilo? ¡Pues no! Cuando me enteré del bodorrio, adelanté mis planes. Ese día mandé a buscar a Pamela, la cuarta esposa de Liam. Una chica como de algunos veintiocho años, que para ser sincero estaba tremendamente buena. No se puede negar que el infeliz tenía buen gusto. Después de admirarla, entendí por qué Farrell había perdido la cabeza por ella. Fue muy fácil convencerla para que me ayudara. Por varios miles de dólares la convertí en mi incondicional, tanto que pasábamos horas en mi habitación cuando venía a visitarme. Obvio, tengo problemas motores tras el accidente, pero otras cosas me funcionan muy bien. De esa manera preparé mi venganza contra esos dos. Conseguí que un buen amigo, deudor de varios favores y dueño de un laboratorio, me preparara una prueba de embarazo falsa.

No, no, no... Esta vez no me pidan que tenga piedad. Ni se les ocurra que claudicaré en este asunto y NO se atrevan a delatarme. #soylamaldad. ¿Se acuerdan de Gárgamel, el de los Pitufos? ¡Los destruiré a todos, aunque sea lo último que haga! ¡Lo último que haga! Eso haría.

Liam

—**D**ígale que vino a verlo su viejo amigo, Liam Farrell —le dije a la enfermera cuando atravesé el vestíbulo de la casa asilo.

Diez minutos más tarde la misma enfermera me escoltó a la habitación de Gerry. El diablo estaba en una mecedora viendo televisión. Al verme sonrió con malicia.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo, fingiendo sinceridad—. ¡Qué bueno verte!

La verdad es que me impactó verlo en las condiciones en que había quedado después del accidente. Había envejecido con gran avance y hablaba con cierta dificultad.

—¿En dónde conseguiste a Pamela? —le pregunté sin rodeos.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el imbécil, Gerry. Sé que fuiste tú quien inventó toda esa mentira de que Pamela y yo vamos a tener un hijo.

—¡Oh, felicitaciones! No sabía. ¿No estas algo viejo para tener un hijo?

Sí, mi paciencia tenía un límite y este viejo ya comenzaba a rebasarlo. Me vi tentado a agarrarlo del pijama para zarandearlo, pero dentro de todo no soy una persona cruel.

—No sé de qué hablas y tampoco quién es esa tal Pamela —dijo.

Busqué alguna evidencia. Si eran socios, ella debió visitar esa apestosa habitación. Registré los cajones de la cómoda. Sabía el punto débil de Pamela. Sí, encontraría lo que estaba buscando. Pasé al closet, pero tampoco hubo resultado, hasta que observé que sobre la cómoda había una pequeña caja de color azul y allí estaba lo que buscaba. Las bragas de Pamela. Sí, a eso se dedicaba la muy bruja, mientras a algunas mujeres había que arrancárselas, esta las iba dejando con sus amantes como si se trataran de pétalos de rosas. Revisé el tamaño y la marca. Sí, eran de ellas.

—Falta que las huellas, Farrell —me dijo, el cochino.

Saqué mi móvil y marqué.

—Ahora le vas a explicar a Trébol tu mentira con lujo de detalles.

De esa manera el viejo bribón de Gerry no le quedó más remedio que confesar su última fechoría. Sí, dije última porque no dejaríamos que sus garras malignas nos alcanzaran nunca más.

Trébol

Iban a ser las nueve de la noche cuando atravesé el vestíbulo del Roosevelt en dirección a la habitación 507. Al abrir comprobé que Liam aún no había llegado. Habíamos quedado en hablar allí sobre nuestro futuro. Desesperada, busqué el anillo. Sabía que se lo había tirado a la cara, tal vez había rodado debajo de la cama. Me agaché para buscarlo y no me percaté que el príncipe “Voz Atronadora” acababa de entrar y tenía una panorámica de mi trasero.

—Ojalá y todos los días me recibieras así —dijo y me quedé petrificada por la vergüenza.

Después de eso, me ayudó a incorporarme.

—¿Qué buscas? ¿Esto? —me mostró el brillante e intenté quitárselo de las manos, pero no me dejó.

—¿Qué hiciste finalmente con Gerry?

—Creo que no se atreverá a meterse con nosotros nunca más.

—Liam, ¿y cómo supiste que fue él?

—No tenemos otro enemigo. Yo estaba seguro de que no te había sido infiel. Pamela hace muchos años que vive en Miami y no está interesada en tener algo conmigo, por lo tanto, pensé que su única motivación era el dinero. ¿Quién tiene mucho dinero? Gerry. —Sonrió, orgulloso—. Debería trabajar para la CIA, ¿no crees? Soy la envidia de Sherlock Holmes.

Ambos nos reímos.

—Dame la sortija —le pedí.

—No será tan fácil recuperarla, Trébol. Hay varias condiciones. —Utilizó un tono sensual y misterioso.

—¿Condiciones?

—Sí, primero, que te desnudes.

—¡Liam!

—Dije desnuda y no veo que estés haciendo nada para cumplir. ¡Vamos, nena, mueve ese trasero!

Me vi forzada a desnudarme frente a su mirada libidinosa.

—Segundo, no habrá boda.

Juro que el corazón se me detuvo y un frío terror me recorrió. ¿Hasta dónde pretendía llegar Farrell?

—Bueno... —comenzó a decir—, sí habrá boda, pero no del tipo bodón para cumplir con la alta sociedad. Me explico, nos casaremos en Las Vegas.

Tragué hondo. ¿Cómo le explicaría esa locura a mi familia? Mi madre se opondría.

—Y tercero, haremos un pacto de saliva...

¿Qué significaba esa locura?

—¿Cómo un pacto de saliva, Liam?

Introdujo el dedo meñique en su boca y lo empapó de saliva.

—Hazlo tú ahora, Trébol.

Miré mi dedo con un poco de asco, pero lo hice. ¿Qué era aquello? ¿Una especie de pacto diabólico?

Cruzó su dedo húmedo con el mío y me miró con su rostro serio.

—Jamás desconfiaremos el uno del otro. Es un pacto, Trébol.

—De acuerdo —dije—. Nunca, jamás.

Me tomó la mano y acomodó la sortija en mi dedo anular.

—Te amo, Trébol. No quiero que haya más desconfianza entre nosotros.

—Yo también te amo, Liam. Nunca más desconfiaré de tu palabra.

Nos besamos despacio.

—Una condición más —dijo.

—Tramposo, ya sellamos el pacto —le dije entre risas mientras él me devoraba el cuello.

—Que no desees a otro que no sea mi “súpermingo”.

—Prometido —le dije, levantando mi mano derecha—. Me vuelves loca, Liam Farrell.

—No puedo evitar ser tan encantador, cariño.

—Te amo.

—Sí, lo sé, soy irresistible.

—¡Liam Farrell! ¿Cuándo dejarás de ser tan fanfarrón?

—La culpa es de mi madre.

—Te amo.

—*Fin*—

Epílogo

Una semana después:

Liam

Me costó mucho convencerla para que fuéramos a la Ciudad del Pecado y olvidarnos de todo, pero al final mi dulce sonrisa le resultó irresistible y viajamos a Las Vegas para casarnos. Obvio, su madre y su hija se opusieron, pero después apoyaron nuestra decisión.

—Señor Farrell, ¿sabe algo de la novia? —me preguntó el hombre que nos casaría, que para ese momento me resultaba sospechoso. No estaba seguro de si estaría legalmente autorizado para celebrar una boda. Enormes dudas me asaltaron, pero no le diría nada a Trébol. Capaz y se arrepentía.

(¿Adivinen qué?) Yo andaba disfrazado del más sexy de todos, el que mejor movía sus caderas, el rey del *Rock and Roll*, Elvis Presley. La verdad es que las patillas me quedaban de infarto y las gafas de sol me hacían lucir de *show*. Me movía al ritmo del éxito “Hound Dog” para hacer menos difícil la espera.

—No debe tardar —le dije al “reverendo” al ver que observaba con frecuencia su reloj.

Entonces, como si se tratara de una visión, la vi llegar. Llevaba su cabello rubio a la altura del cuello, con risos ondulados y un trajecito blanco a la rodilla. ¡Oh, Dios! Me casaría con Marilyn Monroe. Sus labios rojos me parecieron un fetiche.

Caminó de manera sensual hacia el estrafalario altar mientras la devoraba con la mirada.

—¡Vaya nena, estás muy guapa! —dije al estilo Elvis, con movimiento cadencioso y tono sensual.

Trébol me guiñó un ojo y me lanzó un beso. Era mucho más hermosa y sensual que la Monroe. (¿Saben por qué me enamoro cada día más de esta extraordinaria mujer? Porque me apoya en todas mis locuras, se ríe de mis ocurrencias, celebra mis ideas y me hace sentir el hombre más sexy sobre la tierra).

El tipo que nos casó no fue muy emotivo, y eso que le había pagado una buena propina. Después de tomarnos las fotos de rigor, salimos de la capilla para viajar en un Ford del 73. Terminamos en uno de esos lugares tenebrosos y sexys que le había prometido a Trébol, en un motelito barato a la orilla de la carretera. Tuvimos el mejor sexo de nuestras vidas, pues apliqué toda la experiencia acumulada con mi nueva y última esposa. (Sí, con ella me quedaría el resto de mi vida. Estaba decidido).

Tres años después

Trébol

Por si quieren saber, he vivido los tres años más intensos de mi vida. Después de regresar de nuestro viaje de bodas en Las Vegas, nos dedicamos a diseñar nuestra casa, pues Liam adquirió un terreno a las afueras de Nueva York.

Continué trabajando en mi floristería y en la fundación de Silvia. Hace unos meses se logró la construcción de veintitrés pozos de agua en Nigeria y ya está por culminar la construcción de la escuela y el hospital en Nicaragua, según había sido su deseo. Incluso, la junta ha adoptado nuevas iniciativas en Afganistán, India y Latinoamérica.

Por su parte, Liam logró vender la mitad de las acciones de su empresa y con menos carga de trabajo, ahora se dedica más al cultivo de nuestro huerto, a pescar y a jugar tenis. Todavía sigue asistiendo a sus reuniones anónimas de jugadores compulsivos, ahora con el fin de ayudar a los nuevos miembros.

De vez en cuando nuestros hijos y nietos invaden nuestra casa, al igual que mi madre, quien una vez al mes se instala para pasar el fin de semana con nosotros. Gracias al cielo, Liam y ella se adoran. Al igual, debo mencionar que adoro a mi suegra, Carlota. Sí, es excéntrica y algo maniática, pero he logrado abrirme un huequito en su corazón, por eso cuando vamos a pasar algún fin de semana con ella siempre me prepara el estofado que tanto me gusta. Ese asunto me ha costado cinco kilos y más visitas al gimnasio. Estoy considerando seriamente visitar muy pronto al doctor Chong para una liposculptura. Tal vez me anime para mi cumpleaños número sesenta, pero para eso faltan casi cuatro años. Tengo tiempo para pensarlo.

Mi nuera, Lenny, tuvo una hermosa niña y mi hija, Kathie, está embarazada de nuevo. Ruego para que esta vez el parto sea menos dramático. La hija de Liam, Sofia, hace seis meses que se casó con un médico alemán radicado en Estados Unidos. Y su otro hijo, Erick, acaba de tener a su tercer hijo. Así que la familia sigue creciendo.

Se estarán preguntando por las chicas. Pues debo decirles que Helena anda en un idilio con Steven y se pasan viajando el mundo. En cambio, Logan se mudó de nuevo a Nueva York con su esposo después de vender el restaurante de Paris. Por lo tanto, nos vemos con más frecuencia. Y sí, seguimos viajando una vez al año a algún rincón del mundo. Obvio, extrañamos mucho a Silvia. El Club no es lo mismo sin ella. Precisamente el año pasado, como parte de nuestro viaje anual, cumplimos su deseo de que sobrevoláramos la cascada de Gullfoss en Islandia. Hace unos meses abrimos las inscripciones al Club en busca de una nueva integrante. (Solo lo menciono por si alguna de ustedes se anima).

Sí, sé que también están deseosos por saber qué ha sido del diablo. Gerry murió hace dos años de un fallo cardíaco. Ya sé que no era el mejor hombre del mundo y que no era de su agrado, pero no negaré que esa noticia me puso muy triste. Incluso participé de su poco concurrido velatorio junto a mis hijos, mi madre y Liam. Si, leyeron bien, Berenice estuvo presente en la despedida de su archienemigo.

Esta noche nos reuniremos en casa para celebrar la Nochebuena. Liam anda de un lado para otro preparando la cena y yo intento empacar los regalos. Soy muy mala con eso porque siempre termino rompiendo el papel.

Además, nuestra perra, Molly, me tiene loca. Cree que es una más de las figuras del Nacimiento que descansa bajo nuestro árbol de Navidad. Se sienta entre el burro y el buey, y casi siempre

termina por aplastar al Niño Jesús y a San José.

—Cariño, ven para que pruebes —Oigo que Liam me llama desde la cocina mientras peleo con Molly para que salga de debajo del árbol.

—Ya voy.

Cuando llegó, me sorprende al tomarme por las muñecas y atraparme contra el refrigerador.

—Podríamos hacer algo rápido antes de que llegue la familia. —Con su probada destreza me sube el vestido—. Siento que pierdas tus bragas una vez más, Trébol.

—No, Liam. —Le sujeto las manos para que desista—. He gastado una fortuna con tu manía.

—No importa —me dice al oído con voz ronca—, Te compraré tres docenas.

En ese momento escuchó el timbre.

—¡Te salvaste! —me dice—. Pero esta noche ni Papá Noel te libra de mi “súpermingo”.

Boquiabierta veo que hace un gesto vulgar con la mano sobre su miembro. Nunca dejará de sorprenderme.

Liam

A veces encontramos el amor donde menos imaginamos. De esa manera encontré a una mujer, que en un principio pensé era una ogra, pero resultó el amor de mi vida. ¿Quién dijo que la tercera es la vencida? En mi caso, después de cuatro fracasos y varios intentos estrepitosos, la encontré.

Me miré en el espejo entero que estaba al lado de la cómoda. Sí, seguía siendo bello.

—¡Liam, deja de mirarte tanto al espejo! —me dijo Trébol por sexta vez.

—No puedo evitarlo, amor.

—Nos esperan para la cena.

Vi que Trébol intentaba ponerse los tacones y aproveché para abrazarla por la espalda.

—¿Y mi regalo? —le dije con sensualidad.

—Lo tendrás más tarde.

—¿Ni un adelanto?

—No.

—Me he portado bien —La volteé para que mirara mi cara de niño inocente. Le saqué una sonrisa—. Te amo, Trébol.

—Te amo, mi sexy fanfarrón.

(Y colorín colorado... Esta novela se ha acabado. ¿Qué? ¿Quieren más? ¡Son insaciables!)

Datos de la autora

LEE VINCENT

Es una escritora independiente que desde muy temprana edad se hizo aficionada a la novela romántica, relatos autobiográficos y del género de la ficción. Estudió relaciones públicas y publicidad, lo que le ha permitido desarrollar su pasión por la escritura de novelas y relatos cortos. Actualmente cursa una Maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón. Cabe destacar que la autora creó su propio sello editorial con el nombre **White Lotus House Publishing**, bajo el cual publicó su primera novela **Corazón Cautivo**, obra que en sus primeros 30 días de ventas logró colocarse #1 en ventas en Amazon en las categorías Romance, Contemporáneo y Suspenso. Entre sus historias se encuentra **Regreso a casa** (novela romántica que salió publicada en julio de 2016), y próximamente publicará **Tú, mi mejor regalo** (novela romántica con motivo de navidad). De igual forma ha incursionado en la plataforma Wattpad con su novela **No, no acepto**, historia que ha tenido una excelente acogida. En la actualidad vive con su esposo, sus tres perros y su gata en un pueblo del noreste, en su natal Puerto Rico.